OLGA BARROSO

Prólogo de Isa Calderón

Rupturas

Relaciones entre hombres y mujeres en el patriarcado



Shackleton books

RUPTURAS

RUPTURAS

Relaciones entre hombres y mujeres en el patriarcado

OLGA BARROSO

Shackleton
—books—

Rupturas. Relaciones ntre hombres y mujeres en el patriarcado
© de esta edición, Shackleton Books, S. L., 2026
© del texto, Olga Barroso
© del prólogo, Isabel Calderón

Shackleton
—books—



@Shackletonbooks
www.shackletonbooks.com

Diseño de cubierta: Ana Montero
Diseño y maquetación: Reverté-Aguilar.
Conversión a ebook: Iglú ebooks

ISBN: 978-84-1361-748-0

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

Índice

Prólogo
Aviso a navegantes: cómo se lee este libro y qué contiene
Mujeres que ya no aman demasiado
- Deseos truncados
- ¿Qué les permite a las mujeres decir no?: no necesitar a los hombres
- Una versión radical del deseo de no tener pareja
- ¿Existen los hombres igualitarios?
- Los hombres y sus muros
- Hombres individualistas y no igualitarios
- Hombres y mujeres somos iguales
- El patriarcado nos hace desiguales
- La construcción cultural del deseo patriarcal
- La organización psicológica del deseo patriarcal

Regatear el tiempo
- Reflexiones: «Regatear el tiempo»

El final del cielo
- Primer acto: Una cafetera
- Segundo acto: Un sofá cama
- Tercer acto: Un ramo de rosas amarillas
- Reflexiones: «El final del cielo»

La cárcel
- Reflexiones: «La cárcel»

El arte de escalar el Everest
- Reflexiones: «El arte de escalar el Everest»

Un mosaico de muros
El eterno retorno de la misma patraña
¿Final feliz?
La lavandería de los corazones rotos
Reflexiones: «La lavandería de los corazones rotos»
¿Autonomía o independencia?
Mejor pensar en autonomía emocional que en dependencia
¿Qué le pasa a Alan? ¿Qué le pasó a Luis?
Los hombres y el desamor
Desconocidos
Reflexiones: «Desconocidos»
Monstruos domésticos
No todas somos Salma pero sí que todas somos Silvia
El patriarcado transforma el deseo de los hombres en desidia
Simetría
Reflexiones: «Simetría»
Si yo dejo de ser yo, ¿dónde queda mi amor por ti?
¿Quién comprende el sufrimiento de las mujeres?
Secretos
Reflexiones: «Secretos»
Vengar a una amiga para hacer justicia
Amores resbaladizos
Reflexiones: «Amores resbaladizos»
Prestigiar la soltería: esta no es igual a no tener una relación amorosa
El arte de amar y el arte de desamar
La revolución de los vínculos amorosos
Un poco de alegría para terminar
Agradecimientos
Bibliografía

A todas las mujeres que me confiaron sus rupturas y sus sufrimientos dentro de las relaciones de pareja y en el amor en general.

Ellas son las verdaderas escritoras de este libro. Su inteligencia, valentía y honestidad pusieron palabras, mucho antes que yo, a todo lo que cuento.

«Quizá el amor sea como la lluvia. A veces suave, a veces torrencial, inundando, erosionando, gozoso, constante, llenando la tierra y reuniéndose en manantiales subterráneos».
CAROL GILLIGAN

«Contar historias puede salvar vidas».
REBECCA SOLNIT

Prólogo

El amor no maltrata, así se titulaba el anterior libro de Olga Barroso. ¿Cuántas mujeres nos hemos dado cuenta de esto tan tarde? ¿Cuántas, a raíz de una relación amorosa que nos destrozó la vida y nos dejó heridas imborrables, estamos a la defensiva en el amor o directamente no queremos saber nada de él por miedo a seguir acumulando más fracasos y heridas?

Somos muchas las que hemos tenido que identificar con el tiempo, a base de ensayo y error, que la falta de comunicación afectiva, el miedo a la vulnerabilidad de muchos hombres, la creencia que tienen muchos de reforzar roles tradicionales, la falta de empatía o la dificultad para gestionar conflictos o expresar afecto son señales de incapacidad para querer bien y para sustentar un vínculo amoroso.

Estamos agotadas de sostener relaciones y a personas que no saben querer. Estamos agotadas de inventarnos relaciones en la cabeza que no son reales, por el mero hecho de aguantar porque estamos enamoradas y pensar que es transitorio que todo puede cambiar por nuestro amor incondicional. No es nuestro trabajo hacerle entender a nadie como se debe querer o simplemente ser decente con quien tienes intimidad. El amor es la entrega de tus vulnerabilidades y herir a una mujer desde su entrega no es amor. Es dominación y abuso.

Los hombres deberían abandonar el deseo de dominar, y escoger la vida sobre la muerte. Esto nos provoca mucha frustración, porque amar, si no es desde la ternura no es amar. Pero esta frustración no es unilateral: sabemos que ellos también ansían amar, pero a lo mejor no saben cómo o directamente no quieren saberlo. Enfrentarse a sus

carencias o a un cambio de paradigma tan brutal es un acto tan revolucionario que requiere actuar en la vida desde otra perspectiva que no es la universal, que da mucho miedo.

Como dice bell hooks: «El asalto patriarcal a la vida emocional de los chicos comienza en el momento de su nacimiento». Reeducarse es cuestión de voluntad, y es imprescindible querer hacerlo, sobre todo si se quiere ser feliz. ¡Sí! El feminismo aporta felicidad y no tendrían que temerle. Las normas que muchos hombres asumen, esas normas que valoran el éxito material o la intendencia por encima de la conexión emocional en una relación les hace infelices. Es abrumador. Las influencias sociales y personales pueden ser trabajadas y superadas, solo así se promoverán relaciones saludables y sanas. No debería ser un desafío cambiar los patrones culturales arraigados, debería ser un alivio cambiar más que resistirse, debería ser un alivio la autoconciencia para evitar roles de poder, eso solo lleva al sufrimiento para las dos partes. ¡Adelante! ¡No os rindáis! ¡Seréis más felices!

Dejad atrás la ley del hielo, la luz de gas, que el cuidado recaiga unilateralmente sobre las mujeres; dejad de culpar nuestras reacciones a vuestras provocaciones, de no asumir responsabilidad afectiva, de invalidar o minimizar nuestros sentimientos porque no entendéis nuestra reacción. No seáis leales al patriarcado, no os mutiléis emocionalmente. Dejad atrás la falta de iniciativa y la desgana en la pareja. Vivir en la superficie de las emociones es la muerte en vida. Es un alto precio a pagar para nosotras, pero también para vosotros. No queremos un mundo podrido. Queremos reciprocidad, respeto, comunicación bidireccional y reconocimiento. Queremos relaciones equilibradas y vínculos justos.

En resumidas cuentas, este libro también es para vosotros. Para nosotras es comunidad; es saber, una vez más, que no estamos locas. Que hemos vivido en pareja con sobrecarga emocional, gestionando solas la mayoría de las parejas llevándonos al agotamiento y a la ansiedad. Encontraremos en los relatos la falta de reciprocidad en nuestras parejas creando en nosotras sentimientos de injusticia. A su vez, la autora ahonda en el papel de cuidadoras, dejando de priorizar nuestro bienestar en pos del amor y la otra persona y la dificultad que tenemos para poner límites para no sentirnos culpables.

En estos cuentos, encontraremos tantas situaciones vividas y sufridas y ¡nos sentiremos tan identificadas y acompañadas! Este libro es otro apoyo más para sentir que no nos hallamos solas, que nos ha pasado a todas, y que hoy es más urgente que nunca que los hombres tengan una intención real de romper con su educación emocional -heredada por siglos y siglos. Todas, todes, todos nos lo merecemos. Por fin.

ISABEL CALDERÓN

Aviso a navegantes: cómo se lee este libro y qué contiene

El patriarcado impone unas normas injustas para las mujeres en el ámbito del amor. Esto hace que, en muchas ocasiones, el funcionamiento de las relaciones afectivas les resulte insatisfactorio y les exija un esfuerzo constante para visibilizar esta falta de equidad y para reestablecer la justicia. Este libro se compone de nueve relatos que narran la historia de mujeres que han sufrido en el amor por este motivo y que han roto las normas inaceptables del juego. Son historias que no han sucedido pero que, al mismo tiempo, son reales. Están construidas a partir de historias muy parecidas, que sí han ocurrido, que muchas mujeres me han compartido. Por tanto, aunque sean historias inventadas son historias de verdad, que cuentan lo que muchas de nosotras hemos vivido de diferentes maneras. Son historias que nos cuentan, que tratan de dejar escritas nuestras propias vidas, contrarrestando el borrado histórico y cotidiano de las mujeres que el patriarcado también trata de imponer. Aviso a navegantes: lectoras, puede que en muchos momentos del libro os sintáis identificadas. Por este motivo, los relatos están escritos para que sean terapéuticos. Es decir, para que, aunque en algunos momentos escuezan, eliminen una parte del sufrimiento que estas injustas normas del amor causan.

El libro se puede leer de muchas maneras, ahora te toca decidir a ti cómo quieres leerlo. Tenéis que disculparme, soy una autora ochentera, que crecí con la colección de libros «Elige tu propia aventura» y he

quedado, como veis, marcada por ello. El libro tiene diez capítulos. El primero contiene una explicación teórica, sociológica y psicológica, sobre por qué los hombres no muestran un comportamiento equitativo en el amor. Los nueve capítulos restantes se componen de un cuento, con la historia basada en hechos reales, y después una explicación teórica de lo que les ha sucedido a los personajes. Puedes ser ortodoxa y leer el libro en orden. Puedes leer primero los cuentos, en el orden que quieras, y después el primer capítulo y las explicaciones teóricas de cada cuento. O puedes ir leyendo los capítulos salteados, en el orden que quieras según lo que te sugieran los títulos de los cuentos. Toma la -decisión de hacerlo como a ti te apetezca. Pocas veces a las mujeres nos dejan decidir o decidir con total libertad. Este libro no podía dejar de ser una oportunidad para practicar tomar nuestras decisiones de acuerdo a lo que realmente deseamos.

Mujeres que ya no aman demasiado

Los niños aprenden pronto que la vulnerabilidad amenaza su masculinidad.
CAROL GILLIGAN

Deseos truncados

Las personas, a veces, nos encontramos con la apetencia de construir relaciones de pareja con un nivel mayor de profundidad, intimidad y compromiso que los idilios meramente regidos por el deseo de sexo ocasional o por la diversión romántica esporádica. Ambos sin altas dosis de responsabilidad afectiva. En algún momento podemos querer construir un porcentaje de nuestra vida de manera compartida con alguien. O nos puede pasar que nos guste tanto alguien que no nos satisfaga estar fundamentalmente en paralelo con él o ella y coincidir solo cuando la casualidad lo permita. Queremos que no sea un suplente en nuestra vida, sino un miembro titular. Se nos hace atractiva la idea de estar para alguien y sentir que hay alguien que está para nosotras. Esto conlleva la construcción de «un nosotros» con la pareja. Hay un yo, un tú y también ese nosotros desde el que tomar decisiones, organizar el tiempo, crear metas compartidas y asumir ciertas obligaciones emocionales. Cuando este anhelo lo sentimos las mujeres

heterosexuales, muchas hemos constatado que hacerlo realidad es, en bastantes ocasiones, radicalmente truncado por un muro invisible que el patriarcado ha construido entre hombres y mujeres. No se puede ver, pero la mayoría de nosotras tenemos la certeza de haberlo notado, sentido enfrente, rozándonos la nariz, incluso olido alguna vez (¿que a qué huele?, a colonia Brummel, por supuesto).

Esta imposibilidad de vivir una relación más profunda y equitativa con un hombre, desde la perspectiva de un nosotros, cada vez lleva a más mujeres a decidir no tener pareja o a romper una relación insatisfactoria. Pueden elegir tener relaciones sexuales y uniones afectivas puntuales, pero no una pareja estable, duradera y desde la que organizar su vida. Esto lo reservan solo para amigos y familia. Lo hacen al no haber encontrado en el colectivo individuos con quienes compartan una misma visión de estar en pareja. Porque sienten que no es fácil hallar hombres que cumplan con lo que ellas consideran que son los mínimos para compartir.

¿Qué les permite a las mujeres decir no?: no necesitar a los hombres

Las sociedades cambian constantemente. En relación a los cambios del siglo XX y XXI, hay una certeza clara e incontestable. Las mujeres cada vez necesitan menos a los hombres, tanto material como emocionalmente. La socióloga Eva Illouz, en el último capítulo de *El fin del amor*, analiza datos sociológicos sobre el divorcio y muestra que en Estados Unidos, Europa y Australia las mujeres son las principales iniciadoras del mismo. En el siglo XX, la independencia económica lograda por las mujeres, gracias a su incorporación masiva al mundo laboral, incrementó las probabilidades de divorcio. Las mujeres ya no necesitaban a un hombre para ser autosuficientes económicamente En el XXI el progreso de las mujeres ha continuado, sobre todo, en el plano emocional. En este siglo las mujeres han dado un paso de gigante en la conquista de su independencia emocional. Lo han hecho prestigiando su soltería para que tenga la misma consideración positiva que tiene la de los hombres. Lo han hecho defendiendo el valor del amor propio;

tomando conciencia de que no es necesario unirse afectivamente a un hombre para sentirse completa. Lo han hecho llenando el ser mujer de identidad. Durante mucho tiempo, en la historia, las mujeres tenían identidad por ser «la mujer de»; empezaban a dejar de estar vacías por quien tenían al lado. Las mujeres no eran nada, comenzaban a ser en relación a otro, no a las cualidades que poseían por sí mismas. En el siglo XXI ser mujer es una forma de ser ante, no por, los demás, algo que los hombres ya tenían conquistado desde el origen de nuestra civilización. Y lo han hecho desenmascarando el fraude que es el amor romántico y su principal baluarte, el que conseguir una pareja es el eje de la identidad de una mujer. La independencia económica y emocional permiten a las mujeres no aceptar una relación o salir de ella si no cuenta con un equilibrio en el poder, en la conexión y en los cuidados que la hagan satisfactoria.

Una versión radical del deseo de no tener pareja

La versión radical de esta decisión de no tener relaciones con hombres es la del movimiento 4B en Corea del Sur, que comenzó en 2016 y se consolidó en 2019. Las coreanas, al encontrar que sus compatriotas hombres, en general, buscan que las relaciones sean espacios de sometimiento de las mujeres a sus necesidades y deseos, iniciaron este fenómeno basado en «los cuatro no». Las mujeres que secundan este movimiento dicen no a: tener citas con hombres (*biyeonae*), tener sexo con hombres (*bisekseu*), casarse con hombres (*bihon*) y tener hijos (*bichulsan*). Muchas mujeres, tras haber comprobado que aceptar casarse o iniciar una relación sentimental (por efímera que fuera) suponía verse obligadas a asumir una desproporcionada carga de cuidados, de atención a las necesidades de la pareja, de trabajo doméstico, renunciar a su carrera académica o profesional, a su autonomía personal y a su independencia económica, deciden organizar su vida desde estos cuatro noes. Lo están haciendo desde una resistencia silenciosa, con el objetivo de tener una vida satisfactoria, que no es posible al lado de un hombre. Se han cansado de que los hombres esperen que ellas sean sus madres, cuidadoras, enfermeras, psicólogas, asistentas… Por otro lado, este tipo de reflexiones no son

recientes, han estado presentes en muchas pensadoras feministas a lo largo de la historia. Por poner solo un ejemplo, en 1892, Sofia Tolstaia, casada con Tolstoi, escribió la novela *¿De quién es la culpa?* Esta es una respuesta a la novela de su marido escrita en 1889, *Sonata a Kreutzer.* Trata de un hombre que termina asesinando a su esposa, por celos y miedo al deseo sexual. A Tolstaia no le gustó el libro, al que respondió con una novela en la que ponía en entredicho la posibilidad del amor si la voz de las mujeres permanecía sepultada. Sofía describe la posición de la mujer en la Rusia del siglo XIX igual que las coreanas: el matrimonio las condenaba a quedar atrapadas en relaciones desiguales y les arrebataba su emancipación. Para ella, el ideal del amor entre iguales había sido derrotado.

¿Existen los hombres igualitarios?

La socióloga Maike Van Damme en su artículo «Desajustes en la búsqueda de pareja: educación y valores de género en el mercado matrimonial español», publicado en 2024, muestra los datos su investigación en este ámbito. En él, saca como conclusión que existe un déficit de hombres con valores igualitarios con los que las mujeres puedan emparejarse. En terapia es común que las mujeres expresen su malestar derivado de estar o haber estado con un hombre no igualitario. Comparten situaciones como esta:

> Mi pareja era político, yo acostumbraba a ir a muchos actos en los que participaba. Me agradaba apoyarle y me entusiasmaba ver que estaba consiguiendo cosas muy relevantes. Sin embargo, cuando él venía a acompañarme a alguna cuestión profesional mía, no se le veía tan contento, a veces ni siquiera animado. Yo trabajo como investigadora oncológica y he recibido diferentes premios y reconocimientos. Cuando yo acudía a sus quedadas familiares procuraba estar participativa, aunque no me apeteciera nada. Estaba atenta a lo que contaban y a lo que sucedía. Él, por el contrario, cuando venía a comer con mi familia, muchas veces sacaba el móvil en la mesa y se ponía a escribir mensajes, o a leer algo en él. Me molestaba. Sé que no eran cosas graves, que para lo importante luego él estaba, pero me generaba un pequeño dolor sordo el que continuamente estuviera presente este ligero nivel de injusticia. El que, en definitiva, él estuviera más cómodo si hacía cosas importantes y yo iba detrás, apoyándole, que si era yo quien hacía cosas

importantes y él tenía que ocupar el lugar del escudero. Yo entendía que estos papeles, héroe y escudero, nos correspondían por igual a los dos y que la relación consistía en ser capaces de intercambiarnos los roles y asumirlos equitativamente. Se me hizo insoportable no poder quitarme la sensación de que para él la relación estaba bien si, aunque fuera solo un poco, él ocupaba más tiempo su papel de héroe.

Los hombres y sus muros

El patriarcado educa a los hombres de tal manera que hace que estos sientan malestar si no pueden priorizar libremente su vida personal por tener una relación. Hace que los hombres no acaben de entender que estar para el otro no supone renunciar a ser uno mismo. La socialización patriarcal les genera problemas serios con la intimidad y limitaciones severas en poder desarrollar un comportamiento interdependiente. Todo esto hace que los hombres que asimilan los valores de esta socialización (no todos, afortunadamente hay hombres maravillosos que no funcionan de acuerdo a los principios patriarcales), sean incapaces de mantener una actitud igualitaria en las relaciones afectivas. Esta imposibilidad de generar y desear un funcionamiento igualitario es ese muro que el patriarcado construye entre hombres y mujeres.

Hombres individualistas y no igualitarios

En este libro, a través de las historias que suceden en los cuentos, vamos a mostrar el comportamiento de hombres que quieren vivir una relación de pareja desde una actitud individualista. Y cómo, aunque algunos no lo quieran, la organización social patriarcal facilita, empuja a que funcionen desde ella. Vamos a analizar el funcionamiento emocional de hombres que no desean que sus relaciones presenten interdependencia afectiva. La interdependencia afectiva es un ingrediente fundamental para que las relaciones sean ecuánimes y justas; para que estén ponderados el poder, los cuidados y la atención que cada miembro de la pareja da y recibe, la importancia que se otorga

a los proyectos y relaciones de cada uno y la accesibilidad afectiva, es decir, el grado en el cada miembro muestra las emociones y necesidades que le mueven. La interdependencia afectiva supone que no hay un miembro de la pareja que es siempre el que dirige, el que es cuidado y atendido por el otro, sino que estos roles se alternan e intercambian. Se acaban ocupando por los dos en un porcentaje equilibrado. ¿Qué produce que muchos hombres deseen situarse en esta actitud radicalmente individualista en las relaciones y que no quieran asumir un funcionamiento interdependiente con sus parejas? ¿Qué produce que haya más mujeres capaces de dar un funcionamiento interdependiente? ¿Qué produce este desfase entre deseos que genera insatisfacción a ambos? Cada vez más hombres están insatisfechos y frustrados porque, afortunadamente, el feminismo da sus frutos y facilita que las mujeres no acepten estar en las relaciones actuando en una *performance* en la que ellos son héroes y ellas escuderas. Lo primero que me parece esencial destacar es que esta diferencia no tiene nada que ver con la biología.

Hombres y mujeres somos iguales

Esta afirmación, si bien cada vez tiene más aceptación, aún genera incomodidad. Sin duda, hablar de igualdad entre personas aparentemente distintas resulta muy controvertido. Cómo decir rotundamente que una persona que tiene características diferentes a otra es igual que ella a pesar de estas visibles diferencias. En primer lugar, creo que es imprescindible ponernos de acuerdo en los términos para reflexionar sobre la igualdad. Si no, como en la torre de Babel, no podremos entendernos. En mi opinión, la razón principal que impide que nos pongamos de acuerdo en relación a la igualdad entre hombres y mujeres es que no partimos de una definición consensuada de la palabra igualdad. El diccionario de la Real Academia de la Lengua Española define igualdad como: «Conformidad [es decir, semejanza] de algo con otra cosa en naturaleza, forma, calidad o cantidad». De acuerdo a esta definición podemos establecer que hombres y mujeres somos iguales porque idéntica es nuestra naturaleza, ambos somos seres -humanos y semejante es nuestra calidad. Igualdad no es ser idénticos.

No defiendo que hombres y mujeres seamos idénticos, defiendo que somos iguales. Si establecemos que dos cosas o dos personas son iguales si y solo si son exactamente coincidentes en todo, entonces negaremos la igualdad entre hombres y mujeres. Pero caeremos en un error porque igualdad no se refiere a ser copias exactas, sino a poseer la misma naturaleza. Imaginemos dos pedacitos de cuarzo rosa, muy probablemente presenten diferencias, uno puede ser más grande que otro, uno puede ser un poco más brillante, uno tener el tono rosa más acentuado, pero ambos pedacitos son cuarzo. Hombres y mujeres presentamos diferencias entre nosotros, las personas africanas y las europeas no son copias exactas del prototipo de persona, presentan diferencias (meramente físicas) entre sí, pero pertenecen a la misma naturaleza, a la de los seres humanos. Hombres, mujeres, europeos, asiáticos, africanos somos lo mismo, somos personas, somos iguales. Hombres y mujeres tenemos algunas características diferenciadas que básicamente se limitan al fenotipo sexual, pero estas diferencias no nos hacen ser dos tipos de seres, no hacen que cada sexo pertenezca a una naturaleza distinta. No, ambos pertenecemos a la naturaleza de los seres humanos. Y, por tanto, como ambos sexos somos personas, tenemos las mismas cualidades, capacidades, emociones, necesidades: las humanas. Si a dos trocitos distintos de cuarzo se les echa por encima un ácido, o cualquier otra solución, reaccionarán de la misma manera, no generarán dos tipos de repuesta, no, generarán la misma. De igual manera, si a un hombre, si a una mujer, si a un europeo o a un africano les echamos por encima la misma educación, reaccionarán de la misma manera. Desarrollarán las mismas capacidades: las humanas. Por supuesto que europeos y africanos no somos idénticos, las células de la piel de los africanos generan una cantidad mucho mayor de melanina y de ahí su color de piel mucho más oscuro. Esto supone una diferencia biológica, es decir, sus genes, en lo que tiene que ver con la producción de melanina, son distintos, sí, ahí hay una diferencia genética. También la hay en la proporción de masa muscular que tienen, en líneas generales son mucho más atléticos y fibrosos que los europeos. Aun así, no sacamos a los blancos de la NBA ni de las olimpiadas. Por la misma razón, no deberíamos sacar a los hombres de los cuidados porque no puedan, por ejemplo, dar de mamar a un bebé. Ni defender que, porque las mujeres pueden engendrar una vida, están más capacitadas para los

cuidados. La capacidad para cuidar, para la ternura, para la empatía, es humana, no más de mujeres. Las capacidades cognitivas y emocionales no están en la melanina, ni en los músculos, ni en los genitales, están en el cerebro, en un cerebro igual en todos los seres humanos, a pesar de sus diferencias. Un cerebro igual en su potencialidad para desarrollar las capacidades humanas, igual en su naturaleza y valor, aunque quizás no idéntico, en hombres, mujeres, en personas zurdas, diestras, blancas, negras, no binarias, transexuales o cisgénero.

El patriarcado nos hace desiguales

Es el sistema patriarcal en el que vivimos, no la genética, quien hace que hombres y mujeres terminemos deseando cuestiones diferentes en una relación y expresando de una manera diferente nuestra igual naturaleza. Es el machismo, que envuelve nuestro cerebro mientras este se desarrolla, durante todo su periodo de construcción, lo que acaba organizando y dando estructura a nuestro deseo. Mayoritariamente tenemos nuestro sistema de deseo organizado por el patriarcado. Por este motivo, la solución pasa por deconstruir creencias. El feminismo es quien nos libera de desear ser escuderas en una relación. Si esto fuera una fatalidad biológica no sería posible desprendernos de este deseo y querer otras dinámicas y funcionamientos. El feminismo nos permite experimentar una incomodidad coherente con ser empujadas a aceptar cierto nivel de subordinación. Malestar que acaba siendo el revulsivo e impulso para salir de una estructura relacional no equitativa y para buscar un mundo relacional nuevo; para sentir la convicción de que las relaciones de pareja serán igualitarias o no serán. Expliquemos ahora los dos procesos, el cultural y el psicológico, con los que el patriarcado consigue organizar nuestro sistema de deseo. Los dos procesos que hacen que los hombres heterosexuales no quieran adoptar una actitud igualitaria e interdependiente en las relaciones de pareja.

La construcción cultural del deseo patriarcal

Desde nuestro nacimiento y a lo largo de toda la infancia, hombres y mujeres, recibimos una socialización diferenciada. Nuestra cultura aún no considera plenamente iguales a los niños y a las niñas. Por este motivo no les decimos que lo son. Y, además, no nos relacionamos igual con unos que con otras. No les reforzamos ni castigamos las mismas acciones, ni lo hacemos de la misma manera. No les damos afecto al mismo nivel de intensidad y frecuencia, ni en las mismas situaciones. No les transmitimos que esperamos lo mismo de ellos que de ellas. A los niños varones les decimos que son fuertes, audaces, valientes, duros, intrépidos, capaces, resolutivos, importantes e independientes y que para ser considerados «ejemplares masculinos correctos» tienen que mostrar comportamientos que encajen en esta descripción. Les transmitimos que estamos orgullosos de ellos, que nos agrada lo que hacen, cuando se comportan acorde con estas cualidades. Les mostramos que vamos a devolverles cariño y reconocimiento, que, en definitiva, los vamos a querer cuando adoptan estas cualidades. Por el contrario, a las niñas les decimos que son sensibles, cuidadoras, proclives a lo emocional, obedientes, cariñosas, conciliadoras y comprensivas. Y también les transmitimos que para ser consideradas «ejemplares femeninos correctos» tienen que mostrar comportamientos que encajen con esta descripción. En general, a los niños y niñas les acaba gustando hacer aquello que les hemos dicho que esperamos de ellos y se sienten bien cuando hacen aquello que pensamos que es correcto que hagan; así como cuando esgrimen un comportamiento que lleva a que les demostremos que los queremos. Este trato diferenciado está producido por el machismo desde el que se ha organizado, desde el surgimiento de nuestra civilización, el pensamiento sobre las personas y su manera correcta de estar en el mundo. El machismo ha sido el contenido cultural principal para definir la naturaleza de los seres humanos, estableciendo que la «especie persona» contiene dos tipos de individuos, con idiosincrasias diferentes y opuestas en función de su sexo biológico: los hombres y las mujeres. Esta asunción ha sido asimilada como la verdad revelada y se ha mantenido en la mente colectiva de nuestra sociedad hasta la actualidad. Además, es el contenido con el que se han definido tanto los

roles que hombres y mujeres deben ocupar en la sociedad como las actitudes que deben mantener ante el mundo y en sus relaciones. Por supuesto, tanto el feminismo como el activismo no binario han logrado grandes y valiosísimos avances en extender una descripción más científica y objetiva de la pluralidad de expresiones humanas y en la derogación de esta visión reduccionista y arbitraria del ser humano. Sin embargo, la manera de definir a las personas considerada, de forma mayoritaria, correcta, sigue siendo, lamentablemente, la machista. El machismo tiene las mismas propiedades que los plásticos hechos de polímeros sintéticos, ambos tardan mucho en degradarse completamente, permanecen por cientos de años. Lo aún vigente es la definición de los hombres como individuos superiores, porque tienen las capacidades intelectuales para crear ciencia, cultura, arte y política, para hacer cosas importantes en la sociedad; y la definición de las mujeres como los seres que no poseen estas capacidades de forma natural, de condición débil y con capacidades privilegiadas para las tareas orientadas a construir vínculos afectivos y a cuidarlos (tanto los vínculos como a los otros). Esto hace que continuamente a los niños varones se les transmita que su realización pasa por actuar en la sociedad, por desarrollar al máximo estas competencias innatas. Y, si la socialización que han recibido ha sido extremadamente machista, se les habrá enseñado también que su realización pasa por evitar estar en el mundo «del modo femenino». Es decir, que su realización pasa por evitar estar en el mundo creando y cuidando un vínculo afectivo y a la persona con quien lo tenemos. Esto que se les ha enseñado a los niños que es para ellos, que supone una correcta expresión de sí mismos, es lo que les apetece y les apetecerá. Es lo que les gusta hacer y, por tanto, lo que lesgustará hacer y querrán hacer en el futuro. Aquello con lo que se sentirán a gusto, si lo hacen, en el presente y en el futuro. Además, como es lo que los lleva a recibir amor y cercanía de quienes los cuidan, se asociará a bienestar, porque los niños solo sienten bienestar cuando son queridos y valorados por sus figuras de cuidado. Motivo por el cual, hasta la extensión de la cultura del *crossfit* los que disfrutaban de ir al gimnasio eran mayoritariamente los hombres. Mientras, las discípulas de Jane Fonda, si disfrutaban poniéndose los calentadores para hacer ejercicio en el salón de su casa era para estar más atractivas ante los ojos de los hombres, prioritariamente de los maridos.

El machismo sigue siendo implacable en transmitir a los hombres que lo que se espera de ellos, lo que los lleva a recibir *likes* por parte de su contexto social y familiar es funcionar desde estar para ellos y para incidir en la sociedad. Y esto es también lo que evita que reciban una devaluación. Los niños que han sido radicalmente socializados de este modo machista serán adultos que solo se sentirán bien si viven desde un plano individualista y, si tienen una relación afectiva, solo se sentirán bien si huyen de la interdependencia, si, aunque tengan pareja, siguen «el camino solitario del guerrero», si están centrados en ser más fuertes, más sabios y en vivir el mayor número de aventuras, siendo la máxima compañía íntima permitida la superficial de sus *bros*. Y si no pueden conseguir grandes hazañas, al menos alcanzarán la que supone vivir desde esta actitud de guerrero o de héroe. En resumen, a los niños se les enseña a separarse y a las niñas a vincularse. Annie Ernaux escribía en *Memoria de una chica* que hay personas que se ven anegadas por la realidad de los otros, yo añadiría que hay hombres que están anegados por el deseo de vivir desde el individualismo.

Si la socialización no ha sido tan extrema, pero ha existido a un nivel basal y el adulto no ha hecho un proceso de deconstrucción para analizar qué puede tener impregnado en sus deseos, expectativas y formas de funcionamiento de esta educación machista, puede tener pequeños dejes individualistas. Lo psicológicamente saludable sería poder tener un equilibrio entre independencia e interdependencia, que ninguna de las dos actitudes fuera excluyente. Es decir que tener plena autonomía, proyectos personales propios, esferas al margen de la pareja no impidiera poder crear algo compartido con una pareja si esto se desea. Que tener un proyecto compartido no supusiera ni se sintiera como renunciar a nuestra libertad individual. El machismo extremo impide este equilibrio, produce un desajuste en el porcentaje de interdependencia con el que están cómodos hombres y mujeres. Y en los casos más exagerados impide el amor. Para amar, la pareja tiene que ser concebida como un objeto de deseo. Si los hombres solo pueden sentirse bien en un ejercicio individualista extremo, lo que aman es no estar limitados a nada. Esto les hace no poder amar a alguien concreto, impide que el objeto de su amor sea una persona. Hace que su deseo carezca de un objeto y esto les impide el amor «humano». Además, si el machismo les ha hecho creer que las mujeres son inferiores, tampoco

pueden ser concebidas como objeto de amor, puesto que para amar hay que poder sentir algo de admiración y no se puede sentir amor por alguien que se considera una expresión fallida de lo valioso.

La organización psicológica del deseo patriarcal

Muchos personajes de este libro, que vais a ir conociendo, podrían presentar lo que conocemos como un apego evitativo muy exacerbado. ¿En qué consiste esto? Los adultos que muestran este tipo de apego han sido niños que cuando se acercaron a sus figuras de cuidado, fundamentalmente padre y madre, para pedir apoyo emocional, para pedir cariño al sentirse solos, tristes o asustados, o para pedirles acompañamiento ante algo importante para ellos, se encontraron con que estas figuras de apego les devolvían rechazo. Este rechazo puede ejecutarse de diferentes maneras. Una de ellas es ignorando al niño. Por ejemplo, marchándote de su lado al verlo llorar, dejándole solo y regresando y retomando la interacción con él únicamente si deja de llorar. Otra forma es devaluando la expresión de emociones como la tristeza, el miedo o la inseguridad y la posterior petición de ayuda emocional. Por ejemplo, diciéndole: «No es para tanto que tu amigo se haya enfadado contigo. Eres un chico, tienes que ser fuerte, no te me pongas a llorar por esto. No me pidas consuelo, tienes que poder tu solito con esto. En cuanto vuelva te quiero ver bien». Y, la más grave, devaluándolo a él por expresar emociones y por buscar cercanía emocional ante ellas: «Eres un memo y un blando por llorar porque un amigo se enfade contigo. Pensaba que tenías agallas, me has decepcionado». También pueden generar un estilo de apego evitativo crianzas en las que se da muy poco afecto, cariño o compañía a lo largo del desarrollo del niño. Algo que sucede en crianzas como las siguientes: aquellas en las que los padres pasan muy poco tiempo con los niños, aquellas en las que se está a su lado, pero mostrando muy poca interacción con ellos, crianzas en las que se solo se interactúa con los menores a través de la realización de tareas, crianzas en las se muestran reacciones emocionales incoherentes en relación a lo que les pasa, por ejemplo, reírnos o sonreírles cuando les pasa algo triste y crianzas hiperestimulantes donde se fuerza que los niños estén todo el

tiempo, que no sea de descanso, haciendo actividades. El aprendizaje que queda en el cerebro de estos niños es que, si expresan lo que sienten y piden cercanía, que es la mayor muestra de intimidad que puede realizar un niño, van a recibir rechazo. Esto hace que se asocie mostrar intimidad con el dolor que causa el ser ignorados, devaluados o rechazados. En neurociencia, decimos que las neuronas que se excitan juntas se entrelazan. Tocar una superficie muy caliente y quemarnos nos lleva a apartar rápidamente el brazo y a aprender que no hay que acercar la mano a superficies incandescentes. De la misma manera, estos niños aprenden que la intimidad quema y que, por tanto, mejor «quitar la mano» de las tesituras íntimas o de las situaciones que pueden acabar en intimidad. Estos niños se quedan con el aprendizaje, implícito y, por tanto, a veces no consciente, de que bajo ningún concepto es bueno crear mucha intimidad.

Además, se produce la siguiente paradoja. Cuando estos niños buscaban cercanía, obtenían rechazo y perdían la conexión emocional con sus figuras de cuidado. Por tanto, estaban conectados con sus figuras de cuidado cuando no buscaban cercanía. Cuando no buscaban cercanía era cuando se sentían queridos. Esta experiencia deja a estos niños el siguiente aprendizaje: para conectar con los demás hay que evitar conectar con ellos, hay que evitar la cercanía. Esto puede derivar en que los adultos en los que se convertirán estos niños quieran estar al lado de los otros para rechazar la intimidad con ellos, porque solo de ese modo pueden sentir conexión, que no van a ser rechazados, que son amados y que van a recibir amor. Este aprendizaje es implícito e inconsciente. La persona no sabe que tiene las neuronas entrelazadas de este modo. No sabe que tiene entrelazado el alcanzar un alto grado de intimidad con rechazo, con dolor y con no ser querido por el otro. La persona con apego evitativo no sabe que tiene estas asociaciones, pero las tiene. Por tanto, alcanzar un nivel de intimidad fuerte con una pareja hace que vuelva a sentir lo que sintió de niño cuando buscó esa intimidad con sus figuras de apego y fue rechazado. Pero si no se ha hecho consciente de esta asociación, algo que se consigue con terapia, pensará que el dolor o malestar que siente tiene que ver con que a él no le agrada tanta intimidad. Pensará que está sintiendo algo desagradable porque en realidad no le apetece tener esa relación, porque no le gusta

tanto la persona o porque tener una relación en esos términos no va con él.

Ahora bien, podríais preguntarme qué tiene que ver esto con el patriarcado. Pues todo. A los niños varones, por la consideración machista que sostiene que son fuertes, duros e intrépidos, etcétera, y que lo adecuado es tratarlos para que se comporten de este modo, con una mayor probabilidad que a las niñas, les vamos a tratar de un modo que fomente un estilo de apego evitativo muy marcado. Porque las familias que tengan este machismo incorporado para definir a sus hijos precisamente mostraran hostilidad cuando estos muestren sus emociones, cuando se muestren asustados, inseguros, tristes, cuando pidan cariño, cuando quieran intimidad. Porque los hombres no lloran, porque si les das demasiado cariño los haces unos blandos o, peor aún, aquí la homofobia entrando en escena, «les haces maricones» (como si ser homosexual en lugar de ser otra maravillosa orientación sexual fuera malo). Porque hay que tratar a los hombres duro para hacerlos fuertes, para que asuman su papel que es el de los que no tienen miedo, los que saben qué hay que hacer en cada momento. La creencia de que a los hombres no hay que permitirles llorar o emocionarse porque les hacemos débiles causará que hagamos débil su capacidad de establecer relaciones con altas dosis de intimidad y de interdependencia.

Este libro tiene el firme propósito de contribuir a que las relaciones entre hombres y mujeres sean más satisfactorias y justas. La causa de no encontrar la misma visión de la pareja no está en los hombres, no está en las mujeres, ni ellos ni ellas son el problema. Como se ha empezado a explicar en este capítulo, la causa y el problema está en la ideología patriarcal y en quien la asume como el modelo correcto de pensamiento y comportamiento.



Regatear el tiempo

Desde niña, los viajes me causaron una profunda fascinación, tal vez porque vivía en una ciudad pequeña, con pocas calles y muchas personas que parecían la misma. Mis padres solo habían salido de nuestra provincia en su luna de miel. Fue el único dinero que invirtieron en algo no estrictamente necesario durante sus vidas. El otro gran gasto que se permitieron fue restaurar la casa del pueblo de mis abuelos maternos para que pasáramos allí los veranos. Les costó mucho esfuerzo ahorrar lo suficiente para restaurarla y evitar que se echaran a perder, como ellos decían, tanto la casa como el poco arraigo que aún les quedaba con sus orígenes. Desde que nació mi hermana, ocho años menor que yo, nuestros veranos, de finales de junio a septiembre, transcurrieron en el pueblo. Muchas menos calles y mucha más gente repetida. No pude viajar por primera vez hasta que estuve en el instituto. Pero encontré cómo hacer para que recorrer otras ciudades y países formara parte de mi vida. Describía las maravillas del mundo en las redacciones que nos mandaban en el colegio. Mis muñecos hacían las maletas todas las tardes, cogían aviones y barcos hasta que llegaban a lugares desconocidos. Encontraba revistas en la biblioteca con reportajes sobre personas que habían vivido en varios países. Las leía una y otra vez hasta sentirme un poco como ellas mientras yo permanecía siempre en los dos mismos sitios.

La puerta del bar se abrió con un ruido áspero, pero no lo suficientemente intenso como para sacarme de mi lectura. Al cerrarse

de un golpe seco, el aire cargado del local se refrescó ligeramente. Siempre llevaba un libro conmigo cuando quedaba con ella. La puntualidad no era su fuerte.

—Buenas —me saludó Julia dándome un abrazo por la espalda.

Me asustó, estaba profundamente metida en la historia que estaba leyendo.

—Pero, ¡qué pronto has llegado! No me ha dado tiempo a terminarme ni el capítulo ni el café —respondí bromeando.

—He podido escaparme antes del trabajo y mira, por una vez, no me he entretenido charlando con nadie —me respondió animada.

Habíamos quedado para hacer los últimos preparativos; al día siguiente nos marchábamos de viaje a Fez. Empezaba el puente de San Isidro e íbamos a pasar casi una semana allí. Estábamos impacientes por perdernos por su medina, por llenarnos de olores exóticos a especias, hierbabuena y almizcle, por rodearnos de sus colores humildes pero arrogantes.

—Mi amiga nos ha conseguido finalmente el mejor alojamiento. De los tres que le dijimos, nos ha reservado el Riad con *spa* al lado de la plaza Seffarine. Estamos en el mismísimo corazón de la medina. ¿Te acuerdas? El de la atmósfera de las mil y una noches, espera, lo busco y lo vemos otra vez. Y ha conseguido además que nos hagan una rebaja. Todo perfecto, Anita —me explicó acelerada.

—Y eso que a esta amiga tuya no le gusta mucho Marruecos, ¿no?

—Bueno, lo que no le gusta es que considera que es uno de esos lugares en los que, fuera de las zonas turísticas y mercados, parece que tienen escondidas a las mujeres. Pero dejemos las opiniones de mi amiga porque si no, no vamos. Ahora voy a enseñarte el alojamiento, mira que espectacular es —dijo, mostrándome las fotos del sitio.

Por un momento, me transporté a ese palacio marroquí organizado alrededor de un patio interior rodeado de columnas vestidas de azulejos geométricos. Me vi disfrutando del ambiente misterioso que crea la combinación de grandes macetas de barro húmedo con plantas exuberantes, arcos con enormes puertas de madera labrada sobre las que brillan cristales azules, una fuente central y ventanas envueltas en filigranas imposibles de escayola. Toda esa atmósfera parece estar siempre a punto de desvelar algún mensaje secreto. Me senté en uno de sus rincones, sobre grandes cojines con bordados de colores, en el

momento más sugerente del día. Cuando el sol ya casi no brilla fuera y encienden las lámparas de latón para que derramen su luz a través de miles de diminutos orificios que arrojan estrellas sobre las paredes. Ese en el que se crea un universo de tonalidades ocres, de destellos dorados, de rojos tierra profundos, de luz tenue pero densa y envolvente. Me entregué a esa reconfortante convicción de que no existe un lugar capaz de generar más fascinación.

—Vuelve, Ana, vuelve aquí. Aún no hemos llegado a Marruecos. Todavía nos queda hacer las maletas y llegar a tiempo al avión mañana, que el vuelo es muy temprano. ¿Quedamos entonces en mi casa y vamos juntas al aeropuerto o nos vemos allí?

—Voy a tu casa, así me aseguro de que sales con tiempo, que por nada del mundo quiero perder ese avión, y nos conocemos…

—Vale, entiendo que no te fíes de mí…

—Venga, vamos a terminar de decidir si hacemos excursiones desde allí o nos quedamos los seis días en Fez. He visto que podemos ir a Meknes o a Mulay Idris y así ver las ruinas de Volubilis —continué para organizar lo que nos faltaba del viaje.

—También tenemos que elegir el *hammam* al que ir y marcar en *Google Maps* los restaurantes que me ha recomendado mi amiga, en esos hay que comer o cenar sí o sí.

Después de terminar el segundo café, ya lo teníamos todo decidido. Era fácil planear con Julia, le costaba cumplir con los horarios, pero no con lo que hacía feliz a sus amigas. Probablemente por eso nunca nos molestaba excesivamente esperarla.

—Pues ya solo nos queda irnos a hacer la maleta. Oye… me llevo yo la mascarilla para el pelo y tú el gel para los rizos, como siempre, así no llevamos todo duplicado. —Julia también sabía ser práctica.

—Sí, hacemos así, y venga, vámonos ya, que no quiero llegar muy tarde para estar un ratito con Luis y me quiero acostar temprano —le pedí.

—¿Qué va a hacer él? —me preguntó mientras llamaba al camarero para que nos cobrara.

—Se va a Santander. Creo que van a intentar hacer una quedada de primos aprovechando que él y su hermana suben.

—Otro puente nos vamos con él, que las fotos que me has enseñado de su pueblo son preciosas. Bueno, mañana te espero entonces en casa

a las siete y media.

—Allí estaré. Pon la alarma suficientemente tiempo antes y no la apagues —dije a modo de despedida.

Cuando llegué a casa, Luis ya había hecho la cena.

—Hola, cariño, ¿haces la maleta y cenamos? He preparado todo para hacer tacos de pollo. Cuando termines caliento las tortitas —me dijo desde la cocina mientras me quitaba los zapatos y colgaba mi cazadora.

—Hola, amor, vale —respondí desde la entrada.

—Pero ven a probar esto, ha quedado muy bueno con el nuevo robot que compré.

—Qué bien huele, qué buena pinta… —dije, dándole un beso rápido para probar el relleno de los tacos.

Luis y yo llevábamos catorce años juntos. Nos conocimos en mi último año de universidad gracias a uno de mis compañeros de ese curso, que era amigo suyo del instituto. Fue una noche que salimos todos los de la pandilla de clase juntos y terminamos cenando en el restaurante donde Luis trabajaba en ese tiempo. Luis es cocinero, para alguien como yo, que no sabe cocinar, esto es una gran ventaja. Después de aquella noche aún tardamos un año en empezar a salir. Desde ese momento, a mis veinticuatro años, y él, a sus veinticinco, no nos hemos separado. Luis y yo somos la típica pareja sobre la que la gente suele decir: «si vosotros dos os separáis dejaré de creer en el amor». Aunque cada vez nos lo dicen menos. No sé si somos nosotros, que estamos cambiando, o es la sociedad. Realmente somos una buena pareja. Nos gustan casi las mismas cosas, los dos adoramos a los amigos del otro y los sentimos como propios. Nos encanta contarnos nuestras cosas. Hablamos mucho y solemos saber con precisión en qué cosas anda la cabeza del otro. Somos muy cariñosos, conectamos increíble en la cama y nos organizamos muy bien en la convivencia. Como realmente cocinar nunca me ha entusiasmado, él se encarga de todo lo que tiene que ver con la cocina, desde limpiarla a comprar. También compra todo lo necesario en casa, no solo en cuanto a comida se refiere, y yo me encargo de limpiar el resto y de la ropa. Él, para ser del gremio, come muy poco, pero cocina mucho. No le gusta desperdiciar comida y a mí me encanta comer, así que todos contentos. A Luis le encanta mi pueblo, no vamos mucho, pero algunas visitas a mis padres tengo que hacer porque pasan allí todo el tiempo al año que pueden. Casi siempre viene

conmigo, a diferencia de mis dos novios anteriores, que nunca vinieron porque les parecía que estaba muy lejos, que era muy pequeño, aburrido y frío. A Luis le interesan las cosas que pasan allí. Hay un par de familias que hacen miel y esto le fascina, y el carnicero hace morcillas exactamente cómo él considera que se tienen que hacer. Cada vez nuestra relación es más sólida y, sobre todo, cada vez damos más por hecho, nosotros y nuestro entorno, que es así. A veces incluso hablamos, un poco de refilón aún, de que quizás en no mucho tiempo podría estar bien tener hijos.

A pesar de que todo nos va muy bien, últimamente me siento rara a su lado. Lo adoro, y me lo paso genial con él. Al mismo tiempo, los dos tenemos total libertad para hacer planes, actividades y viajes con otras personas, ya sean amigos de siempre o gente nueva que acabamos de conocer. Pero, desde principios de este año, siento algo extraño que mi corazón me dice que tiene que ver con él. No tengo la más mínima idea de qué es, de qué me pasa, pero ahí está. No todo el tiempo, no todos los días, incluso hay semanas que desaparece, pero, cuando me he olvidado de cómo es exactamente esa sensación inespecífica, reaparece. A veces pienso si será por haber hablado de tener hijos. Si esto ha hecho, de alguna manera, que me sienta atrapada. Porque, si tenemos hijos, nuestra vida quedará entrelazada para siempre. No es que esto me conflictúe, porque con él soy plenamente feliz y la vida con él se dibuja como un horizonte estupendo, pero ya sería mi horizonte entero. No sé si me afecta que yo solo haya tenido dos novios antes que Luis. Tiendo a soñar mucho, pero a quedarme en los mismos lugares. Tuve un novio en el instituto, Alejandro, un chico de mi clase, durante todo el año en el que cursé bachillerato. Nos apoyamos mucho para estudiar tanto durante curso como para selectividad, pero todo terminó poco después. Nuestro amor no resistió el comienzo de la universidad, en carreras diferentes, con gente diferente y sin necesitar demasiado el uno del otro. Fue un amor bonito, quizás de principiantes, pero bonito. El tercer año de carrera tuve otro novio, Pedro, ligado a mí por lo académico. Como yo, estudiaba Administración y Dirección de Empresas. También fue un amor bonito, pero que no superó que él empezara a trabajar y yo siguiera en el mundo universitario. Después de Pedro solo me lié con un chico más, un alemán que conocí una noche de fiesta en Berlín con mis amigas mientras hacíamos el Interrail. La noche que lo conocí

acabamos mis amigas, sus amigos y yo en su casa. Si lo hubiéramos sabido, nos podríamos haber ahorrado una noche de albergue. Al día siguiente, me enseñó sus sitios favoritos de la ciudad y a la noche regresé con mis amigas para seguir cogiendo trenes. Ese octubre lo invité a venir a Madrid y volvimos a pasar un día y una noche juntos. Después de eso, fuimos perdiendo el contacto poco a poco, nunca volvimos a vernos. Esta es toda mi experiencia amorosa antes de Luis: tres chicos, tres vidas, tres historias, tres pieles, tres formas de besar, de reír, de mirarme.

—¿Has terminado ya la maleta? ¿Te echo un cable con algo? —preguntó Luis abriendo la puerta de golpe y dándome un susto.

—¡Ay! Perdona, no pretendía asustarte.

—No pasa nada, gracias, ya tengo casi todo lo importante. Venga, ¿cenamos? Estoy deseando probar esos tacos. Lo que me queda lo termino luego.

Nuestra semana en Fez estaba siendo un sueño. Desde el primer día, en el que nada más llegar a nuestro alojamiento nos ofrecieron un té con pastelitos y organizaron nuestras sesiones de *spa*, nos habíamos sentido envueltas por esa dulce hospitalidad del Atlas marroquí. Por un cuidado amable cargado de ecos bereberes. La primera tarde de baños bastó para que quedáramos seducidas por esa manera de enlentecer el tiempo con agua caliente, penumbra entre paredes rojas y sombras de vapor sobre lámparas de colores y velas. Justo después, con la piel aún perfumada de incienso, ámbar y argán, disfrutamos de una deliciosa cena. Al día siguiente, dimos el primer paseo por la ciudad. Hicimos el ritual de entrar a la medina cruzando *Bab Boujloud*, la Puerta Azul. Nos resultó el umbral más majestuoso entre el presente y el pasado que habíamos atravesado. Cruzándola te adentras en un viaje en el tiempo y llegas a un punto indeterminado de la Edad Media. La puerta, de un lado, es azul y, del otro, el pegado al pasado, es verde. Ese fue el primero de muchos contrastes. De la disparidad más fuerte, la de los olores. Puedes oler a pan recién horneado; un segundo después, a cuero, y tintes penetrantes, y terminar por casi masticar el agua de azahar. En la zona del cuero los tintoreros te regalan ramitas de hierbabuena para amortiguar el hedor de la cal mezclada con excrementos de paloma. Verlos trabajar es impresionante, utilizan las mismas técnicas desde hace siglos, calculan los tiempos y proporciones de los ingredientes a

ojo, remueven el cuero y las telas con sus pies y con sus manos. Todo su cuerpo es una herramienta al servicio del color. Sus cubas gigantes parecen el laboratorio en el que la naturaleza inventó los colores. Contienen un arcoíris de agua hecho de cúrcuma, amapola, índigo, menta y granada. Otro contraste es el de los sonidos. Tras la Puerta Azul puedes escuchar el bullicio de los vendedores que explican las cualidades de sus productos, la llamada a la oración del almuecín como un lamento, a veces el rebuznar de un burro y las conversaciones animadas, a ratos a gritos, entre los locales, que siempre se saludan efusivamente. Y, para mí, la mejor experiencia sensorial: la organización de las calles en forma de laberinto. Calles anchas se bifurcan y estrechan, desembocan en alguna pequeña plaza; parece que conectan entre sí, pero nunca lo hacen. Son el escenario perfecto para vender todo tipo de objetos rodeados de misterio. Terminábamos los días deleitándonos con los detalles de la decoración de nuestro cuarto, las alfombras, los bordados, los azulejos, las lámparas, la madera y los muchos cristalitos de colores por todas partes.

El penúltimo día llegó rápido. Alrededor de las tres de la tarde decidimos parar a comer. La plaza Seffarine se había convertido en nuestro lugar favorito de la medina. No era una plaza, era un instrumento de percusión emitiendo el sonido constante del repicar de los artesanos caldereros y latoneros dando forma a sus piezas de cobre. Nos divertía entenderla como un escondite de suelo pulido entre las callejuelas estrechas. Elegimos un restaurante, con el mismo nombre que la plaza, justo frente al único árbol que parecía asomarse a su terraza panorámica, como ellos la llaman. El bullicioso local tenía un ambiente agradable y divertido. Delgados camareros llevaban platos de barro humeantes al ritmo de la música, esparciendo un rico olor a verduras, canela y comino. Nos sentamos en una de las pequeñas mesas de madera bajitas sobre una alfombra de colores. Nos quitamos las sandalias, nos dolían los pies de tanto caminar, y sentimos el tacto suave de la lana. Uno de los simpáticos camareros nos acercó rápidamente una carta y nos preguntó por la bebida. Miramos los platos por encima, teníamos muy claro lo que queríamos.

—¿Me pides lo de siempre? Necesito ir al baño —le dije a Julia.

Cuando volví, mi indiscreta amiga observaba con atención a una pareja joven de turistas que comía en la mesa de al lado.

—Julia, ¡no seas descarada! Se nota mucho que estás cotilleando…

—¡Pero mira! Han pedido dos platos para cada uno, cuscús y tajín —susurró.

Miré con disimulo y vi los cuatro grandes platos sobre la mesa. Algo me llamó más la atención que su comida. Mi mirada se quedó por un momento suspendida en él. Se parecía exageradamente a Bertram. Por un momento pensé que podía ser él. ¿Que quién era Bertram? El alemán con el que tuve mi breve aventura amorosa.

—Luego soy yo la descarada. Pero ¿a qué te ha llamado la atención toda esa comida? Te has quedado igual de sorprendida que yo.

—No exactamente, pero un poco sí. Bueno, parecen alemanes, acuérdate como eran allí los platos de codillo, ellos pueden con esto —bromeé.

—Te apuesto lo que quieras a que no se lo acaban.

—Yo apuesto que sí, quien pierda paga el té de después.

—Vale. Antes han estado discutiendo, creo que era porque ella no quería pedir tanta comida y él sí. Se ha empeñado y al final se ha salido con la suya —dijo, contándome sus suposiciones.

—A mí me pasa algo parecido con Luis, porque, aunque ya sabes que me encanta comer, a veces hace mucha comida.

—Anda que… tiene delito que te quejes de que te cocinen a diario, mientras que otras estamos todos los días fregando tápers. Ignoraré este lamento tuyo. Vuelve a nuestra pareja de alemanes, ¿te imaginas que rompen en el viaje? Igual son pareja de toda la vida, puede que lleven un tiempo mal, que esta discusión por la comida no sea sino otra más de las muchas en los últimos meses y que termine por reventar su relación. Sería terrible, ¿verdad?

—Este lugar tan maravilloso no es escenario para rupturas, debería ser escenario para grandes historias de amor.

—Desde luego.

Me dio la sensación de que la chica de la pareja había adivinado que conjeturábamos sobre su vida. Decidí cambiar de tema.

—Por cierto, hablando de rupturas, ¿sabes que me contó Luis que, a la jefa de cocina de su trabajo, la que está justo por debajo de él, en enero la dejó su pareja tras doce años de relación? La pobre está destrozada.

—¿Y por qué la dejó?

—Parece ser que él se fue a hacer un curso de repostería a Nantes y al volver cortó con ella.

—¿La dejó por una compañera del curso?

—No, no por una compañera, por la profe. Parece ser que se enamoraron perdidamente y él ha dejado todo en Madrid, su relación, su casa, su trabajo… y se ha ido a Nantes a trabajar con ella en su restaurante y a continuar con su historia de amor.

—¿Esos eran los que se acababan de comprar la casa esa tan bonita juntos?

—Esos, esos.

Cuando acabé de explicárselo llegó nuestra comida: cuscús de pollo y verduras para mí y otro de verduras, garbanzos, cebolla y pasas para Julia. Mientras jugábamos con la sémola decidimos cómo organizar el resto de la tarde. Julia quería comprarle un darbuka a su padre. A este le gustaba mucho la música, hasta el punto de haber creado un grupo de música regional y tradicional en su pueblo. Tocaba la bandurria, la guitarra y algún instrumento más de percusión.

—Nos podemos tomar el té en la tetería pequeñita que está justo enfrente de la tienda de instrumentos, la que hace esquina. Además, tienen los pastelitos esos que tanto te gustan.

—Se llaman cuernos de gacela… que te vas a ir de aquí sin aprenderte el nombre.

La tetería, diminuta, con un enorme y desproporcionado mostrador repleto de dulces, tenía también un par de mesas en la calle de la medina. Tuvimos suerte, una estaba libre. Pedimos té para las dos y pastelitos solo para mí. Cuando empezaba a tomarme el primero, aunque siempre lo hago despacio, Julia se impacientó.

—Estoy mirando y tienen las panderetas que le gustan a mi padre —me dijo, escudriñando las filas abarrotadas de instrumentos colgados. Toda la tienda, que era bastante grande, se veía entera desde nuestra mesa—. Creo que además del darbuka le voy a llevar una pandereta.

En ese momento, la pareja de alemanes apareció en el principio de la calle. Iban de la mano y se hacían gestos cariñosos.

Nos miramos y sonreímos.

—Por cierto, se acabaron los cuatro platos, así que tú pagas el té.

—Vale —respondió condescendiente.

—Si te parece bien, pago, y, mientras te terminas los pastelitos, voy entrando a la tienda, cuando acabes te unes.

—Me parece perfecto, así puedo tomarme mis dulces tranquila.

—¿Más tranquila aún? —bromeó.

Mientras Julia pagaba dentro de la tetería, los alemanes entraron a la tienda de instrumentos.

—Vas a tener compañía en la tienda. ¡Igual averiguas un poco más de su vida o consigues más material para inventártela!… —bromeé mientras se iba.

Julia miró hacia la tienda y descubrió a la pareja. Se le escapó una carcajada y se marchó hacia allí a buscar su darbuka y su pandereta después de guiñarme un ojo.

El dependiente, un hombre de unos cincuenta años con aspecto de viajero curtido y de músico trotamundos, la había saludado amablemente y le había pedido que se sintiera como en casa hasta que pudiera atenderla. Julia curioseaba los instrumentos, a ratos le interesaban los que estaban más cerca de la pareja de alemanes. Me reía para dentro mientras cogía con la cucharita del té la miel que se había quedado pegada al plato. Volví a mirar hacia la tienda. Justo en ese momento entró un grupo de cuatro hombres jóvenes. Todos tenían un aire desenfadado y moderno. Iban desaliñados lo justo para resultar seductores a quienes nos gusta lo que se escapa de la normatividad o de lo común, pero no en exceso. Uno de los chicos era especialmente guapo. Tenía el pelo de un rubio particular, entre dorado y ceniza. Llevaba un corte medio con mechones irregulares, medio rizados y ligeramente alborotados, pero con ondas suaves cuyas puntas terminaban algunas hacia arriba y otras hacia los lados. Iba un poco despeinado, pero al mismo tiempo cuidado y expresivo. Su aspecto era enérgico, suave, juvenil, de rebeldía contenida. Su belleza nacía de unos ojos azul vivo, unos pómulos definidos, una mandíbula angulosa y una expresión intensa por su mirada abierta y fija. Su piel clara alcanzaba un tono ligeramente sonrojado por el calor. De repente, otro dependiente, bastante más joven, salió del interior de la tienda para saludarlos, parecía conocerlos bastante. Volvió a meterse en el interior, donde debía estar el almacén y salió con dos laúdes que les tendió ilusionado. El chico guapo cogió uno y lo probó. No podía dejar de mirarlo. Los flechazos ni avisan ni piden permiso. Y yo estaba

demasiado habituada desde niña a llevar mi cabeza a lugares lejanos y a convertirme en protagonista de otras vidas. Me imaginé siendo su pareja y recorriendo el mundo buscando instrumentos raros y escuchando música invisible. Me inventé que por dentro tenía un torbellino parecido a su pelo, con un desorden bonito, hecho de fuerza, vulnerabilidad, asombro y conocimientos sobre muchos lugares y tradiciones. Que su corazón albergaba tormentas, pero todas las ganas de vivir el mundo. Todo esto mientras me terminaba mi último pastelito y me decidía a ir a la tienda. Por fin salí de mis ensoñaciones y me levanté de la mesa. Justo en el momento en el que entraba en la tienda, los chicos salieron. Se habían despedido afectuosamente de los dependientes con abrazos y besos. Me encanta ese cariño que dan algunos hombres marroquíes a otros hombres. En la puerta me crucé con el chico rubio, nos miramos. Mi historia de amor con él duró tres segundos. Quizás me había quedado atrapada en esa dinámica que seguía de niña; ponía mi cabeza muy lejos, pero mi cuerpo solo podía estar en el mismo sitio y este era Luis. Me reuní con Julia.

—Son franceses. ¿Te has fijado en el chico rubio? ¡Qué guapo! —dijo Julia.

Asentí mientras la miraba fijamente levantando mucho las cejas.

—A los alemanes les queda poco, ya se han decidido y van a pagar. Van a comprar un darbuka igual que yo.

Los alemanes se marcharon de nuevo de la mano.

El dependiente más mayor se acercó a nosotras. Como tantos otros comerciantes, hablaba un rudimentario español que le permitía comunicarse con nosotras perfectamente. Durante toda la semana no había hecho falta que rescatara mi oxidado francés. Julia le explicó lo que quería, hasta le enseñó un vídeo de su padre tocando su música regional para que se hiciera a la idea de que tipo de darbuka y pandereta necesitaba. El dependiente se entusiasmó con los vídeos, le pidió que su padre viniera también a Fez a conocer su tienda. Parecía sincero. Esto no impidió que Julia tuviera que hacer un duro regateo. Pero consiguió sus instrumentos mucho más baratos que los alemanes. Cuando la operación terminó, me aventuré a cuestionar al dependiente.

—Perdóname, ¿podría preguntarte por qué nos has dejado el darbuka más barato a nosotras que a la pareja de alemanes que se

acaba de ir? ¿Es porque los alemanes tienen más dinero que los españoles?

—No, no es porque ellos tienen más dinero, que seguro, amiga, que es cierto. Economía alemana no es economía española. Es porque ellos tienen menos tiempo. Me dijeron que su vuelo salía dentro de poco. Vosotras no tenéis prisa, por lo que tenéis más tiempo y, sobre todo, más tiempo que yo, que tengo que cerrar el día con algunas ventas. Quien tiene más tiempo tiene más poder y, por eso, pone el precio —respondió el vendedor.

En ese momento, al escucharlo, entendí el malestar que llevaba sintiendo desde principios de año. Como si todos los instrumentos del puesto, con su música y ritmo encerrados, hubieran llevado a mi cerebro a una profunda conciencia introspectiva que me permitía entender esa incomodidad que desde unos meses atrás sentía con Luis. Oía a Julia hablar con el vendedor a lo lejos. Se reían mientras le embalaba los instrumentos para que fueran protegidos durante el viaje. Cuando terminaron, vino hacia mí.

—Ana, Ana, venga, deja de mirar los instrumentos, vámonos… que esta tarde tenemos sesión de masaje.

—Sí, sí, vámonos.

—Hasta la próxima, muchas gracias por todo, Shukran —me despedí del amable vendedor y de su compañero que, tras atender a los franceses, se había quedado detrás del mostrador.

Se despidieron de nosotras con una gran sonrisa y tocándose el corazón como era costumbre.

—¿Sabes qué creo? Que la comida me ha caído un poco pesada, me molesta el estómago.

—No me digas, a mí me ha sentado genial. Eso han sido los tres pastelitos de miel y frutos secos. Son bombas calóricas, ¡puede llevarte un mes digerirlos todos! —bromeó.

—¿Te importa si vas tú primero al *spa* y yo descanso un poco en la habitación? Si se me pasa ya voy después —dije, inventando una excusa para poder pasar un rato a solas y ordenar mis pensamientos.

—Claro, sin problema. Yo voy ya para que me dé tiempo a darme el masaje. Si podemos coincidir, bien, y, si no, nos vemos en la cena. ¿Te parece?

Cuando Julia se marchó y me quedé sola en la habitación sentí un alivio muy fuerte. Necesitaba pensar en lo que había sentido en la tienda de instrumentos. Necesitaba quedarme a solas con mis pensamientos. Había dedicado mi amor estos diez últimos años a Luis. Él se había convertido en mi pareja más larga y en la persona que tener al lado mientras seguía construyendo mi vida, sobre todo, si decidíamos tener hijos. A veces sentía vértigo al pensar que mi satisfactoria vida, construida a base de libertad total, de salir y entrar a mi antojo, de marcarme a mí misma mis horarios, con el único corsé de las horas fijas en la oficina, se fuera a acabar. Sí, me apetecía tener hijos también, pero al mismo tiempo me apetecía poder estirar más esta forma de vida, me agobiaba que se acabara. Luis y yo éramos demasiado parecidos. Seguro que él también se había agobiado pensando en que se nos podía acabar este ritmo para nuestros días. Estaba segura de que se le habría pasado por la cabeza, como a mí, el deseo de alargar un poco más este tiempo. En ese momento recordé algo que me contó en febrero, cuando la compañera a la que había dejado su pareja por fin cogió la baja.

—Hoy se han incorporado las dos compañeras nuevas. Al final han contratado a dos, a una cocinera más para la repostería y a otra para las salsas y guisos.

—Bueno, eso es estupendo, se acabó que tengas que terminar rápido tu parte para apoyar a la pastelera, ¿no?

—Sí, voy a ir mucho más tranquilo. Las dos son bastante jóvenes, creo que no llegan a los treinta, pero tienen pinta de currar bien por los sitios en los que han trabajado. La repostera me recuerda mucho a ti a su edad, es muy simpática y soñadora. Tiene una costumbre parecida a la tuya, el primer día en un trabajo siempre lleva bombones a los compañeros.

—Yo llevo chuches.

—Bueno, lleváis algo dulce.

La diferencia es que para Luis sí es posible alargar el tiempo. Él puede dejar nuestra relación, disfrutar la libertad total durante cuatro o cinco años y, después, conocer a una chica estupenda, más joven, quizás hasta parecida a mí. Podría, en uno o dos años más, ser padre con ella, sin ningún tipo de problema, a eso de los cuarenta y cinco. Es factible, para él, vivir alocadamente unos años y volver a la casilla de salida, al punto en el que a día de hoy está conmigo, pero varios años después.

Para él, parar el tiempo no es ciencia ficción. ¿Por qué? Porque un hombre de cuarenta años puede ser perfectamente atractivo para muchas chicas de treinta, y hartarse a vivir aventuras románticas más o menos breves. Para una mujer de cuarenta es complicado que jovencitos de diez años menos o incluso de cinco la valoren como una opción sexualmente atractiva. Él tiene más tiempo y, por tanto, más poder. Tener una relación seria es una apuesta muy fuerte para las mujeres. Si a tus treinta y nueve o cuarenta te dejan, tras una relación larga de siete, diez, doce o seis años, pierdes mucho. Puedes ser madre, sí, si tienes el suficiente dinero como para inseminarte, criar un hijo sola y la suerte de ser lo bastante fértil. También si decides tener un hijo con alguien que aún conoces poco y asumes el riesgo de que luego no esté capacitado para cuidarlo o no quiera hacerlo, dejándote sola con toda la responsabilidad. Pierdes la posibilidad de ser madre con alguien con quien llevas el suficiente camino recorrido para haber construido un nosotros sólido y que te haga sentir en plena confianza. Has perdido diez años de haber estado con unos y con otros para nada. Te quedarás, como en mi caso, con solo tres hombres en tu vida, o cuatro si contamos mi historia efímera con Bertram.

Si Luis me deja, puede que yo ya no pueda tener hijos. Porque solo los tendría con alguien que conociera bien y eso requiere tiempo. Ahora tengo treinta y ocho años. Pongamos que, con suerte, a los treinta y nueve vuelvo a conocer a alguien que me enamore, con quien quiera construir algo más. Entre que afianzamos la pareja, comprobamos que la convivencia funciona y le conozco bien, me han dado los cuarenta y dos. Probablemente ahí ya no sea posible que un embarazo prospere, o será un calvario someterme a tratamientos de fertilidad. Si Luis me deja, yo no podría tener muchas opciones de «ligoteo» fácil. A mi edad, ser considerada atractiva no es tan sencillo como lo es para un hombre de treinta y nueve, como es su caso. Me habría quedado sin tiempo. Pero él no habrá perdido nada, podrá conseguir algo que está vedado para mí. No solo por la cuestión biológica de tener descendencia, sino porque esta sociedad en la que vivimos otorga más atractivo a los hombres mayores de cuarenta que a las mujeres. Esto permite que ellos tengan accesibles más personas dispuestas a quererlos, a considerarlos atractivos. Tienen más tiempo y opciones para disfrutar del amor. Luis tiene mucho más tiempo que yo. Y, aplicando a las relaciones lo que me

explicó el vendedor, quien no tiene prisa en ellas, porque tiene mucho más tiempo para alcanzar sus objetivos, tiene más poder para decidir el precio de la relación. Puede decidir dónde dirigirla. Quien tiene menos tiempo, tiene más que perder y esto le puede llevar a ceder más, a adaptarse a lo que el otro desea, y no tanto a defender lo que verdaderamente quiere. Quien tiene más tiempo puede marcar los ritmos, las condiciones y hasta los límites de la relación. Yo me siento muy bien con Luis, puedo decir que lo amo, pero siento que, a pesar de lo majo y bueno que es, estoy en una relación en la que existe una diferencia de poder grande. Si él estuviera dispuesto a utilizarlo me destrozaría. Esto me resulta duro y difícil. Esto es lo que me venía doliendo y asustando todo este tiempo sin saber qué era. Sé que Luis probablemente no se aprovecharía de este privilegio, pero puede hacerlo. Y si lo tuviera yo, ¿lo aprovecharía? Tengo que vivir con que podría aprovechar su ventaja y, si lo hiciera, truncaría mi vida como a día de hoy me gustaría vivirla. Yo no tengo la posibilidad de hacerle algo así a él. ¿Habré tomado yo alguna decisión sin ser consciente, asustada por esta desigualdad en el tiempo? ¿Habré cedido más de la cuenta? ¿Habré bajado el precio de mis decisiones, deseos o necesidades para que a él le compense quedarse conmigo cuando puede tener esto mismo con otra mujer más joven? No me gusta sentirme así.

Cuando terminamos de cenar, una ensalada ligera, porque ninguna de las dos podía con más comida, tanteé a Julia.

—Estaba pensando, que, ya que mi tripa está mucho mejor y esta es nuestra última noche… ¿por qué no salimos a dar una vuelta? —pregunté.

—¿No estás cansada? Llevamos cinco días sin parar y todavía nos queda gran parte del día de mañana, que hasta la noche no volamos.

—Precisamente por eso… porque mañana ya nos vamos. Además, a lo mejor nos encontramos a los chicos franceses y podemos conocerlos. Creo que son músicos, sería fantástico que nos pudieran indicar algún lugar en el que escuchar música en directo. 💔

Reflexiones: «Regatear el tiempo»

El género es una estructura jerárquica que
atraviesa también el amor.
JUDITH BUTLER

A principios de año, Ana comienza a sentir un malestar que cree que tiene que ver con su relación con Luis, pero no sabe qué le pasa. En mayo lo descubre en el viaje a Marruecos. En Fez toma conciencia, en la tienda de instrumentos, de que Luis tiene más poder en la relación que ella. Lo tiene porque, si él la deja en ese momento de su vida, estaría en una situación mejor que en la que se quedaría ella. Él podría optar a muchas cosas que ella no, y él no perdería ciertas opciones, como la de ser padre, que ella sí podría perder. A raíz de ver este desequilibrio de poder que existe entre los dos, le viene a la cabeza que, desde febrero, Luis tiene una nueva compañera que le recuerda a la Ana de treinta años. Unidas esas dos piezas comienza a comprender lo que le ha estado pasando: podría dejarla por ella. Esta es una posibilidad factible para él, porque una mujer de treinta años, perfectamente, puede encontrar atractivo e interesante como pareja a un hombre de treinta y nueve. En enero Luis le contó que a una de sus compañeras la dejó su pareja de mucho tiempo por una mujer más joven. Si este tipo de rupturas suceden, ¿por qué no podría pasarle a ella? ¿Y si Luis le hubiera contado esto para ir preparando el camino por si él optara por lo mismo? ¿O se lo contó solo para compartir con ella lo que sucede en su contexto laboral? En el último tiempo de su relación, sus amigos habían dejado de ensalzar su relación con Luis. ¿Y si lo decían porque veían que el vínculo tan especial y robusto que tenían estaba dejando de serlo? Tal vez Luis ya no sentía lo mismo por ella. Entonces quizás podría dejarla por su nueva compañera. Ana comprende que su malestar tiene que ver con esto. Que no tiene que ver con que le agobie la maternidad, con que le angustie que Luis sea todo su horizonte sentimental, con no haber tenido más parejas. Le agobia que Luis la pueda dejar y que eso no solo derive en perderle a él, a la persona que ama, sino en perder la vida que quiere tener.

En la tienda de instrumentos, Ana comprende otra cosa más que la perturba profundamente. Descubre por ella misma uno de los planteamientos de Judith Butler. Esta autora expone que no es necesario que un hombre quiera dominar para tener más poder en una relación heterosexual ni que quiera ejercer poder para acabar haciéndolo. Explica que el poder no es, necesariamente, algo que alguien decide ejercer, sino algo que circula y se encarna en los cuerpos a través de normas. Si las normas que la sociedad ha creado establecen que los hombres son superiores, que tienen más derechos que las mujeres, ahí ya se crea un desequilibrio de poder a favor de los hombres. Este se encarnará en ellos y en las relaciones que establezcan. Como se explicó en el anterior capítulo, la masculinidad está asociada culturalmente con superioridad, autoridad, racionalidad, autonomía, iniciativa y control. Por otro lado, la feminidad está asociada con inferioridad, disponibilidad emocional, receptividad, complacencia y vulnerabilidad. Esto que se ha definido como género, en palabras de Butler, no es una identidad interna, sino una performatividad. Es decir, un conjunto de actos repetidos que producen la apariencia de algo estable: lo masculino y lo femenino. Esto implica que antes de que dos personas heterosexuales inicien una relación, ya existe una asimetría de expectativas que organiza el poder. A él se le da más poder, o el poder, porque la norma le concede la autoridad y a ella se le quita porque la norma le concede la responsabilidad de mantener el vínculo. Esto produce situaciones tan aberrantes como este ejemplo, lamentablemente, habitual. Una mujer, que fue muy valorada por atractiva en su juventud, de ahora cincuenta años, acepta el calvario de pasar por dietas super restrictivas y dolorosas operaciones de cirugía estética para seguir siendo atractiva a los ojos de su marido. Para que este, bastante menos atractivo que ella, no la deje por una mujer más joven, algo que estaría fácilmente a su alcance. Otro ejemplo: una mujer acaba dando mucho más de lo que le corresponde en la relación para que, de esta manera, a su marido le compense estar con ella y no se vaya con otra mujer más joven. Los hombres entran en las relaciones heterosexuales desde una posición simbólicamente elevada, sin haberlo pedido ni tratado de imponer explícitamente. Por esto Butler habla de la dominación sin dominador. Muestra que, en el patriarcado contemporáneo, el poder no necesita sujetos que quieran dominar

porque la norma trabaja sola cuando las personas solo la repiten con unos cuerpos (y cerebros añadiría yo) que encarnan la creencia en la desigualdad sin ser conscientes. Para Butler este no es un patriarcado de intenciones, sino un patriarcado de estructuras performativas. A Ana le conflictúa que estar en una relación de pareja heterosexual ya suponga de partida estar en una situación de desventaja, porque la persona que ama tiene más poder que ella. El amor heterosexual, según Butler, suele funcionar como un dispositivo reproductor de roles donde el hombre actúa desde la autonomía porque esta es la forma correcta de ser hombre (como también se expuso en el anterior capítulo). Y la mujer actúa desde el cuidado porque esa es la forma «correcta» de ser mujer. La relación se convierte en un escenario donde se reactualiza la jerarquía de género. Esto beneficia a los hombres, incluso a los que no lo buscan. A Ana le genera mucho malestar ver que forma parte de esto. Ver que, aunque Luis quizás no haya buscado beneficiarse, podría hacerlo. Le conflictúa pensar si sería capaz de negarse a irse con una mujer más joven si el patriarcado se lo pone en bandeja. No solo sería irse con una mujer más joven, sería alargar su juventud, porque podría volver a vivir unos años sin muchas responsabilidades y varios años más tarde ser padre, por ejemplo. Mientras que si quisiera ser padre con Ana su juventud se estaría acabando ya.

Para que el amor pueda ser de calidad las dos personas que lo construyen deben estar al mismo nivel, es decir, tiene que haber equidad en la importancia que tienen, en las responsabilidades afectivas que les corresponden y en los derechos que poseen dentro de la relación. Para que esto se dé es necesario que ningún miembro de la pareja tenga más poder que el otro. El patriarcado hace que en las parejas heterosexuales los hombres tengan más poder porque tienen, en primer lugar, como ejemplifica la historia de Ana y Luis, más tiempo. Tienen, por un lado, más tiempo para desarrollar su paternidad. Es cierto que en relación a esto hay una causa meramente biológica, los hombres tienen una fertilidad más larga que las mujeres, pero hay también una causa social. Por el patriarcado los hombres son considerados atractivos durante muchos más años. Si un hombre, fértil a los cincuenta, no fuera atractivo para las mujeres de treinta y cinco, no podría materializar su fertilidad. Además, los hombres tienen más tiempo y más opciones para tener relaciones afectivas. Más tiempo

porque son considerados atractivos desde su juventud hasta, pongamos, los sesenta años, mientras que las mujeres solo en su juventud. Y tienen más opciones porque un hombre de sesenta años puede ser considerado atractivo por mujeres de veinte en adelante y una mujer de sesenta, en general, solo será considerada atractiva, con suerte, por hombres de cincuenta en adelante. Los hombres tienen también más poder porque tienen una presunción social de autoridad y legitimidad, incluso cuando el hombre en cuestión no haga nada especial para ganarse esa autoridad. Como explicó Nancy Chodorow, psicoanalista y socióloga feminista, (en consonancia con lo explicado en el anterior capítulo) la organización emocional de la personalidad se construye de forma distinta en niñas y niños, y esto tiene consecuencias directas en las relaciones de pareja adultas. En nuestra cultura, ser hombre suele venir acompañado de ser educado para la desconexión de lo relacional en pro de alcanzar una repercusión social. Ser mujer viene acompañado de ser considerada un sujeto que está naturalmente disponible para otro. El resultado, según Chodorow, es que ellas sostienen la conexión y ellos la consumen. ¿Qué hará Luis: decidirá trabajar por la conexión o por el consumo de relaciones? ¿Se negará Luis a usar su privilegio o lo aprovechará? ¿Qué harías tú?



El final del cielo

Primer acto: Una cafetera

Daniel guardó la cafetera nueva dentro del armario de la cocina que estaba sobre la vitrocerámica. «Para que el café esté verdaderamente bueno, tienes que hacerlo en una cafetera italiana», solía decirme. «Para mí lo mejor es el olor que se queda por toda la casa. Pero, como siempre voy con prisa, estoy condenada al de cápsulas», le respondía yo. Abrió los dos paquetes del café especial que, junto con la cafetera, habíamos comprado esa mañana y los volcó en un tarro de cristal. Se le veía feliz.

—Ahora que vas a vivir conmigo, desayunaremos juntos un buen café recién hecho. Y podré llevarme un beso tuyo antes ir a la oficina —dijo, sonriéndome, mientras cerraba el tarro de cristal.

—Me gusta la idea —respondí sonriendo yo también—. Pero quiero traerme mi cafetera. Necesito saber que puedo tener un café rápido nada más levantarme.

Salió de la cocina y entró en el salón, le vi buscar el mando de la televisión. Iba a poner música.

—Claro, puedes traértela, aunque no hay mucho espacio en la encimera para otro trasto. Ya he vaciado varios armarios para que la cocina esté a tu gusto —dijo, subiendo la voz para que le oyera mientras miraba la pantalla y buscaba el disco que le apetecía escuchar.

Regresó a la cocina conmigo. Continuó hablándome.

—Hacer el café en la cafetera italiana son solo cinco minutos más, me encantará preparártelo. Las cápsulas te dejan un regusto metálico a aluminio. Y contaminan muchísimo.

De fondo, sonaban nuestras canciones favoritas. Al final, había descartado poner un disco; había elegido una lista de reproducción que habíamos hecho juntos una de esas tardes de domingo que no salíamos y se quedaba a dormir en mi apartamento.

Me desperté con la casa oliendo a café durante varias semanas. En la cocina, Dani me esperaba recién duchado, ya vestido y con nuestras tazas de cerámica japonesa humeantes. Se terminaba su café antes de que yo hubiera tenido tiempo de darle dos sorbos al mío.

—Me marcho, cariño, tengo mucho trabajo, pero me llevo mi beso, ¿no? —Era su letanía de cada mañana.

Pasaron los meses y Dani parecía haberse olvidado completamente de la cafetera italiana. Yo nunca llegué a llevar la mía, la dejé en casa de mi madre. No quería oír sus quejas sobre la falta de espacio en la cocina. Estaba muy ocupado. Primero fue la fusión de la empresa en la que trabajaba. Tuvo que actualizar todas las aplicaciones para la gestión económica. Empecé a levantarme veinte minutos antes para hacer yo el café. Lo esperaba en la cocina con nuestras dos tazas preparadas. Dejó de dar importancia al beso de despedida. Después fue que le exigían entrar más temprano para coordinarse con el resto de jefes de departamento. Ya no podíamos desayunar juntos. Me aficioné a tomarme las tostadas con un té y a prepararme el primer café ya en la oficina. Esta vez fui yo quien guardó la cafetera en el armario sobre la vitrocerámica. Dejó de estar a mano en una cocina que no tenía espacio para la mía, aunque estaba organizada a mi gusto.

Segundo acto: Un sofá cama

A los tres meses de habernos olvidado de la cafetera italiana, mientras compraba té al peso en una de mis tiendas favoritas, recibí una llamada de mi madre. Era jueves, teletrabajaba y había salido a hacer algunos recados para despejarme. Serían casi las dos, guardaba el té en mi bolso y mi madre me explicaba, como podía, que mi tío Enrique acababa de

morir. Estaba con él en el hospital, o con lo que ya era solo su cuerpo. La voz le temblaba al otro lado del teléfono.

—Ayer lo llamé a la hora de siempre para darle las buenas noches. Estaba animado, hizo alguna de sus bromas. Nada llevaba a pensar que sería hoy.

Esa mañana mi tío se había despertado con mucha fiebre y un dolor diferente en el pecho que le impedía respirar. Llamó a mi madre para que lo acompañara a urgencias. Cuando llegaron al hospital todo estaba perdido. Llevaba un año sufriendo con un agresivo cáncer de pulmón. El tumor se había hecho tan irrefrenable que le presionó el corazón hasta que lo detuvo.

—Come algo, coge fuerzas para las horas de tanatorio que tenemos por delante. Tu hermana está al llegar; como ella vive en el pueblo, es más fácil que venga primero. Puedes darle el relevo por la tarde, queda mucho, cariño, mejor turnarnos.

—Perfecto, mamá.

—Ven tranquila, hija, que habrá atasco y tienes que cruzarte todo Madrid —se despidió.

Ya en casa, aún con el abrigo puesto y el bolso tirado a mis pies, llamé a Daniel. Me senté en el sofá y apoyé los codos en las piernas para sostenerme la cabeza, cogiéndome la frente. Miraba el suelo sin poder pensar en nada, seguía las formas de la madera.

—Lo siento Dánae. Enseguida estoy en casa, espérame y comemos juntos. Sé lo que significaba tu tío para ti.

Saqué algo de comida del congelador. Daniel llegó muy pronto. La lasaña precocinada aún daba vueltas en el microondas. Me envolvió con sus grandes brazos. Mi tío ya no estaba. No sabría nada más de mi vida. Lloraba mientras Daniel me abrazaba fuerte y me besaba la cabeza.

—Sé que es muy duro. Voy a estar a tu lado, cariño. ¿Por qué no vas a ducharte mientras termino la comida?

El agua caliente y el roce de la esponja me calmaron. Volví a la cocina a intentar comer un poco. Me sentía vacía y a la vez incapaz de meterme algo en el estómago. Desmenucé un trozo de lasaña.

—Mejor ceno después con mi madre. Voy a vestirme —dije, regresando al dormitorio.

Elegí un vestido negro con diminutos lunares blancos. Me pareció un poco corto, pero lo suficientemente triste. Daniel entró con una taza de

té.

—Toma, te irá bien despejarte, está bien cargado, como te gusta.

Mientras cogía la taza de sus manos, me apartó el pelo de la cara y me miró a los ojos.

—Tenemos que comprar un buen sofá cama para el cuarto de invitados. Me gustaría que tu madre y tu hermana pudieran quedarse algún fin de semana con nosotros, ir al teatro, a un museo… y que luego desayunemos los cuatro juntos a la mañana siguiente. No quiero que tengan que marcharse de madrugada si las invitamos a cenar y hacer cincuenta kilómetros hasta el pueblo.

Me puse a llorar de nuevo. Me senté en el borde de la cama. Daniel se sentó a mi lado y volvió a abrazarme. Me sequé las lágrimas.

—Gracias, Dani —suspiré.

—No me des las gracias, tú me has acompañado siempre que he tenido que apoyar a mi familia —respondió.

—Mi madre va a estar perdida sin mi tío. Si no hubiera sido por él, no sé cómo hubiera podido sacarnos adelante. Toda la vida se han sostenido mutuamente. Como esos árboles que entrelazan sus raíces para tener un punto de apoyo. Cuando vives así, asumes el riesgo de que el otro árbol muera antes que tú y te toque soportar sola todo tu peso, cuando no tienes costumbre de hacerlo. Además, se ha volcado tanto en cuidarlo este año… —expliqué mientras hundía la cabeza en su hombro.

—La ayudaremos, ya verás.

Dejó de rodearme con su brazo para mirar el reloj.

—Debería irme de nuevo al trabajo. Tengo todo a medias y me he comprometido a cerrar varias cosas hoy —dijo besándome la mejilla mientras se levantaba.

—Sí, yo también debería darme prisa.

—Luego te llamo por la noche y me concretas a qué hora será la incineración mañana, allí estaré —se despidió. Diez minutos después, salí yo.

El portal estaba recién fregado, se intuían unas huellas que serían de Daniel. Olía a limpio, ese olor intenso siempre me hizo sentir bien. Es curioso cómo una trivialidad puede reconfortarte en el peor momento de tu vida. Cuando llegué al tanatorio, busqué en las pantallas el número de nuestra sala. Supongo que, para aliviarme, mi cabeza

asemejó ese proceso a buscar un vuelo en la terminal de un aeropuerto. De alguna manera, todos allí estábamos iniciando un viaje. En nuestra sala parecía primavera, estaba llena de ramos de flores. Alrededor de mi tío, dentro de la vitrina en la que se encontraba, había coronas. A él le encantaban las flores. A mí también, pero detesto los ramos. Sé que son muy hermosos, pero son algo muerto. Me encanta que me regalen plantas vivas. En realidad, los ramos de flores solo tienen sentido aquí, en el tanatorio. Las flores que rodeaban a mi tío hacían juego con él. Eran muy bonitas, mi tío siempre había sido un hombre muy guapo, pero no tenían vida dentro de ellas, mi tío tampoco. Mi madre y mi hermana entraron en la sala y me vieron mirando a mi tío a través del cristal.

—Dánae, has debido llegar cuando salimos a pedir más *catering*, nos hemos cruzado. Nosotras no hemos podido comer nada, pero la gente que está viniendo parece tener mucha hambre —explicó mi madre abrazándome.

En ese momento, llegó el hermano de Juan Carlos. Para la mayor parte de la familia, Juan Carlos fue el mejor amigo de mi tío; para nosotras tres, su pareja. Lo adorábamos, de pequeñas nos llevaban juntos al campo, a montar en bicicleta, al cine y al parque de atracciones. Había hecho verdaderamente feliz a mi tío y también se había ido demasiado pronto. Había fallecido hacía ya dos años. El hermano de Juan Carlos me dio el pésame y, mirando a mi madre con complicidad, nos dijo que ya había avisado él a nuestro padre.

—¿Crees que vendrá? —preguntó mi madre.

—No creo que le agrade estar en un lugar que muestra que nuestro verdadero padre no ha sido él —respondió mi hermana.

De las tres, siempre fue la que más lo quiso y la que más rencor le guardó.

—Quizás en su cabeza es suficiente con llamarnos o invitarnos a comer pasado el funeral. Cuando no alcanzas a ver la profundidad emocional de los afectos, con dar un poco crees que está bien —respondí.

El resto de la tarde y noche son solo recuerdos confusos. Me veo sentada en los sillones de nuestra salita, que me resultó mucho más acogedora y elegante de lo que me esperaba. Los sillones eran cómodos. Como un bufé giratorio, parecían mover a los familiares alrededor

nuestro, haciendo que cada vez tuviéramos a alguien distinto sentado al lado, que desaparecía y volvía a aparecer un rato más tarde. A las tres de la mañana, decidimos marcharnos a dormir un poco a casa de mi madre. La incineración sería a la una de la tarde. A las nueve de la mañana ya estábamos de nuevo frente a mi tío. Continuaba estando guapo; las flores y él sostenían aún su belleza antes de que se perdiera para siempre. A las diez llegó un ramo de flores nuevo, el último. Era de Daniel. En ese momento estábamos sentadas con una tía lejana de mi madre.

—Han llegado las flores de tu novio antes que él —dijo.

—Su pareja tiene un trabajo muy exigente, no puede hacer lo que le gustaría —salió mi hermana al rescate.

Los hijos de la tía de mi madre llevaban bastante tiempo en el paro. Daniel llegó a la una y media, cariñoso, atento, amable, pero más tarde de lo que me habían hecho sentir sus abrazos del día anterior. Mi padre llegó a las dos. A las cinco nos entregaron a mi tío, su piel, sus risas, sus cariños, los huesos que nos habían dado estructura, todo dentro de una urna. Todo era ceniza. Empezaba a sentir que los abrazos de Daniel también.

Tercer acto: Un ramo de rosas amarillas

Compramos un sofá cama precioso. Color arena, de una de esas telas resistentes que no se manchan, pero que, a la vez, son muy suaves al tacto. A los cuatro meses de haber muerto mi tío Enrique, invitamos a mi madre y a mi hermana a estrenarlo. Además, celebraríamos que me habían ascendido en el trabajo. Era viernes, ellas llegarían a última hora y cenaríamos juntos. La tarde anterior, Daniel había cocinado una tarta de chocolate para el postre. Le encantaba cocinar y a mi hermana le chiflaban todos sus dulces. Llegaron un poco antes de lo esperado. Les dimos la bienvenida, felices, entre risas, comentando lo guapa que estaba mi madre con su cambio de *look*. Estábamos ilusionados con que fueran a pasar ese fin de semana con nosotros. A mi madre, verdaderamente, le rejuvenecía el pelo tan corto. Fuimos directamente a la habitación de invitados a enseñarles el sofá y a que dejaran sus

cosas. Daniel fue a preparar café y me quedé con ellas mientras deshacían sus pequeñas maletas.

—Tiene pinta de ser supercómodo para dormir, algo poco frecuente en los sofás cama —dijo mi madre acariciando el tapizado.

—Dánae, ¿dónde dejaste la cafetera? —preguntó Daniel desde la cocina.

—En el armario de encima de la vitro —respondí con un grito suave.

Les expliqué que el sofá tenía un sistema para sacar la cama que llaman apertura italiana.

«Italiana», pensé, como nuestra cafetera.

Hice una pausa de unos segundos. Ellas no lo notaron. Continué contándoles que ese tipo de apertura permitía que el colchón fuera mejor, y la cama, por tanto, más parecida a una cama de verdad.

—Mañana por la mañana te lo diremos, hija.

—No os hemos hecho la cama aún para que vierais cómo queda el sofá.

—Claro… —respondió mi hermana.

—Pero ahora que ya lo habéis visto, la hago y así ya la tenéis preparada —propuse.

—Mejor la hacemos juntas, que entre dos no cuesta nada, ¿dónde tienes las sábanas? —preguntó mi hermana, siempre tan dispuesta.

—Lo mejor es que puedes guardar la cama hecha, se dobla tal cual está. Las sábanas están en el armario, ahora las saco.

Hicimos la cama en cinco minutos.

—Chicas, el café está listo, os espero en el salón —anunció Daniel.

El aroma del café había llegado ya a la habitación. Mi madre y yo salimos en dirección al salón. Mi hermana se volvió hacia donde había dejado sus cosas y rebuscó en su mochila.

—Dánae, ¡te hemos traído una sorpresa! Encontramos una caja en casa del tío con un montón de fotos de él de joven que no habíamos visto. Las hemos metido todas en este álbum —dijo entusiasmada.

—¡Qué maravilla! Vamos a verlas con el café.

—¡Daniel, han traído fotos de mi tío! —exclamé porque sabía que le encantaban las fotografías antiguas.

Las tazas estaban cuidadosamente colocadas en la mesa. Daniel estaba llenando los vasos que también había puesto con agua. Nos

sentamos a su lado, yo entre mi madre y mi hermana con el álbum frente a mí. Lo abrí. Daniel preguntó cómo queríamos los cafés.

—¿Esta foto es de tu boda, mamá? —pregunté.

—Sí, es justo antes de empezar a vestirme de novia, tu tío quiso fotografiar todo el proceso —explicó.

—Yo lo quiero solo, gracias —respondió mi madre.

—Yo también —dijo mi hermana.

—Están el tío, Juan Carlos y el abuelo superconcentrados preparando el vestido y tú mirando al infinito —comentó mi hermana.

—El vestido era de la modista para la que trabajaba Juan Carlos, pero vuestro abuelo, como sastre, tenía que dar el visto bueno y vigilar. ¡Que me iba a vestir un hombre! Ella se había puesto enferma y no había podido venir, así que mandó a Juan Carlos en su lugar. Ese fue el día que ellos se conocieron —explicó mi madre a Daniel, porque nosotras ya conocíamos esa historia.

—A Juan Carlos le interesaría mucho más mirar a vuestro tío, ¿no? —respondió Daniel bromeando.

—Sí, pero eso el abuelo nunca lo supo —dije yo.

Todas nos reímos.

—Dánae, tú con leche… ¿pero corto o normal?

—Corto, corto, que ya he tomado mucho café hoy.

—¡Qué jóvenes estáis todos, parecéis adolescentes! —dijo mi hermana.

—Y fíjate, ahora la única que está viva de esa foto soy yo.

—Mamá… que vas a asustar a Daniel —saltó mi hermana.

—El café está buenísimo —dijo mi madre dando un sorbo.

—No hay nada como una cafetera italiana para hacer buen café —respondió satisfecho Daniel.

—¡Hay que ver lo que te pareces, Ana, al abuelo! —comentó mi madre.

En ese momento sonó el móvil de Daniel. Se disculpó y se marchó a nuestro dormitorio a responder la llamada. Nosotras seguimos con nuestras fotos.

—El tío y el abuelo eran hombres muy guapos, sin duda. El tío se parecía muchísimo al abuelo, pero es verdad, hermana, que tú te pareces aún más. Y, mamá, tú también tienes mucho del abuelo, todos tenéis esos ojos azules verdosos increíbles —dije.

—Esa es la herencia que nos dejó, que no somos feos. Y, a mí, que tengo unas hijas guapísimas y este dolor de espalda —se quejó mi madre.

—¿Te vuelve a doler la espalda, mamá? —pregunté.

—Me ha empezado a doler esta mañana al levantarme.

—Espera, que te traigo la manta eléctrica y te la pones un rato antes de cenar —le dije mientras me marchaba al dormitorio a por ella.

Cuando llegué, Daniel había terminado de hablar por teléfono.

—Dánae, cariño, no voy a poder quedarme a cenar. Me ha llamado Iván. Su madre está otra vez ingresada y él está muy agobiado pensando que le pueda pasar algo grave. Ya sabes lo que le afecta todo lo que tiene que ver con su madre. Lo he dejado llorando. Creo que me voy a ir a cenar con él al hospital. Han llegado sus hermanas, como no se lleva muy bien con ellas, prefiero que cene conmigo. Pero venga, vamos a aprovechar este rato antes de irme para ver esas fotos de tu tío —dijo mientras me cogía de la mano, llevándome de vuelta al salón.

—¿Seguimos viendo las fotos del álbum y me contáis más historias de vuestra familia? —planteó Daniel.

—Mira, estábamos viendo esta; es de la sastrería en la que trabajaba el abuelo. Fuimos porque le iba a hacer un traje al tío para su graduación, ¡estaba tan orgulloso de que su hijo fuera todo un licenciado en Farmacia! El dueño de la sastrería dijo que él le regalaba la tela —explicó mi madre acercándonos la foto.

—Qué bonita la tienda, con todas esas piezas tan grandes de tela y esos muebles de madera —comentó Daniel.

—Creo que voy a empezar a preparar el pollo para no cenar demasiado tarde, seguid con las fotos, ya las veo yo luego —dije.

Quería estar un momento a solas y pensar en lo que me había dicho Daniel en el dormitorio.

—De eso ni hablar, yo me pongo con la cena, vosotras disfrutad juntas con las fotos, que es para lo que habéis venido.

Mientras Daniel preparaba el pollo para meterlo al horno, nosotras nos vimos el álbum entero y lo comentamos. Fue muy emotivo ver a mi tío de niño, de adolescente y de joven, sobre todo, verlo con mi edad de ahora.

—La cena la vais a tener lista en cinco minutos, pollo asado y ñoquis con salsa de champiñones —dijo Daniel mientras se marchaba hacia el

dormitorio.

Se iba a preparar para ir a ver a su amigo.

—Pues pongo la mesa —respondí yo.

Mi madre y mi hermana se vinieron a ayudar a la cocina.

—Dánae, has puesto un plato de menos —dijo mi madre al entrar de nuevo al salón.

—No, no, están bien contados, es que Daniel no va a cenar con nosotras.

—¿Cómo?, pero si hemos venido a cenar con vosotros… —mi hermana no pudo contener su asombro.

—La madre de su amigo Iván está en el hospital y se va a ir a cenar con él —dije.

Me dieron ganas de agravar, en mi descripción, el estado de la madre de Iván para justificar la ausencia de Daniel, pero no me pareció elegante poner al borde de la muerte a la pobre señora.

—Ese es el amigo que todavía vive con su madre, ¿no? —preguntó mi hermana.

—Sí, ese es.

—Estuvo a punto de irse a vivir con una novia, pero no cuajó la cosa, no sabemos por qué —comenté.

Abrimos una botella de vino, nos llenamos una copa cada una y llevamos toda la comida a la mesa. El pollo tenía una pinta estupenda. Daniel entró al salón recién duchado y vestido para salir.

—Me da mucha pena no cenar con vosotras, me ha surgido un imprevisto, tengo que ir a ayudar a un amigo. Pero mañana por la mañana estaré, comeremos juntos y celebraremos el ascenso de Dánae —dijo, dirigiéndose a todas.

—No me esperes despierta, que igual me quedo a dormir con Iván si se nos alarga en el hospital, no quiero que duerma solo, al menos hoy, que es la primera noche —dijo dirigiéndose solo a mí mientras me daba un beso de despedida.

La cena con mi madre y mi hermana fue divertida y agradable como ellas. Eché de menos a Daniel, pero empezaba a asumir lo vacuo de sus promesas. Siempre eran posibilidades maravillosas, por eso me las creía a pies juntillas, y porque no podía concebir que él no quisiera hacerlas realidad cuando mostraba tanta ilusión. Comenzaba a estar cansada de que nunca se materializaran, de que solo existieran

mientras no tenían que hacerse realidad. A la mañana siguiente, mientras desayunábamos, me trajeron un ramo de flores. Doce rosas amarillas, mis favoritas, con una tarjeta que ponía: «Felicidades por tu ascenso, nada me hace más ilusión que seguir a tu lado en tus éxitos y, cuando haga falta, en los momentos duros. Te quiere, Dani». Daniel llegó al restaurante cinco minutos después que nosotras. La comida fue amena, pero yo sentía un dolor inespecífico en el pecho. Utilicé la coartada de la alergia para disimular. Estos comportamientos que no conseguía explicar de Daniel me estaban oprimiendo el corazón.

—Entonces, ¿ayer dormiste finalmente con Iván? —conseguí preguntarle en un momento en el que mi madre y mi hermana fueron al baño.

—Bueno, cené con él en el hospital, lo llevé a su casa, tenía que obligarle a descansar después de todo el día allí metido, y, al poco, me llamaron Pedro y Rober, que habían decidido salir por el barrio. Así que aproveché que estábamos allí todos para irme a tomar algo con ellos. Como nos liamos un poco, me quedé al final en casa de Rober para no molestar a Iván —explicó.

Mi madre y mi hermana regresaron del baño. De nuevo sentí aquella presión en el corazón. Tan fuerte fue en ese momento que detuvo mi amor por él. Todo estaba bien, él era amoroso, cariñoso, simpático, me apoyaba, me cuidaba muchas veces, me sentía como un ave en el cielo, volando, pero habiendo llegado a un final, tal vez al final del cielo.

Durante las siguientes semanas no fui capaz de encontrar la manera de volver a querer a Daniel. Se había destruido el camino de vuelta a lo que pensaba que tenía con él. Pasados dos fines de semana, fui a ver a mi madre.

—Mamá, ¿sabes dónde está mi cafetera de cápsulas?

—Sí, claro, la puse en la estantería del trastero, en la balda más alta a la derecha.

—Me la voy a llevar —le expliqué.

Había decidido dejar a Daniel. 💔

Reflexiones: «El final del cielo»

No puedes amar si no puedes decir la verdad.
BELL HOOKS

En estos tres actos, con la colaboración de una cafetera, un sofá y un ramo de flores, Daniel le plantea a Dánae que hará tres cosas importantes por ella. Todas, de un modo u otro, las incumple. No es lo que cabría esperar por el cariño, implicación e ilusión que muestra. Se produce una disonancia entre lo que Daniel expresa que va a hacer, que le apetece hacer, y lo que, finalmente, hace. Eva Illouz, a quien ya se nombró en el primer capítulo, reconocida por sus estudios sobre cómo el capitalismo, la modernidad y la cultura moldean la forma en la que amamos, deseamos y sufrimos, ha analizado la siguiente contradicción. Muchos hombres que se presentan como sensibles o modernos no renuncian a sus privilegios en la vida cotidiana con su pareja. Expone que la disonancia, ejemplificada con Daniel, se produce entre el discurso afectivo y la práctica afectiva. Este le dice a Dánae que va a hacerle el café todos los días, que va a estar a su lado la mañana que incineren a su tío y que va a cenar con su madre y su hermana la noche que estrenen el sofá que han comprado para ellas. Finalmente, lo que hace es ser él quien decide qué cafetera tener, para terminar no usándola, llegar pasada la incineración y salir con sus amigos la primera noche que la hermana y la madre de Dánae se quedan a dormir con ellos. Esta práctica afectiva, que terminan desarrollando muchos hombres, está organizada por la tendencia a mantener los privilegios en las relaciones de pareja, no por la sensibilidad y equidad que impregna su discurso. Dentro de los privilegios patriarcales que los hombres suelen tener en las relaciones de pareja, hay algunos que las mujeres señalan con más frecuencia. A continuación, expongo los que generan más malestar a las mujeres que atiendo en terapia. En primer lugar, destacaría el privilegio de la baja implicación emocional; ellos han sido socializados para implicarse menos en lo afectivo. Esto no pone en riesgo sus relaciones de pareja, puesto que el patriarcado ha hecho que se asuma como lo normal y esperable. A la vez que se espera que las

mujeres sean las que cuiden el vínculo. En segundo lugar, estaría el privilegio de recibir el «trabajo emocional» de las mujeres como algo natural, no como un esfuerzo. Como algo que a ellas les sale solo hacer porque es su inclinación biológica, en lugar de una imposición cultural. Y, por tanto, como algo que no se les valora. Porque, de nuevo por el patriarcado, hemos asumido que no les cuesta sacrificio. La socióloga estadounidense Arlie Hochschild acuñó el término «trabajo emocional» para describir todo el esfuerzo que hacemos gestionando nuestras emociones para producir, en otros, un estado emocional esperado. Por ejemplo, ser amable, comprensiva, estar calmada, sonriente para que haya armonía, un clima relacional agradable, confortable y positivo… En tercer lugar, estaría el privilegio de ser el hombre el que decide el ritmo de la relación. El que debe decidir cuándo comprometerse, cuánto, cuándo avanzar, cuándo hacer esfuerzos significativos, cuándo no y cuándo acabar una relación. El cuarto sería el privilegio del espacio propio y del tiempo personal. Socialmente se ha considerado que su derecho al tiempo libre, a tener *hobbies*, a los espacios propios y de individualidad es mayor que el de las mujeres. Y, por último, estaría el privilegio de no ser juzgados negativamente por su incapacidad emocional. Esto deriva en que, cuando los hombres muestran una gestión emocional sana, se celebra como muestra de gran madurez, casi les hacemos una fiesta. Pero cuando no lo hacen se les excusa con un manido «así son los hombres».

Regresemos a la disonancia de Daniel. Volvamos a los hombres que, como él, adoptan un discurso emocional igualitario o cargado de responsabilidad afectiva, pero que no se traduce en acciones. Reflexionemos ahora sobre qué la produce. En mi práctica profesional, dentro del ámbito de la psicoterapia, me he encontrado con dos tipos de «Danieles», con dos fenomenologías en función de si lo que causa esta disonancia es la incapacidad emocional o la voluntad (más o menos consciente) de mantener los privilegios. El primer tipo de «Daniel», llamémosle Daniel el inconsistente, produce su disonancia por incapacidad emocional. Es un hombre que desea amar a su pareja, que tiene una estructura emocional lo suficientemente sana para que le nazca querer amar tras enamorarse. Por este motivo, su discurso afectivo está cargado de amor, porque lo siente, pero su estructura emocional no es lo suficientemente fuerte o madura para que su

comportamiento afectivo sea consistente y coherente. Este tipo de Daniel no necesariamente tiene deseos de imponer sus privilegios, aunque acabe haciéndolo en cierta medida. Cuando tiene a su pareja delante y la ve sufrir, es capaz de darle consuelo y cuidados. En ese momento siente, de un modo genuino, ganas de hacer cosas futuras por ella. Pero su estructura emocional precaria, con poco «músculo emocional», no podrá evitar cansarse, despistarse de su palabra dada si algo le llama la atención o, de repente, le apetece más. No podrá soportar el peso emocional de sus compromisos y mantenerlos. No podrá ser coherente con las implicaciones afectivas de sus actos. En ausencia de una estructura emocional robusta, caer en el funcionamiento que las normas implícitas patriarcales establecen gana en un porcentaje muy alto. Estos hombres, por tanto, acaban pudiendo dar el apoyo emocional que, más o menos, daría un niño. Almudena Hernando, arqueóloga e investigadora feminista, señala lo relevante que es no confundir ciertos gestos afectivos iniciales igualitarios, cargados de responsabilidad afectiva, con una estructura emocional genuinamente igualitaria. Como psicóloga, mi aporte es que para tener una estructura emocional igualitaria es preciso contar con una estructura emocional madura y fuerte. Nuestra estructura emocional se compone de una serie de capacidades. Estas son: la capacidad de acceder a nuestros estados emocionales, la identificación emocional, la regulación emocional, la diferenciación emocional (mis estados emocionales son unos y los de los demás otros diferentes), la permanencia de los afectos (los demás me pueden querer, aunque quieran a otros, aunque no estén para mí; soy capaz de tener presente mi afecto, mi compromiso, aunque mi persona querida no esté a mi lado) y la regulación emocional (la capacidad de reducir nuestro dolor emocional por nosotros mismos). Si tenemos todas estas bien desarrolladas, podremos optar a tener las dos capacidades emocionales humanas por excelencia: la mentalización (la capacidad de conocer nuestros estados psíquicos y qué los produce, así como comportarnos conscientes de qué sentimos y por qué lo sentimos) y la empatía (ser capaz de acompañar a otro en sus sentimientos). Si no tenemos las primeras capacidades bien desarrolladas nuestra mentalización y nuestra empatía harán aguas. No tener una estructura emocional con todas estas capacidades y, por tanto, tener una estructura emocional

débil y no madura, tiene como consecuencia que los hombres se comporten en la pareja, no de un modo maduro, sino como el patriarcado establece que tienen que hacerlo. Pero, además, que los hombres no alcancen a tener una estructura emocional compuesta por todas estas capacidades, o por estas capacidades desarrolladas completamente, está también causado por el patriarcado. Las capacidades emocionales son como las capacidades lingüísticas, requieren de la estimulación de otro para desarrollarse. Si nadie nos habla, nos mira gesticulando y nos indica cómo se emiten los sonidos, no aprenderemos a hablar. Ahora bien, si nos hablan con naturalidad, continuamente, aprenderemos de manera natural y orgánica uno o dos idiomas sin problema. Las capacidades emocionales son capacidades estímulo-dependientes, sin estimulación, sin pasar por las experiencias que facilitan esa estimulación, no se desarrollan. Por tanto, para que estas capacidades se desarrollen bien es necesario tener, en nuestra infancia, el suficiente buen trato, estimulación, y experiencias emocionales a partir de las cuales se desarrollan. El patriarcado (como vimos en el capítulo «Mujeres que ya no aman demasiado») define que la crianza correcta para los niños varones es aquella que no les permitir llorar, aquella que les enseña a no entrar en contacto con sus emociones, a reprimirlas para ser fuertes, aquella en la que no se les puede dar afecto porque se les hace débiles. Esta crianza impide que los niños desarrollen sus capacidades emocionales. Y, por tanto, impide que tengan una estructura emocional fuerte y madura que permita tener una estructura emocional igualitaria.

Por mucho que este tipo de Daniel inconsistente no tenga el deseo de imponer sus privilegios a su pareja, por mucho que, incluso, tenga el deseo de no imponerlos, si no tiene una estructura emocional igualitaria puede acabar haciéndolo, en mayor o menor medida. Tener una ideología igualitaria, aunque siempre ayuda, no alcanza a poder producir que estos «Danieles» tengan un funcionamiento responsable, maduro y con calidad afectiva en sus parejas. Porque lo que produce este funcionamiento no es solo la ideología igualitaria, sino, primero, tener una estructura emocional madura que cimienta la ideología igualitaria. Los «Danieles inconsistentes leves» pueden, a veces, suscitarnos pena, y/o ganas de darles una oportunidad para que el amor de pareja termine de desarrollar su estructura emocional pobre.

Porque vemos que nos quieren y que el problema es que no pueden. Esto es peligroso. Para combatir este peligro hay que tener claro que una relación de pareja no es el contexto que permite que estas capacidades se terminen de desarrollar. *Spoiler*: ir por ahí no acaba bien. Recordad también, como ya se explicó en la reflexión de «Regatear el tiempo», que solo se puede recibir un amor de calidad y construirlo cuando se abole una relación de poder, cuando en la pareja ningún miembro tiene más poder que el otro. La estructura emocional no igualitaria de estos «Danieles» les puede dar más poder si se les acaba pidiendo menos. Si como pareja nos ponemos en el rol de madres o terapeutas, automáticamente perdemos un poder que gana él y ya tenemos el desequilibrio. Otra cosa es que Daniel se dé cuenta de que está fallando en cosas básicas y decida ir a terapia para reconstruir lo que tiene herido o incompleto. Si Daniel trabaja con su terapeuta mucho y bien será una opción de pareja muy interesante.

Vamos con el segundo tipo de «Daniel». El anterior no era emocionalmente igualitario y este es emocionalmente patriarcal. La causa de la disonancia de este tipo de Daniel es su deseo, consciente o no, de mantener los privilegios masculinos en las relaciones de pareja. A lo que se suma el deseo de vivir con muy poco porcentaje de interdependencia. Nuestros deseos a veces son muy claros y conscientes, es decir, sabemos lo que deseamos. Y, otras veces, podemos desear algo de manera inconsciente. Aunque ese deseo esté en un ángulo muerto para nuestra consciencia, tiene el mismo poder de organizar nuestro comportamiento. Volviendo a Almudena Hernando, esta autora sostiene que algunos hombres incorporan gestos emocionalmente «deconstruidos» al principio, pero una vez formalizada la relación vuelven a modos de relación patriarcales. Esto se produce porque no han hecho un trabajo para tomar de conciencia de que, en una relación de pareja, les mueve el deseo de que su lugar sea el que el patriarcado establece para ellos. Por otro lado, están los Danieles emocionalmente patriarcales que son muy conscientes de que quieren organizar la relación desde sus privilegios patriarcales pero que saben que tendrán problemas si lo muestran. Estos, por tanto, ocultan que este es su verdadero deseo. Saben que, si dejan ver este deseo, o bien su entorno va a pensar de un modo negativo sobre ellos, o bien la mujer que les gusta no va a querer estar con ellos. Algunos, lo

que hacen es explicitar un discurso afectivo igualitario como coartada y otros imitan una pose igualitaria para ser considerados interesantes, modernos y progresistas. En redes sociales cada vez se reflexiona más sobre si este hombre «performativo» que se muestra sensible, que lee literatura feminista, encarna una masculinidad auténticamente alternativa e igualitaria o si es una puesta en escena. Si este hombre trata de distanciarse del modelo masculino patriarcal tradicional o proyectar empatía como una estrategia de atracción. El debate está servido.

Para terminar, puede que os estéis preguntando: ¿nuestro Daniel del relato de qué tipo es? Creé el personaje de tal manera que pudiera encajar con los dos tipos para mostrar este otro acto de sometimiento hacia las mujeres que es forzarla a que tenga que pensar al extremo para desentrañar la psicología masculina. Si bien introduje algunos detalles, como indicadores sutiles, que muestran que lo más probable es que nuestro Daniel del cuento sea del segundo tipo. ¿Cuáles son? Fundamentalmente los que nos encontramos en el primer acto. Daniel impone ligeramente lo que van a hacer: «Ahora que vas a vivir conmigo, desayunaremos juntos…». Cuando Dánae expresa lo que ella quiere, él se marcha de la cocina, si bien va a poner música, podría ser una manera de marcar la autoridad. Le dice que sí puede traer su cafetera, pero devalúa su opción. Y seguido le dice que ya ha hecho mucho por ella, como si quisiera que pensara que ya con esto ella no puede pedir más porque él ya la ha tenido suficiente en cuenta al organizar la cocina a su gusto. Los detalles son muy elocuentes y, cuando todo es implícito, son lo que necesitamos y buscamos, en el análisis y evaluación psicológica, para detectar ante qué tipo de Daniel estamos.



La cárcel

Aquel día, la puntualidad era muy importante. El hotel en el que nos alojábamos, situado en la ciudad vieja, parecía un pequeño templo urbano. Su fachada se abría en una puerta alta, imponente y majestuosa, que llegaba hasta la segunda planta. Estaba bordeada por un marco dorado, del mismo resplandor que las estatuas de Buda ocultas entre la penumbra y el incienso de los santuarios de los alrededores.

Teníamos que cruzar esa especie de letra π gigante a las ocho en punto para estar en la cárcel a las nueve. Salimos de la habitación sin habernos despejado del todo. Los dormitorios se distribuían en tres plantas alrededor de un patio central; el nuestro estaba en la última. A los pies de la barandilla, había enormes maceteros que derramaban una exuberante cascada de hojas verdes, brillantes como cristales. Si no fuera por el grueso vidrio de la claraboya en la que terminaba el techo, hubiéramos pensado que habían sido lavadas por la lluvia.

Decidimos bajar por la escalera para disfrutar de la decoración de cada piso. En las paredes y pasillos parecía haber fragmentos de templos. Lo sagrado se había trasladado al espacio doméstico. La luz descendía con nosotros en silencio. Llegamos a la planta baja, donde se servía el desayuno, en el patio central, al lado de un magnolio ya florecido. Daba la sensación de que el hotel brotaba de la tierra más que de haber sido construido sobre ella. El aire olía a flores frescas y a café. Desayunamos rápido, sin palabras, sin más sonido que el tintineo de

tazas, platos y vasos. No nos quedaba mucho tiempo para ducharnos y preparar lo que necesitábamos llevarnos.

—Es tan bonito el hotel —dije cuando salíamos de la zona del desayuno hacia nuestra habitación—. La belleza de este lugar no me invita a la contemplación, sino a la quietud necesaria para mirar hacia dentro de una misma —añadí.

—Sí, es bonito —respondió Jonás.

Salimos acelerados del hotel porque el tiempo se nos había echado encima. Al cruzar la puerta, miré hacia arriba. Quería ver el cielo. Las nubes siempre me dan tranquilidad cuando estoy nerviosa. El tejado del hotel se curvaba con la elegancia de ese gesto antiguo de agradecimiento, que une primero las yemas de los dedos hasta que el resto de la mano se encuentra.

—Emma, deja de observar el hotel ahora, que vamos un poco tarde. Será mejor que nos demos prisa —me apremió Jonás.

Caminamos rápido hasta la parada del autobús que más cerca nos dejaba de la cárcel. Aun así, tuvimos que andar veinte minutos. Ya frente al correccional, respiramos aliviados: habíamos conseguido llegar a tiempo. Nos sobraban cinco minutos y los empleamos en escudriñar el lugar por fuera, antes de adentrarnos en un ambiente tan desconocido.

El edificio, aunque se alejaba de la bella decoración tailandesa, no parecía demasiado hostil. Su aspecto se asemejaba más a un centro de formación. Nos acercamos a la entrada. Saqué la guía de viaje de mi mochila para buscar el párrafo que explicaba por dónde teníamos que acceder exactamente. Encontré la página enseguida. En ella había metido, a modo de marcapáginas, una tarjeta del restaurante en el que Jonás y yo nos besamos por primera vez.

Dimos con el acceso. Había una pequeña cola; otros turistas, como nosotros, esperaban también. Hablaban animados entre ellos. Jonás y yo nos manteníamos en silencio, uno al lado del otro. A ratos, le cogía la mano. La entrada era la misma para hombres y mujeres. Cuando llegó nuestro turno, una agente uniformada nos indicó que nos acercáramos con un gesto seco. Nos dirigió hacia la garita que controlaba los múltiples edificios de la cárcel.

La policía detrás del cristal nos pidió los pasaportes sin levantar la vista del cuaderno en el que escribía. Pasamos los documentos por la

rendija inferior. Los tomó con un movimiento mecánico y apuntó los números sin comprobar que nosotros fuéramos quienes decían aquellos pasaportes. El sonido del bolígrafo sobre el papel se mezcló con el zumbido leve del ventilador del techo. Era temprano, pero el calor ya era intenso.

Nos devolvió los pasaportes con la misma indiferencia con la que los había recibido. Para ella no éramos más que turistas anónimos, sin una historia que mereciera cruzar esa puerta ni su interés. La agente que nos había guiado asintió levemente, indicándonos que podíamos continuar hacia uno de los edificios del complejo penitenciario. Allí, dos militares custodiaban la entrada.

Una vez cruzamos la puerta, dos policías nos registraron y pasaron nuestras mochilas por el escáner de rayos X, mientras nosotros atravesábamos el arco detector de metales. Después, una de ellas nos indicó que primero pasaríamos a los vestuarios para cambiarnos y dejar nuestras cosas. Terminada la explicación, nos separaron. Jonás fue dirigido hacia una puerta y yo hacia otra. Imaginé que a él lo guiaban al de hombres y a mí al de mujeres. Confiaba en que después nos volvieran a reunir, pero no podía saberlo con seguridad. No recordaba que la guía especificase eso. Al entrar en el vestuario me sorprendió el cambio de atmósfera. Nada parecía indicar que estuviera dentro de una cárcel. Las paredes, cubiertas de paneles de madera oscura tallada, creaban una calidez inesperada. Había flores blancas en pequeños jarrones de cerámica; velas encendidas flotaban dentro de grandes cuencos de agua, colocados sobre varios muebles en las esquinas de la sala. Esas luces delicadas rodeaban unos robustos bancos situados en el centro, preparados para cambiarse. Un olor suave a incienso, apenas perceptible, quedaba suspendido en el aire.

Me costaba creer que, unos metros detrás de mí, estuviera el control de seguridad, con policías uniformadas y armadas. Una funcionaria de expresión amable me esperaba. Me sonrió con cortesía y me explicó, en un correcto inglés, que me darían un tiempo para ponerme el bañador, envolverme en la toalla que acababa de entregarme y guardar mis cosas en una taquilla. Me agradeció haber querido colaborar en aquel programa.

En unos diez minutos, la presa que me habían asignado entraría a buscarme y me llevaría con ella a la siguiente zona. Allí nos darían un

masaje tailandés completo durante dos horas, a mi acompañante y a mí. Estaríamos en la misma sala, cada uno con su reclusa.

Habíamos llegado a ese proyecto leyendo la guía de viaje de Tailandia que nos había prestado una amiga. Yo solía seguir las recomendaciones de las guías y, hacía tres noches, había encontrado esta actividad en un apartado minúsculo de una de las páginas sobre Chiang Rai.

La cárcel de la ciudad tenía un programa de reinserción de presas que implicaba la ayuda de los turistas. A las que ya estaban en tercer grado, se les permitía realizar una capacitación para tener una salida laboral tras abandonar la prisión. Podían aprender técnicas de artesanía, que luego se vendería en los alborotados y multitudinarios mercados, o podían formarse para ser masajistas de la práctica tradicional tailandesa, patrimonio inmaterial de la humanidad.

Las prácticas para completar la formación eran posibles gracias a que los turistas se prestaban. A cambio de ir a la cárcel a recibir el masaje, se pagaba un precio reducido, muy por debajo del coste del mismo masaje en un hotel o en un centro especializado. Esa era la explicación de que nos encontráramos aquella mañana, un martes cualquiera de julio, dentro de una cárcel tailandesa.

Me cambié rápido. Como llevaba el bikini debajo de la ropa, solo tuve que quitármela, meterla en la mochila y dejarlo todo en la taquilla. Me quedé con la llave, unas chanclas y la toalla. Esperé unos minutos hasta que, por la otra puerta de la habitación, mucho más grande que por la que yo había entrado, apareció una presa.

Nada en su aspecto hacía pensar que era una mujer que había acabado en la cárcel. Su rostro era de rasgos suaves y hermosos. Sus movimientos, delicados como las llamas de las velas que iluminaban las esquinas del vestuario. Me miró y sonrió. Su mirada fue un poco esquiva, pero duró lo suficiente para que entendiera que debía seguirla. Me condujo a la sala de masajes. Jonás ya estaba tumbado en la colchoneta en la que recibiría su masaje, y a sus pies estaba sentada otra mujer tailandesa. Entendí que era la presa que le habían asignado a él.

Mi masajista seguía interactuando conmigo a base de acercamientos de refilón, como si le costara sostener la mirada con alguien desconocido con quien, sin embargo, tendría cierta intimidad en cuestión de minutos. Comenzó a darnos unas pequeñas instrucciones.

Nos explicó, en un inglés rudimentario, su compañera parecía no saber casi nada, que empezarían el masaje a la vez para acabar al mismo tiempo.

Mientras hablaba, me preguntaba qué motivos la habrían llevado a acabar allí dentro. Insistió en que lo más importante era que nos dejáramos llevar, que mantuviéramos el cuerpo relajado y que permitiéramos que ellas lo guiaran.

—Centraos en disfrutar —concluyó. Era una mujer delgada y no muy alta, más o menos como yo. La masajista de Jonás era sorprendentemente corpulenta y grande para la habitual complexión de las mujeres asiáticas. Imaginé que las habían seleccionado en función de nuestras características, para garantizar que pudieran con nuestro peso y fueran capaces de movernos de acuerdo con las acrobacias del masaje tailandés.

Durante dos horas, nuestra piel entraría en contacto, se igualaría en calor; los cuerpos se entrelazarían y los suyos se convertirían en instrumentos para relajar nuestros músculos.

Comenzó el masaje y me dejé llevar, como nos había pedido. Para una mujer tan poco espiritual como yo, tan racional, no fue sencillo, pero lo conseguí. Fueron dos horas en las que me hermané con ella. Cooperé para que estirara mis articulaciones con firmeza y cuidado, para que las llevara a posiciones que un saber ancestral había demostrado que relajaban.

No frené mis ganas de experimentar bienestar en mi cuerpo y con mi cuerpo. Le facilité a aquella mujer totalmente desconocida que aliviara las memorias instaladas en mis músculos con cada presión, cada estiramiento, cada giro. Quería que sus manos, cuyo pasado escondía acciones que tal vez no podría comprender, y que no quería conocer, decidieran qué caminos recorrer por mi piel. Me resultaba curioso que la vida nos permitiera compartir un contacto tan íntimo a dos mujeres que, en apariencia, no teníamos nada que ver. A ratos sentí que era difícil saber dónde acababa su cuerpo y dónde empezaba el mío.

Cuando terminó, nos miramos a los ojos; esta vez sostuvimos la mirada unos segundos, serenas. Después hicimos, frente a frente, un gesto de agradecimiento con las manos, construyendo un pequeño tejado en el aire. Nos transmitimos un agradecimiento mutuo y sincero. Yo, por el estado de relajación en el que había quedado mi cuerpo. Ella,

porque yo hubiera confiado en sus manos y en su capacidad para crear en mí esa sensación de bienestar.

—Tienes mucho talento para esto. Ha sido una experiencia muy bonita. Muchas gracias —le dije sinceramente.

—No sé si tengo talento; lo que tengo son muchas ganas de cambiar el rumbo.

—Ya lo estás haciendo.

—Cuando tienes que buscarte la vida, no paras. Haces, trabajas, te mueves de un lado a otro sin reflexionar, y piensas que vivir es eso. Participar en este programa me ha enseñado que la vida es otra cosa. He aprendido que la serenidad —y generar serenidad— puede ser una forma de vivir.

—La vida es otra cosa, distinta a lo que acostumbramos a hacer en muchos lados —opiné.

—Ahora tienes que volver al vestuario. Viene otra pareja en poco tiempo.

Me giré para ver qué hacía Jonás. Ya no estaba; él no se había detenido a hablar.

Cuando salimos de la cárcel con el masaje en nuestras espaldas, la claridad del mediodía nos resultó casi dolorosa, tras haber estado sumergidos en la nebulosidad. Yo caminaba despacio, con el cuerpo ligero y feliz por la experiencia con aquella mujer. Jonás, en cambio, avanzaba con prisa. Sus hombros y su ceño, a pesar del masaje, seguían tensos.

—¿Te ha gustado el masaje?

—La verdad es que no mucho. Me resultaba un poco irritante tener que dejar que ella me pusiera el cuerpo en las posturas que quería.

—Pero te ponen en posturas que te ayudan a relajarte y a soltar tensión.

—A mí me parecía que me podía romper.

—¿Cómo te van a romper? Están muy estudiados y medidos los movimientos. Quizás te rompa moralmente no marcar tú el compás —le dije, en broma.

—No me rompe, pero no me gusta confiar el control de mi cuerpo a otra persona de esa manera, eso es todo. Bueno, ahora vamos a organizar qué hacemos el resto del día. Nos quedan tres templos

importantes por ver y hay un restaurante al que me gustaría ir a comer. ¿Comemos primero y vamos a los templos por la tarde?

—Vale, me parece bien.

Al anochecer, llegamos a la habitación, cansados de tanto caminar. Cenamos una *papaya salad* y un *tom yum* deliciosos en un sencillo restaurante al lado del hotel. En Tailandia no hay que esforzarse para encontrar comida excepcional. Estábamos decididos a acostarnos temprano para seguir al día siguiente el viaje hacia Chiang Rai. Yo disfrutaba de la decoración mientras Jonás ya dormía. Como todo el hotel, nuestro dormitorio generaba una calma casi ceremonial. Abrí la ventana que daba a la calle: entraba olor a té y a frutas dulces. Me tumbé en la cama, al lado de Jonás.

La pared sobre el cabecero era blanco marfil y tenía esculpido en yeso un relieve, también blanco, de motivos tailandeses. En el dibujo, que salía de la pared como si fuese a echar a volar, reposaba una forma de pureza antigua. Tailandia y esa facilidad para encontrar, en sus ciudades, nenúfares en cualquier charco de agua sucia lograban que mi mente racional se detuviera. Allí me dejaba llevar por lo que cada rincón me hacía sentir.

Eso también me había pasado con Jonás. Desde el primer momento en que lo vi —hacía de esto ocho meses—, me había enamorado perdidamente. Me despertó una pasión y unas ganas de amarlo como no me había ocurrido nunca. Por eso, a los cinco meses de estar saliendo, le propuse que hiciéramos un viaje a algún paraíso asiático. Me dejé llevar por mis sentimientos y organicé el viaje. Con él no ponía freno a rendirme a lo que sentía. No tenía miedo a parecer ridícula, a mostrarle cómo sucumbía ante el amor. Me entregaba a esas sensaciones, a experimentarlas, a amplificarlas; no a entenderlas ni, mucho menos, a contenerlas.

Volví a recordar la experiencia del masaje. Para mí había sido tan gratificante porque, como con Jonás, me había dejado llevar. Me había entregado de otro modo, no por amor, sino por las ganas de experimentar en mi cuerpo ese arte ancestral. Eso había sido, para mí, más importante que no saber dónde podrían haber estado sus manos, si sobre un arma, si estas habían cogido dinero de otras personas o si habían acariciado a un hombre que vivía cometiendo delitos.

Me había dejado caer en el cuerpo de aquella mujer desconocida para seguir mis sentimientos. Jonás había sido incapaz de entregarse a disfrutar, de doblegarse a no tener el control. Eso me recordó a los momentos en los que se había recostado sobre mí estando triste, en los que, tras reconocer su desesperanza, inmediatamente después me había dicho que en realidad no era para tanto. Solía contarme lo que le preocupaba para minimizarlo acto seguido. Se apoyaba en mí y luego apartaba la cabeza de mi hombro, o deshacía el abrazo que nos estuviéramos dando.

Pensé también en cómo desviaba la mirada cuando la conversación se volvía demasiado personal o profunda. Y me di cuenta de que existía, por su parte, una resistencia constante a decirme lo que sentía por mí; a hacer pequeñas locuras porque se había enamorado, a que se le notara. Yo sabía que se moría de ganas de comprometerse más conmigo. Incluso se lo había dicho a algún amigo común, pero conmigo respondía con evasivas: «Sí, estaría bien pensar en vivir juntos», «Podría ser bonito seguir haciendo viajes juntos».

A veces el amor desaparece drásticamente, de un modo severo e inflexible. Recordar la postura de Jonás ante el masaje tailandés lo consiguió. Igual que no se había rendido al masaje, no se rendía ante el amor que sentía hacia mí. Un amor que yo estaba completamente segura de que sentía. Mis sentimientos hacia él se desvanecieron como el olor a flores que había entrado por la ventana. Yo no podía amar a un hombre que intentara, deliberadamente, no mostrarme lo que sentía por mí. A alguien que no dejaba que esos sentimientos le colocaran en posturas propicias para el amor. Quería tener al lado a alguien que, igual que yo me había dejado llevar por mi masajista, se dejara llevar por el amor… y lo sacara de la cárcel. 💔

Reflexiones: «La cárcel»

Psique y Eros es un mapa del amor y una historia
sobre la transformación del amor que termina en
libertad y en el nacimiento de una hija llamada
Placer… al descubrir verdades sobre el amor…
encontré un camino que conduce al placer y descubrí
que también es un camino hacia la libertad.
CAROL GILLIGAN

Es una respuesta humana, habitual y normal tener esa suerte de miedo infantil a que se nos note que nos gusta alguien. Especialmente a que lo detecte ese alguien por quien nos sentimos atraídos sentimental o sexualmente. Se puede llegar a pensar que, si la persona que nos atrae descubre nuestra fascinación por ella, no resultaremos igual de interesantes a sus ojos. El patriarcado también se ha pronunciado en este tema. Los guiones románticos patriarcales establecen que los hombres son quienes tienen derecho a tomar la iniciativa y mostrar su interés romántico o sexual. Por el contrario, las mujeres son situadas como objeto de elección que pierden su decencia si cortejan o coquetean. Afortunadamente esto está cambiando, pero los vestigios de estos guiones aún son fuertes. Muchas mujeres han sufrido una verdadera campaña de humillación social, han quedado estigmatizadas para siempre, teniendo a veces que dejar su trabajo o lugar de residencia por haber mandado una foto de ellas desnudas o en actitud erótica hacia un hombre. Mientras que la reacción social que suele producir la misma acción realizada por un hombre es prácticamente ninguna. Adrienne Rich, poeta, ensayista y teórica feminista en su obra «Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence» analiza cómo el patriarcado estructura la vida afectiva y sexual de las mujeres. Para ella, la heterosexualidad es una institución política que organiza la vida de las mujeres para mantenerlas en una posición subordinada. En este libro aborda cómo el sistema patriarcal impone a las mujeres un papel pasivo en el amor; deben ser elegidas, no elegir; deben ser deseadas, no desear activamente; deben esperar a ser conquistadas, no iniciar un acercamiento. Explica cómo uno de los mecanismos centrales del

patriarcado es regular los márgenes en los que se debe mover el deseo femenino y qué deseo es legítimo y cuál no. Otra cosa que establece el patriarcado es que lo adecuado, una vez un hombre haya explicitado sus sentimientos (una vez le ha pedido salir a la chica que le gusta), es que guarde bajo llave la expresión del más mínimo porcentaje de enamoramiento. Tan fuerte ha sido este mandato que muchas mujeres, al encontrarse con hombres que, una vez consolidada la relación, hablan de sus sentimientos hacia ellas y realizan cariñosas manifestaciones afectivas, sacan la siguiente conclusión: «Estoy, sin duda, ante un hombre deconstruido y con una estructura emocional que sí merece la pena». En algunos casos es así, la conclusión es correcta. En otros no. En otras ocasiones estas demostraciones afectivas no provienen de estar con la antítesis de un habitante de la manosfera, sino de un intento, a veces deliberado, a veces inconsciente, de manipular, como vimos en el anterior capítulo.

Emma se desencanta de Jonás porque comprueba, en el escaso tiempo de relación, que su forma de ser cumple los mandatos machistas. Esta forma de ser de Jonás en lo relacional la desenamora. Jonás, inicialmente, fue capaz de expresarle sus sentimientos románticos a ella y a sus amigos. A ellos sigue hablándoles de lo que siente por Emma y de su deseo de estrechar la relación con ella. Sin embargo, a ella ya casi no se lo expresa o lo hace con la boca pequeña. No es capaz de mostrar sin ambages su vulnerabilidad, es decir, que a veces tiene miedo o angustia. En la espera para entrar a la cárcel, probablemente también estaba algo nervioso, pero no fue capaz de iniciar ninguna conversación sobre esto, ni sobre nada. Jonás quiere ser él quien, en todo momento, decida sobre sus sentimientos, el único que tenga acceso a ellos, mientras permanecen guardados en una especie de cámara acorazada neuronal. Quiere mantener un total control de sí mismo. De la misma manera que no le gusta dejar llevar su cuerpo, su postura, por la masajista, no le gusta dejarse llevar por lo emocional y mucho menos por el Zeus de lo emocional: el amor.

Como vimos en el capítulo 1, la explicación a que Jonás haga esto, a que muchos hombres actúen como él, no radica en las esencias biológicas, sino que estos funcionamientos son producto de la educación patriarcal. Voy a utilizar las aportaciones de Carol Gilligan y Almudena Hernando para ampliar lo que se explicó en el primer

capítulo. Gilligan es una psicóloga del desarrollo y pensadora a la que debemos introducir una mirada feminista en la manera de entender la identidad y las relaciones afectivas. Criticó que la psicología clásica, fundamentalmente Kohlberg y Freud, habían estudiado la moral desde un punto de vista masculino y, como en tantas otras cuestiones, habían convertido lo masculino en la medida universal. Explicó cómo, desde pequeños, los niños son empujados a alejarse de su mundo emocional, a reprimir su tristeza o sus sentimientos de incapacidad o de confusión por no saber algo y a mostrarse autosuficientes. Para Gilligan, todo esto va generando un déficit en la intimidad emocional que pueden alcanzar. Este derivará en que estos niños, criados y socializados bajo los anteriores mandatos, se convertirán en adultos que temen entregarse y que viven la intimidad como pérdida de identidad. Serán adultos a los que les cuesta dejarse llevar al sentir desagrado cuando no controlan sus emociones o la situación en la que están. Esta autora sitúa que entre los diez y los trece años las niñas empiezan a callar lo que realmente sienten para mantener los vínculos y los niños empiezan a desconectarse emocionalmente para ajustarse al ideal masculino de autosuficiencia y control. Muchos niños comienzan a volverse emocionalmente más duros, porque, para ser aceptados como «hombres», tienen que sacrificar su capacidad relacional y la importancia que le dan a lo relacional y a la conexión emocional con los otros. Para ella, esto lo arrastran a la vida adulta y, especialmente, a las relaciones de pareja. Gilligan introduce otra reflexión muy interesante; establece que las niñas no nacen más cuidadoras ni están más interesadas en los cuidados, sino que no se les prohíbe sentir y no se les castiga por hacerlo. Por el contrario, a los niños sí. Esto les permite a ellas, y les dificulta a ellos, escuchar, dejarse afectar, ponerse en relación, mostrar su mundo emocional y hacerlo accesible a los demás y renunciar al control racional de los sentimientos. La conclusión de esta autora es que, a pesar de que los hombres pueden amar profundamente, no dudo que Jonás ame a Emma de este modo, el patriarcado les ha educado para no saber cómo hacerlo. Almudena Hernando explica que la subjetividad se construye desde el orden patriarcal. Este ha creado identidades dicotómicas para hombres y para mujeres. A las mujeres se les ha asociado una identidad relacional, basada en la lógica emocional, y, a los hombres, una identidad racional.

Amar y sentirse amado supone escuchar, dejarse afectar, funcionar desde una identidad relacional, hacer que el objeto de lo relacional sea la intimidad y renunciar al control. Supone romper con las prohibiciones sobre la curiosidad y el deseo. Es decir, lo contrario al mandato patriarcal de la masculinidad. Por tanto, los hombres que lo sigan a rajatabla tendrán dificultades para dar un amor que pueda resultarle satisfactorio a muchas mujeres. En palabras de Gilligan, este es el origen de muchas tragedias del amor adulto, que se lo digan a Emma. Una manera de transmitir al otro que lo amamos es hacerle sentir que lo admiramos. Si le mostramos nuestra vulnerabilidad, indirectamente, le estamos mostrando que lo vemos valioso, porque lo vemos capaz de no hacernos daño, capaz de estar a la altura de lo que nos pasa, capaz de ayudarnos a encontrar una solución. La consecuencia natural de que los hombres no vean así a las mujeres es no compartirles su vulnerabilidad, como no haríamos con un niño.

Nuestra sociedad actual genera abundantes contenidos culturales que continúan siendo una escuela que enseña a los niños a separarse y a las niñas a vincularse. Esto lleva a que el estado actual de la heterosexualidad dañe el amor, y sea, en mi opinión, opresivo. La cultura patriarcal nos fuerza más a interpretar un papel que a ser nosotros y nosotras mismas. En palabras de Gilligan no sufrimos tanto por amar, sino por lo que hacemos para encajar en lo que la sociedad nos dice que debe ser el amor. El dolor nace de la traición a uno mismo, o una misma, no del amor. No hay mayor placer que poder ser una o uno mismo y poder experimentar una conexión emocional con otra persona. De ahí que esta autora considere que el patriarcado es un sistema que interrumpe el placer. Que rompe la capacidad humana para el placer relacional. Para ella, «el nacimiento del placer» ocurre cuando recuperamos la voz perdida y dejamos de traicionarnos para ajustarnos al mandato del género. Gilligan trata todo esto en su obra *The Birth of Pleasure*, en la que usa el mito de Eros y Psique como una metáfora de la travesía del amor. En el mito, Hedoné es la hija de Eros y Psique, es una deidad que personifica el placer. Tal vez sea bonito pensar que, como en el mito, el placer nace de la unión del amor y del alma. Si los hombres siguen sin poder poner el alma en el amor nuestro placer conjunto seguirá en paradero desconocido.



El arte de escalar el Everest

Los libros siempre han colonizado mis casas, sin embargo, a pesar de que me encanta el arte, he tenido muy pocos cuadros. Soy una mujer culta, viajera, enamoradiza, curiosa y liberada. Una nativa digital y usuaria de las aplicaciones para ligar. Mis ganas de aprender y disfrutar me regalaron varios años de usarlas intensamente, conocer muchos chicos, cenar con alguno y liarme con bastantes de ellos. Paladeé el placer de construir relaciones efímeras, como esos dibujos de tiza que los niños hacen en el suelo y se borran con la lluvia. Los amantes llenaron gran parte de mi tiempo libre. Los tuve de una noche, de un mes y hasta de medio año. Para dar luz al entendimiento hay que ver obras de arte de muchos estilos. Mis variadas experiencias me dieron claves para diferenciar enamorados barrocos, neoclásicos, cubistas, románticos y abstractos. Creo que todas necesitamos más cultura amorosa. Después recordé que, tras el nomadismo afectivo, quería asentar mis afectos en algún territorio propicio para el amor. No me costó mucho abandonar mi afición a ligar porque nunca llegué a practicarla de un modo desmesurado ni obsesivo. Además, siempre fui profundamente respetuosa y cariñosa. Anunciaba premeditadamente a cada amante que quería hacer con él un dibujo destinado a borrarse pronto, pero mientras lo hacía le ponía la misma dedicación y esmero que a algo destinado a ser eterno. Llegó ese momento en el que ya no quería disfrutar de poder besar y acariciar cada día a una persona diferente, como quien estrena continuamente ropa. No anhelaba

descubrir, cada sábado, una nueva alteridad en los ojos que te desean. No. Quería conocer cada vez más a la misma persona. Quería vivir con ella los momentos importantes de la vida para tener después esa complicidad que aparece cuando compartes biografía con alguien. Quería leerme un libro y otro y otro y otro más sin parar. Pero, como amante de humanos, quería tener una persona que me leyera una y otra vez. Quería tener un cuadro grande en el salón, que me acompañara siempre, de fondo, a lo largo de las escenas de mi vida. Aspiraba a una relación en la que existieran viajes juntos, gastos compartidos y convivencia. Armas perfectas para protegerse de la peligrosidad de ciertos destinos turísticos cuando viajas sola, del empobrecimiento que generan los demenciales precios del alquiler en una gran ciudad y de los atroces ataques de melancolía los domingos por la tarde o las noches de los lunes y martes mientras cenas sola. Como también soy montañera, abandoné las confortables praderas amorosas llenas de margaritas que deshojar y me puse a ascender en las relaciones.

Juan fue mi primer no-novio después de los ligues de las aplicaciones. Le llamo no-novio porque querer llamarle novio fue, precisamente, lo que detonó nuestro amor. Pasó un día no más relevante que los demás, cuando él, sacando el tema cual mago que extrae un conejo de la chistera, me preguntó cómo deberíamos denominarnos. Juan había estudiado biología y se había especializado en botánica, disciplina en la que, al parecer, es muy importante la taxonomía. Estaba haciendo su tesis sobre una planta endémica de Tenerife. Llevábamos más de un año y medio saliendo juntos. Tomábamos un café en la plaza de Matute, tras haber pasado la tarde viendo y comentando nuestros cuadros favoritos en el Reina Sofía, lo recuerdo como si fuera ayer, cuando me preguntó a quemarropa:

—Casandra, ¿cómo llamarías a lo nuestro?

Nunca me llamaba por mi nombre completo.

—Pues, no sé, diría que estamos comenzando una relación —le respondí recelosa.

Se hizo una pausa incómoda que me llevó a preguntarle:

—¿Y tú? ¿Cómo lo llamarías tú?

—Yo no clasificaría lo que tenemos como una relación —sentenció.

—¿Cómo lo clasificarías entonces? —le pregunté, asombrada.

—Pues no se… como dos personas que hacen cosas juntos, que comparten su vida.

—A tus amigos, ¿qué les has dicho sobre mí? —necesitaba datos concretos para entender qué estaba tratando de decirme.

—Les he dicho que eres una amiga con la que hago cosas.

—¿Una amiga? —le respondí atrapada, de repente, por un enfado que no me permitía pensar—. ¿Tu compañera de «extraescolares», tal vez? ¿O mejor una especie de dama de compañía? —proseguí.

Lo que creía que había sido mi vida con él en estos últimos meses y lo que pensaba que iba a ser se desmoronaba.

—No, no eres exactamente mi amiga, ni mucho menos una dama de compañía, ¿qué tontería es esa? Pero no me veo preparado para una relación todavía.

—¿No te sientes preparado para tener una relación? Pero sí para dormir de tres a cuatro noches todas las semanas en mi casa, para venirme a buscar casi todas las tardes al trabajo, para hacer planes conmigo cada fin de semana, para compartirme tus intimidades familiares, para buscar desahogo y alivio en mí. Sabes que si por mí fuera habría semanas en las que nos veríamos menos y que, a veces, no me apetece que nuestro tiempo esté dedicado a hablar de sufrimientos emocionales. También fuiste tú el que me pediste exclusividad. Si no estuvieras preparado para tener una relación no podrías hacer todo esto. —Pensaba y hablaba aceleradamente intentando comprender cuál era el objetivo de Juan con esta conversación y para entenderle a él también.

—¿Ha cambiado lo que sientes hacia mí? —le pregunté, directa.

—No, no es eso para nada —respondió con total seguridad.

Aun así, yo sentí la necesidad de insistir y aclararlo.

—Podríamos ser amantes, he tenido muchos antes que tú, es una fórmula estupenda. Si solo te apetece tener sexo esporádico y planes románticos de tarde en tarde podemos replantearnos las cosas. Dejar de vernos tanto, no hacer muchos planes «parejiles», sacar las cosas del uno de la casa del otro… —le planteé, intentando recuperar la calma.

—Que no, que no ha cambiado nada de lo que siento hacia ti. Quiero que entre nosotros todo siga igual. Me gustas mucho, eres la persona con la que quiero seguir compartiendo mi vida. No hay mejor chica que

tú. Me pareces super interesante, atractiva, divertida, me encanta estar contigo y me apetece hacerlo mucho.

—No hay mejor chica que yo para una no relación. No hay mejor persona que yo para ocupar el lugar de amiga con la que hacer cosas, ¿es así?

—Te estoy diciendo cosas bonitas y tú te pones desagradable. No sé por qué te lo tomas tan mal. Es solo que no estoy preparado para considerar esto que tenemos como una relación. Eso es todo —respondió dubitativamente.

—Eso es, para vivir lo que tenemos sí estás preparado. Para lo que no estás preparado es para llamarlo por su nombre. Pero ¿qué va a cambiar si dices que tenemos una relación? Decirlo no supone que de repente estés obligado a casarte conmigo. Algo que yo, desde luego, ni me planteo ni quiero. Ni te condena a quedar atrapado por siempre entre mis tentáculos venenosos.

—No lo sé, Cas, yo no hago análisis tan profundos. Ya sé que la palabra no nos compromete a casarnos, pero bueno a algunas cosas quizás sí, a dar cosas… que, no sé, que no me veo dando. Pero lo más relevante no es eso, es solo que yo no clasificaría esto como una relación, eso es todo.

—Pues con tus plantas sí que haces razonamientos profundos, no se escribe una tesis doctoral a base de enlazar simplezas.

—Pero si tú misma lo estás diciendo. ¿Qué más da? Nombrar de una manera u otra lo que tenemos no cambia nada. Si lo que va a pasar entre nosotros es igual, qué más da el nombre que le pongamos. Lo importante es lo que hacemos, ¿no? y eso no va a cambiar. De verdad que no sé por qué te enfada tanto esto.

—Ok, ok, entendido, quieres salir conmigo, pero sin decirte y sin decir a los demás que sales con alguien. Espera un momento, déjame que busque en el diccionario la palabra relación. Tú eres botánico y necesitas tus categorizaciones, yo como filóloga necesito mis palabras.

Saqué el móvil y entré en la página web del diccionario de la RAE.

—Mira, definición tres y cuatro de relación. *3: Conexión, correspondencia, trato, comunicación de alguien con otra persona. 4: Trato de carácter amoroso.*¿Dónde está el problema en reconocer que tenemos un trato de carácter amoroso entre nosotros? ¡Ah! Igual el

problema está en que yo pensaba que sentías algo parecido al amor y estaba equivocada.

—¿En serio estás montando este pollo por una palabra? ¿Vas a estropear esto tan bonito que tenemos por no llamarlo como tú quieres? Se supone que en una relación tenemos que estar a gusto los dos. Deberías ser más comprensiva también y ajustarte un poco a lo que yo necesito para estar bien.

—Juan, nosotros no tenemos una relación, recuerda.

—Estás sacando las cosas de quicio. Es solo que aún no me siento preparado para decir que somos «pareja», eso es todo. Si te importo podrías ser más empática, ¿no?, darme un poco de tiempo.

—¿Y tú? ¿Tú estás siendo comprensivo conmigo, con lo que yo pueda necesitar?

—A quien le corresponde ser un poco más comprensiva es a ti porque tú tienes más capacidad para esto que yo, ¿no crees? Esta es la primera vez que le entrego tanto a una persona, ¿no puedes valorarlo y conformarte con esto?

—No sé Juan, esta conversación me ha dejado muy confundida. Necesito pensar.

Dejé unas monedas sobre la mesa para pagar mi café y me marché a casa.

La tarde se prometía bonita, fuera de mi habitación atardecía y yo, tumbada en la cama, miraba al techo. Trataba de asimilar lo que había sucedido mientras algunos libros suyos colocados en mis estanterías, una chaqueta que le regalé en el perchero, algunas camisetas y varias prendas de su ropa interior en mis cajones delataban su presencia. Empecé a pensar que quizás el problema era yo. ¿Y si por mi comportamiento él no era capaz de reconocer que teníamos algo más que una amistad? ¿Y si yo no tenía lo necesario para gustarle lo bastante como para llamarme su novia? ¿Y si yo estaba siendo mala y egoísta porque no me adaptaba un poco a lo que él necesitaba? ¿Y si finalmente iba a sentirse cómodo reconociéndose a sí mismo y a los demás que teníamos una relación, y yo me estaba precipitando? En ese caso, la solución sería aguantar el tiempo que él necesitara para poder hacer esto. Pasarlo mal un periodo, para luego tener una relación plena, «con todos sus avíos», como diría mi abuela, y no a escondidas o incompleta. En ese momento vinieron a mi mente unas palabras que

nos solía decir el guía de montaña de mi grupo de senderismo: «No echéis la culpa a la montaña, si no podéis subir un pico es porque aún no tenéis la forma física necesaria. El problema no está en la montaña, está en uno mismo. Por mucho que os guste, si no tenéis el nivel que exige subirla, no seréis capaces de alcanzar su cima».

Las palabras del guía llenaron mi dormitorio, resonaban y rebotaban por las paredes. Me hicieron comprender que no tenía la culpa, yo era comprensiva. Juan me había pedido tiempo, pero en realidad me estaba pidiendo opciones. Yo no le quitaba tiempo. De hecho, a veces, quería pasar menos tiempo con él. En ocasiones habíamos hablado de que una de las grandes ventajas de la soltería era la libertad. Cuando tocábamos ese tema él siempre decía que nada podía hacerle sentir mejor que vivir a su aire. Juan me estaba pidiendo disfrutar una relación a la vez que tenía la opción de vivir con la libertad de no estar en una relación. Lo quería todo. También habíamos hablado que esta libertad te posibilita relacionarte con compañeros de trabajo, con las personas que el azar pone en los bares, las noches que tú decides salir a divertirte, con todas las posibilidades abiertas. Aunque no estés dispuesta a usarlas, genera placer el mero hecho de tenerlas. Puedes jugar a gustar, seducir, coquetear, todo está permitido y bien visto. En relación a esto, le había planteado que podíamos abrir la relación para no perder esa parte concreta de libertad. «No sé si podría estar cómodo con la idea de que tú pudieras hacer todo eso con otros hombres». La conversación terminó ahí.

Reconocer que éramos algo más que amigos convertía la relación en una montaña de dos mil metros. No pedía que Juan me jurase amor eterno, ni tampoco era lo que quería. Solo deseaba que no le resultara un esfuerzo terrible tener que estar alguna vez para mí o tomar decisiones consensuadas entre los dos. Quería que se sintiera a gusto, y por qué no, también un poco entusiasmado al reconocerse a sí mismo y a los demás que sentía algún tipo de amor de pareja hacía mí. Que construir algo sentimentalmente profundo conmigo no se hiciera a escondidas. Juan era un montañero guapo, listo, divertido y agradable, pero no llegaba al nivel de los dos mil metros. Sus capacidades para las relaciones de pareja le daban para llegar solo a una altura de mil metros.

A la mañana siguiente reuní fuerzas y le escribí: «Juan, amigo, quiero poner fin a "esto" que tenemos, quiero dejar de hacer cosas contigo. Con este mensaje doy por concluida cualquier tipo de conexión, correspondencia o trato entre nosotros. Y, en otro orden de cosas, con sinceridad, te deseo lo mejor».

Esta fue la respuesta que tuve por su parte: «Siento que esta sea tu decisión, pero no puedo hacer nada más que aceptarla. Yo también te deseo lo mejor en el camino que siga tu vida».

Pasaron los meses y sentí que era hora de buscar un montañero más capaz. Esto me llevó a un novio llamado Fran. Le llamo novio porque él desde el principio quiso usar esa palabra, así como decir a los cuatro vientos que tenía una relación conmigo y que se había enamorado. Esto fue estupendo para mí, como os podéis imaginar. Nos conocimos a finales de un mes de agosto. Los dos estábamos bien morenos y dispuestos a vivir una última aventura veraniega. Sin saber muy bien cómo, empezamos a hablar durante horas los domingos de resaca, a ir al cine los miércoles y a dormir casi todas las noches juntos. A mediados de octubre me mandó un mensaje en el que me pedía hablar.

Me imaginé lo peor.

—Cas, te he invitado a cenar para plantearte algo.

—Perfecto, tú dirás —respondí mientras el cuerpo se me ponía rígido.

—Mis amigos se van el puente del uno de noviembre a la casa que uno de ellos tiene en Mallorca.

—Qué buen plan —interrumpí mientras pensaba en la suerte que tienen algunas personas.

—Sí, lo hacemos todos los años, es fantástico, y bueno… sé que llevamos poco saliendo, pero me gustaría que vinieras conmigo.

Había ido a la cena esperando que me dejaran y de repente me veía cogiendo un vuelo a Palma. Como yo no decía nada, Fran siguió hablando.

—Sé que te puede parecer un poco pronto para venirte de viaje con mis amigos, pero les he explicado que me apetecería mucho llevar a mi novia al plan. Ellos lo han entendido perfectamente, otra cosa es que a ti te apetezca. No te sientas presionada, solo quiero que aceptes si de verdad te apetece.

—Dime las fechas exactas y esta misma noche compro el billete —le respondí rápido, no fuera a empezar a dudar y a echarse para atrás.

¿Entonces te vienes? —preguntó sorprendido.

—¡Claro!

—Espero que no te haya parecido demasiado pronto decirle ya a mi grupo de amigos que tengo novia. No quisiera parecerte uno de esos tíos demasiado sentimentales.

¿Demasiado sentimental?, él no sabía de dónde venía yo. Los hombres deberían aprender que la ternura es terriblemente sexy. Casi ninguno lo sabe y, normalmente, cuando lo aprenden, ya es tarde.

—Fran, me pareces un tío estupendo —le reforcé. Es importante premiar la conducta que queremos que se repita.

Mallorca fue un viaje inolvidable, días de sol y de nadar en calas de azules imposibles, bailando en discotecas hasta el amanecer, gente divertida y paseos entre pinos que huelen a mar. Después de Mallorca, los meses pasaron rápido porque los dos trabajábamos mucho y nos vimos con el verano sin organizar.

Era mediados de junio, estaba en casa cocinándome la comida para el día siguiente cuando sonó el móvil. Mensajito de Fran, seguro. Sonrisa. Fui al salón, había dejado allí el teléfono, cuando estaba en casa, no me gustaba tenerlo cerca. Confirmado, mensajito de Fran. Sonrisa. «Cas, ¿podemos cenar esta noche?, quiero hablarte de algo, yo invito».

Quedamos en la pizzería a la que íbamos siempre. Yo llegué primero. Él entró al local tranquilo, casi no le hizo falta mirar para saber en qué mesa encontrarme. Tenía aún el pelo mojado y olía a recién salido de la ducha. Me encantaba su olor y su sonrisa despreocupada y fácil. La simpática camarera, que ya nos conocía bastante, nos contó, como era costumbre, cómo iba su noche. Su acento napolitano nos encantaba.

Con este calor sois de los pocos que os habéis animado a venir hoy, la gente piensa que la comida italiana no es para el verano —nos comentó

Fran se esperó a que nos trajeran las pizzas para empezar a hablar. Mordió un pedazo y comenzó a explicarme:

—Casandra, sabes bien que estoy muy ilusionado con nuestra relación, no me imagino a otra persona con la que compartir mi vida, nos veo juntos en el futuro… —dijo algo titubeante.

«¡Qué lindo es!», pensé mientras él hacía una pausa.

—Aunque, por otro lado, somos muy jóvenes aún. Tú tienes veintisiete, yo veintiséis, y creo que la vida es muy larga, que hay que vivir muchas experiencias para tener mundo, para luego no arrepentirse de nada. —Algo raro estaba pasando. ¿Me había llamado Casandra?—. Y… no me veo no habiendo podido tener otras experiencias. Y bueno… igual también sería bueno que tú las tuvieras. Sobre todo ahora en el verano, en esta época que invita a viajar, a conocer a gente nueva, a soñar.

—No sé muy bien a dónde quieres llegar —contesté.

—Pues, que… ¿cómo verías que dejáramos de salir estos meses, que tú hicieras tus planes por tu cuenta, yo los míos, que tú pudieras tener tus aventuras y yo las mías y luego volviéramos a reencontrarnos a la vuelta del verano?

—¿Aventuras de qué tipo? ¿No tener contacto durante todo el verano?

—Aventuras, aventuras con otras personas me refiero. Y bueno… podemos mandarnos mensajes.

—¿Me estás diciendo que quieres que lo dejemos para que te puedas enrollar con otra chica durante el verano?

—Bueno, con otra o con otras… —aclaró.

—Tú puedes también estar con otros chicos, claro. Vivimos un poco más intensamente la vida y luego volvemos a la seguridad de nuestro mundo para empezar el otoño —me dijo para aclarármelo aún más.

—No entiendo nada. Pensaba que quedábamos para pensar en si hacíamos juntos un viaje y ahora resulta que soy como la comida italiana, ¿no soy para el verano?

Le pedí un poco de papel de plata a nuestra camarera, envolví mi pizza y me levanté de la mesa para marcharme. Al menos cenaría rico en casa.

—No te dejo dinero, acepto tu invitación a cenar, puede que sea lo último que quiera de ti —dije solemnemente, y me fui.

Empezaba a tener experiencia en este tipo de despedidas. Las relaciones estaban siendo negocios ruinosos para mí, pero, al menos, me estaban entrenando para comportarme como una *femme fatale*.

En casa, me tumbé de nuevo en la cama y me puse a mirar al techo. Esta vez fui yo quien se esforzó por traer a mi mente las palabras de mi monitor de senderismo.

«Por mucho que te guste una montaña, si no tienes el nivel que exige, no serás capaz de subirla».

Fran era un montañero guapo, listo, divertido, agradable y amoroso. Llegaba al nivel de los dos mil metros, pero no llegaba al de los tres mil. Recordé que me había contado que siempre había roto con sus parejas en verano. No era casualidad.

Al cabo de un tiempo me eché un tercer novio. Se llamaba Julián. Este fue un novio continuo. Todo lo contrario que Fran, quien había demostrado querer, para las parejas, algo parecido a esos contratos laborales de tipo fijo discontinuo, que solo son para unos meses al año. Con Julián escuché la palabra «novia» desde el principio y viajé con él los tres veranos que abarcó nuestra relación. Estambul, Grecia y Canadá. Fueron tres años maravillosos, pero todo se marchitó a la vuelta de Canadá. En esta ocasión fui yo la que le planteé hablar. Quería pensar con él sobre la posibilidad de vivir juntos en algún momento. Por aquel entonces, yo ya tenía veintinueve años. Me apetecía dormir acompañada, en la misma cama cada noche, hacer la compra entre dos y dejar de preguntarme constantemente dónde estaban mis cosas por tenerlas repartidas entre dos casas.

Una noche, tomando una copa de vino en nuestro restaurante favorito, mientras esperábamos a que nos trajeran la comida, me armé de valor y decidí sacar el tema.

—¿Cómo verías vivir juntos en algún momento? —le pregunté, imaginando que iniciaríamos una conversación.

—No lo veo —respondió, cortante, Julián.

—No te estoy diciendo que sea algo que hagamos ya. —le aclaré.

—No —volvió a responder.

—Bueno… por mi parte sería dentro de mucho, solo te planteo pensar en hacerlo en algún momento. —Traté de ampliar el plazo viendo su cerrazón.

—Ni de coña.

—¿Puedes responderme otra cosa? —le pregunté, ya un poco molesta.

—Pues que no me planteo hacerlo en ningún momento —sentenció.

—¿Nunca? —pregunté sin dar crédito a su planteamiento tan radical.

En los tres años que habíamos pasado juntos, no había podido atisbar que esta era su opinión respecto a la convivencia. No había sacado el

tema hasta hoy porque no lo necesitaba. Me gustaba demasiado vivir sola.

—Bueno… nunca tampoco —respondió algo más relajado.

Yo también me relajé. Puede que hubiera sido muy directa, que le hubiera dejado descolocado y esta fuera la razón de sus negativas. Igual se estaba refiriendo a dos años o tres. Qué bueno, no me parecía el tiempo ideal, pero podía estar bien estirar ese maravilloso placer que habita en hacer lo que te da la gana en tu casa todos los días del año.

—Entonces, ¿cuándo? —pregunté algo más amable.

—Pues no, sé… más adelante.

—¿Podrías concretármelo? —volví a insistir.

—Sí, claro. Pues cuando tengamos como sesenta años o así.

—Ja, ja, ja. —me reí con la broma.

—No es una broma, Cas —afirmó muy áspero.

—¿Cómo? —pregunté extrañada, empezando a atisbar que hablaba en serio.

—No me planteo vivir con una pareja hasta que tenga sesenta años. Bueno, si estoy mal de salud, igual a los cincuenta estaría bien.

La camarera nos trajo el plato que habíamos pedido cada uno y el que íbamos a compartir. En esta ocasión no me pareció fácil envolver la comida ni pedirla para llevar. A disgusto me comí mi tartar de salmón y la mitad de una ensalada griega, hablando de cosas intrascendentes mientras procesaba lo que acababa de pasar. Gracias a mi entrenamiento, cuando salíamos del restaurante, sin haber terminado él de ponerse el abrigo, pude decirle que igual a los sesenta años me apetecía volver a dormir con él en su casa. En un alarde de perfeccionamiento, continué con un: «Quizás tengas que esperar menos, puede que a los cincuenta, si estoy enferma, te llame para que mejor duermas en la mía».

Esa fue nuestra última noche y la tercera que pasé mirando al techo de mi habitación pensando en el extraño comportamiento de los hombres en las relaciones de pareja. Lo de mi profe de senderismo ya os lo sabéis así que me lo voy a ahorrar. Solo daré las gracias a los buenos guías de montaña que están para auxiliarte cuando tienes problemas en el camino. Y a haber podido darme cuenta de que Julián era un montañero guapo, listo, divertido, agradable, amoroso y un gran

compañero de viaje, pero que llegaba al nivel de los tres mil metros y no al de los cuatro mil.

Mi cuarto novio serio fue Iván. Me consideró su novia a los seis meses de estar saliendo, quiso pasar los veranos a mi lado y quiso irse a vivir conmigo a los dos años de estar juntos. Me lo planteó una noche, cenando en un restaurante. No sé por qué en mi vida me pasan tantas cosas en los restaurantes. Iván no se anduvo por las ramas, no dio rodeos, disparó con desparpajo:

—Casandra, me gustaría que nos fuéramos a vivir juntos.

Automáticamente me atraganté con el sorbo de agua que estaba bebiendo y que me disponía a empezar a tragar. Lo escupí todo como un aspersor sobre su camisa blanca.

—Perdona, perdona, lo siento. Es que no me esperaba esta pregunta —le dije, muerta de la vergüenza, mientras intentaba secar su camisa con la servilleta.

—No, perdóname tú, quizás he sido un poco brusco, debí introducirte el tema, no ir así tan directo.

—Qué va, Iván, tú no has hecho nada mal. No sabes la alegría que me da que me digas esto —le dije cariñosamente.

—Entonces… ¿puedo interpretar que me vas a responder que sí? —me preguntó.

—Bueno, en realidad, no me has preguntado nada, ha sido solo una declaración de intenciones —dije bromeando.

—Pues te lo pregunto, ¿te apetece que nos vayamos a vivir juntos en unos meses?

—Me apetece, claro que sí.

Decidimos que él se instalase en mi piso. Yo me acababa de mudar hacía tres meses y aún me estaba asentando en él. Era perfecto para los dos, espacioso, muy céntrico, y mi nuevo casero era el clásico amigo de un amigo que te deja un precio asequible por ser de confianza.

Como aún tenía cajas por abrir, me fue sencillo reorganizar mis cosas, incluso tiré algún trasto inservible. Con poco esfuerzo le hice hueco, solo tuve que llevar algunos libros y algo de ropa a casa de mis padres. En cuanto terminé mi parte, Iván empezó poco a poco a traer sus cosas. Algunos muebles más voluminosos y las cajas más pesadas se los trajo una empresa de mudanzas. Esto pasó la mañana de un sábado en el que yo trabajaba.

Cuando llegué a casa me esperaban dos sorpresas, la primera, me había hecho la comida cuando él no sabía apenas cocinar. Estaba muy rica. En una ocasión, había llevado a una fiesta unas albóndigas que dijo le habían salido muy buenas. Nadie pudo comerse una entera. Decidieron dárselas al perro del amigo que organizaba la fiesta. El pobre perro tampoco se las comió, las olisqueó, aulló como si le hubieran pisado y se marchó en dirección a su pienso seco. La segunda sorpresa estaba en el dormitorio. Cuando fui a cambiarme de ropa, descubrí que, en mi ausencia, había colocado sus libros en las estanterías que le había dejado libres y había montado una cama supletoria.

—¿Para quién es esta cama? —le pregunté.

Él me empezó a explicar algo que yo ya sabía, quizás no con tanto detalle. Me contó que estaba muy unido a su madre viuda, que para él la familia y, en especial, su madre eran muy importantes, que quería estar cerca de ella y que siguiera involucrada en su realidad. Siguió diciéndome que sabía que yo, que era muy buena persona, entendería que no podía dejar sola a su madre tras vivir con ella durante treinta y cinco años, que eso sería un abandono y una deslealtad tremenda.

—¿No estarás intentando decirme que esta cama supletoria es para tu madre?

Esta vez decidí que sería yo quien iría directa al grano.

—No, no… por supuesto que no —me respondió tajante.

Respire aliviada. Dado mi historial de parejas, me esperaba cualquier cosa.

—La cama supletoria es para ti, mi madre y yo dormiremos juntos en la de matrimonio. Solo serán unas semanas hasta que ella asimile que me independizo —me dijo despejando todas mis dudas de un plumazo.

Llevaba muchas horas de vuelo en el tema de las rarezas de mis novios y en repetirme el mantra de mi monitor de montaña. Y no me iba a tumbar en la cama supletoria a hacer todo mi ritual habitual. Así que le pedí su móvil, le indiqué que metiera su código de desbloqueo y busqué en su agenda el teléfono de la empresa de mudanzas que había contratado para que le trajeran los cuatro muebles aprovechables que tenía en casa de su madre y las cajas pesadas. Marqué el número.

—¿Qué estás haciendo, Cas? —me preguntó, ahora el intrigado era él.

—Llamar a la empresa de la mudanza.

—¿A los de la empresa de la mudanza? ¿Para…?

—Para decirles que vuelvan a por tus cosas y que las regresen de nuevo a casa de tu madre, que deshacemos la mudanza, que hemos cambiado de opinión.

—Yo no he cambiado de opinión.

—Pues yo sí.

Nunca pensé que rompería una relación de pareja llamando a una empresa de mudanzas. Mi nivel de romper como una diva estaba alcanzando dimensiones incalculables, pero fue una de esas buenas decisiones que he tomado en mi vida. De las que me he alegrado todos y cada uno de los años posteriores. No, tampoco iba a conformarme con un novio que solo pudiera subir picos de cuatro mil metros. Quería el Everest.

Dice el refrán que hay muchos caminos para llegar a Roma. En el caso de las relaciones de pareja, creo que el refrán debería ser que hay que recorrer mucho camino para llegar al amor. Soy aficionada a leer las palabras al revés y Roma del revés invoca al amor. Todo el que se haya permitido el lujo de perder la cabeza por el Trastévere lo entenderá

A día de hoy, salgo con Román. Sí, por ahora lo cumple todo, tiene el suficiente nivel de montañero para llamarme «novia», para veranear conmigo, para convivir juntos y para poner a su familia en el lugar que le corresponde. Hoy, tomándonos un vino en nuestro bar favorito, me ha dicho que tenía una sorpresa para mí. Ha comprado un cuadro enorme que vi hace meses en una tienda de decoración y me encantó.

—Cas, con lo que te gusta el arte es hora de que tengas más cuadros en casa. ¿Qué te parece si empezamos por poner este en el salón? —me ha dicho sonriendo, con esa alegría suya que termina en un hoyuelo. 💔

Reflexiones: «El arte de escalar el Everest»

La mayoría de nosotros aprendimos a amar
viendo a gente que no sabía amar.
BELL HOOKS

Un mosaico de muros

Juan, Fran, Julián, e Iván representan muchas de las cuestiones que se han ido explicando en las anteriores reflexiones. Analicémoslas más pormenorizadamente.

¿Qué le pasa a Juan? No quiere decir que tiene una relación con Casandra. Sin embargo, quiere vivir con ella casi todo lo que, habitualmente, identificamos con una unión sentimental profunda. No quiere verla solo eventualmente en la superficialidad de salir a bailar, tomar una copa, ir al cine o descubrir un restaurante nuevo. Quiere mucho más. Quiere que esté estrechamente en su vida porque sabe que le aporta bienestar, estimulación y protección. Y, además, quiere alcanzar con ella niveles altos de intimidad. En efecto, lo ha hecho. Le ha hablado de sus sueños, de sus sufrimientos y de sus problemas. Le ha contado sus secretos, los propios y los familiares. Le ha abierto su corazón. Cuando ha compartido sus problemas, no se ha limitado a nombrarlos, sino que le ha mostrado sus miedos y lo que le hace sentir vulnerable. Ha hecho todo esto porque a Juan le gusta Casandra. No duda de que tiene sentimientos románticos y siente una fuerte atracción sexual hacia ella. No sabe si tanto como para decir que es amor, pero sí sabe que experimenta algo que supera a lo que se siente en una amistad. Pero Juan no quiere que esta profundidad e intimidad lo impliquen más. No quiere que lo obliguen a algo más que a compartir tiempo con ella cuando a él le apetezca o le encaje en sus planes. No quiere que lo lleven a, en algún momento, no poder priorizar su vida personal. Juan considera que lo que le haría verse obligado a dar más que esto a Casandra, o a que ella esperara más de él y se lo pidiera, sería

constatar que tienen una relación. Como lo que haría que la relación se hiciera real sería nombrarla, Juan no quiere hacerlo. Esto le pasa. No quiere ponerle nombre al vínculo que tiene con Casandra y no quiere ponerle, además, el nombre que lo define. Como ella misma le dice, no quiere llamarlo por su nombre. Nombrar con las palabras precisas es imprescindible para hacer que exista lo real, especialmente cuando nos referimos a realidades inmateriales como el odio, el amor, el miedo o el deseo. Ya sabemos que lo que no se nombra no existe.

El problema no es lo que desea Juan. Es totalmente lícito que, como le reconoce a Casandra tibiamente, no quiera que nada le arrebate ese «vivir a su aire» que tanta felicidad le reporta. Que no quiera perder esa independencia que le permite tomar decisiones sin tener que pensar en nadie más. Que no quiera tener que dejar de hacer, alguna vez, algo porque Casandra le necesite. Podría parecernos más o menos egoísta, más o menos ajustado a lo que consideramos sano, correcto o justo. Pero Juan tiene derecho a tener este deseo, es legítimo. Y si encuentra a alguien que en la relación quiera lo mismo, que lo que él desea no le haga sentir mal, todo podría ir medianamente bien entre ellos.

El problema es que Juan no reconoce lo que desea con honestidad y sinceridad. No es sincero cuando dice que no quiere usar la palabra relación para definir la vinculación que tiene con Casandra porque lo que tienen no es una relación. O porque da lo mismo hacerlo que no. Si Juan le dijera a Casandra: «Quiero que sigamos haciendo todo lo que hasta la fecha venimos haciendo juntos, al mismo nivel de intimidad. Pero no quiero decir que tenemos una relación porque decirlo creo que implica que tenga que hacer otras cosas que no estoy dispuesto a hacer. Por ejemplo, cuidarte si estás enferma. Quedar contigo un fin de semana que tú me necesites, pero a mí me apetezca más hacer otra cosa. No quiero decir que tenemos una relación porque no quiero organizar cierto porcentaje de mi tiempo contando contigo. Por todo esto no quiero decir que somos pareja, porque creo que decirlo cambia las cosas. Creo que reconocer que tenemos una relación hace que aparezcan compromisos nuevos que no quiero asumir». Si Juan se expresara así, Casandra sabría bien qué puede recibir de él. Podría conocer qué es lo que él está dispuesto a dar y decidir si esto encaja con lo que quiere y si es satisfactorio para ella. Pero Juan no hace esto. Juan confunde a Casandra con explicaciones liosas llenas de medio verdades.

Solo le deja entrever muy levemente su deseo real cuando le dice: «No estoy preparado para considerar esto como una relación. La palabra no nos compromete a casarnos, pero a algunas cosas para las que no me veo, sí». Luego la conversación se va por otros derroteros y esto se queda sin aclarar.

Lo inadecuado del comportamiento de Juan es que culpa a Casandra, le dice que no se está portando bien con él porque no es comprensiva con sus necesidades. Cuando quien no se está portando de un modo totalmente correcto es él al no reconocerle claramente cuáles son estas necesidades. No es juego limpio que, de alguna manera, la presione para que acepte unas condiciones que no le deja claras. También es injusto que Juan deje implícito que, si ambos tienen necesidades opuestas, lo correcto es que ella sacrifique las suyas para satisfacer las de él. Y que le pida tiempo cuando lo que soluciona su desencuentro no es tiempo, sino diálogo. Además, entraría en el terreno de lo abusivo llevar a Casandra a aceptar como correcto tener una relación a escondidas. Así como tratar de beneficiarse de que Casandra le dé una entrega que él no le va a dar, mediante no dejar claro qué él no está dispuesto a dárselo.

Y quizás otra cuestión problemática del comportamiento de Juan sería esta última. Que Juan reconozca a las mujeres de su entorno o que la vida va a ir poniendo a su alrededor, que está dentro de una relación afectiva, también va a cambiar lo que estas hacen para con Juan. Si Juan dice que tiene una relación con Casandra no podrá recibir de otras mujeres, con la misma probabilidad, miradas de deseo, flirteos, acciones más allá de lo amistoso. Y puede que Juan no quiera reconocer que está en una relación para no verse privado de esto.

Continuemos analizando al resto de sus compañeros del *Casandra´s novios club*. Fran sí quiere reconocer que tiene una relación con Casandra. Esto no es un problema para él. Quiere pronunciar con la boca abierta la palabra novia, quiere que todo su entorno sepa que se ha enamorado, quiere compartir sus amigos y los eventos importantes de su vida con ella, pero… en el verano necesita hacer una pausa. Fran pone un muro en la relación con esta estrategia de implantar un periodo, el de las vacaciones de verano, en el que mantener la relación, pero no estar juntos. Periodo en el que solo hablar por mensajes, en el que no verse y no acompañar de ningún modo al otro en lo que sea que

viva en ese tiempo, estableciendo que los veranos no son para hacer algún viaje juntos. A diferencia de Juan, que quiere hacerlo todo el tiempo, Fran quiere tener una relación, pero vivir de un modo totalmente independiente durante el verano.

Para explicar qué le pasa a Fran voy a usar un chiste gráfico de El Roto publicado en *El País* en su sección habitual. Este decía: «Las escapadas impiden la huida». La frase iba acompañada por un dibujo de una carretera atestada de coches, bloqueados en una asfixiante y claustrofóbica caravana, en las vacaciones de Semana Santa. En mi interpretación, de las muchas posibles, el chiste, y su paradójico juego de palabras, pretenderían mostrar cómo el sistema de vida que tenemos es tan agobiante que, para mantenernos dentro de él, está diseñado permitiendo pequeños alivios. Pero estas escapadas, al final, resultan casi más asfixiantes que eso para lo que tratan de ser alivio. Con el chiste también podríamos explicar a Fran. En su caso, el lema «las escapadas impiden la huida» mostraría, primero, que Fran siente agobio en la relación con Casandra. No porque Casandra sea como un sistema económico opresor, ni mucho menos, sino porque Fran tiene problemas para sentirse a gusto en relaciones afectivas de alta intimidad. A las personas con dificultades para estar bien en vínculos amorosos muy estrechos, las relaciones de pareja estables les generan la misma asfixia que la opresión laboral extrema. Pero, al mismo tiempo, Fran quiere quedarse con Casandra en un funcionamiento de bastante intimidad. Quiere mantener con ella un nivel de intimidad casi igual al que ella quiere. Para poder hacerlo, para no huir ante la angustia que le genera tanta cercanía, necesita tener esta escapada que son las vacaciones de verano. Fran no le está pidiendo «tengamos otras experiencias, vivamos un poco más para no limitarnos», le pide tener un tiempo en el que ella no exista y en el que él no exista para ella. Le pide descansar de ella. Tener vacaciones de ella para así tener vacaciones de tanta intimidad afectiva. En una relación de pareja siempre tiene más poder el miembro con mayor capacidad para desapegarse del otro. En este caso, Fran tiene más poder, porque para él es fácil poder olvidarse de Casandra de un plumazo, con un corte radical y limpio, de un día para otro. En concreto, de la noche del treinta de junio a la del uno de julio. Para Fran es cómodo pensar en estar todo el verano sin contacto, pudiendo tenerlo, y sin saber apenas de

Casandra, para ella no. Tiene más poder el miembro con más capacidad para el desapego porque tiene garantizado que el otro estará dispuesto a hacer más renuncias y concesiones por seguir en la relación. Y tiene menos poder el miembro con menor capacidad para el desapego porque estará dispuesto a aceptar lo que no le guste o no le haga sentir bien por no perder la relación. Finalmente, Casandra, aunque le duela más que a Fran no poder compartir el verano con él, consigue priorizar su bienestar a mantener esta relación. Se marcha de una relación donde, en esta ocasión no se le pide no existir, sino que se le pide no existir los meses de verano y para los planes de verano. Fran no le da esto, no porque no esté suficientemente enamorado de ella, Fran no le da esto porque es un hombre que para no huir necesita pequeñas escapadas y esto hace que no esté al nivel de profundidad que Casandra quiere y puede dar en una relación.

Y de Fran llegamos a Julián. Con Julián se abre una reflexión interesante en relación a la convivencia en las relaciones de pareja. ¿Hasta qué punto para que la relación alcance profundidad emocional y solidez en el nosotros que se construye con la pareja es necesaria la convivencia? ¿Hasta qué punto para que se considere que la relación va bien, que el otro está dando lo adecuado, tiene que haber convivencia? Aquí se abren muchas opciones. Por supuesto, hay parejas sólidas, sanas, con un alto nivel de compromiso y de calidad emocional que no conviven. Hay una parte de convivir que tiene que ver con los mandatos sociales (hay que conocerse, salir, comprometerse, ya bastante obsoleto, pero no del todo, casarse, convivir, tener hijos y jubilarse juntos) con los que se nos enseña cuál es el curso normal o sano de una relación. Estos nos pueden llevar a esperar que cada una de estas fases se sucedan, en su orden, para considerar que nuestra relación va bien, que se está estrechando o consolidando. Aquí hay encerrado un peligro. Si los seguimos sin reflexión, sin pararnos a analizar si los cumplimos porque es lo que nos han dicho que tenemos que hacer o, si lo hacemos porque realmente es lo que queremos, podemos terminar teniendo la sensación de no ser quienes somos (como analizamos en la reflexión del capítulo anterior).

Volviendo a la cuestión de vivir o no con la pareja, insisto en que perfectamente se puede tener un proyecto afectivo sano y sólido a la vez que se mantiene la individualidad en la convivencia. A veces se

fuerza la convivencia no por amor o porque sea la mejor opción para consolidar una pareja, sino porque es necesaria para subsistir de un modo independiente en ciudades donde la vivienda se ha convertido en un lujo inaccesible. Pero en el caso de Julián el problema no es que diga que no a convivir por no verse arrastrado por los mandatos sociales. Julián podría haber abierto un debate sobre cómo quiere abordar dónde y cómo vivir cada uno su relación. El problema es que Julián, como él reconoce abiertamente, solo se plantearía convivir con ella en el caso de necesitarla, no para disfrutar de más tiempo en común. Al menos es sincero. Parece que Julián considerara que las mejores cosas están fuera de la pareja. Que las experiencias más estimulantes se consiguen si no se está conviviendo con una pareja. Que la convivencia te va a arrebatar lo realmente interesante. Esto es lo que construye el muro en su caso. A Julián, por tanto, solo le interesa estar más tiempo con la pareja si ya no puede disfrutar de otras cosas porque es mayor o está enfermo. En ese caso, convivir con una pareja sí sería interesante porque puede, instrumentalmente, obtener algo que no le van a dar en otro lado.

Y por último nuestro recorrido termina en Iván. Mucho que decir sobre las personas que no pueden tener relaciones de pareja plenas porque no han cortado el cordón umbilical con sus madres. O, en otras ocasiones, porque no han superado el trauma que estas les impusieron al no haberles hecho sentir verdaderamente queridos. Iván introduce a su madre de una manera extrema en la relación y con esto pone un muro entre Casandra y la posibilidad de tener una relación madura con ella. Para no abrir un análisis que nos llevara un libro entero, destacaré solo que en el caso de Iván hay dos problemas. El primero, que Iván presenta una dependencia extrema más que a su madre, a la figura de una madre, a alguien que esté para él sin pedirle nada a cambio. En definitiva, no ha roto la dependencia a un vínculo protector infantil. El segundo, una vez más, que Iván no le ha explicado a tiempo y honestamente a Casandra qué necesita él en la relación, que quiere para estar bien.

El eterno retorno de la misma patraña

Un sufrimiento común cuando se han encadenado varias relaciones con hombres que se comportan como Juan, Fran, Julián e Iván es pensar que algo dentro de ti falla. Es verte sobresaltada por el pensamiento intrusivo que dice que, tal vez, ninguno de esos hombres ha querido asumir más compromisos contigo porque tienes algo defectuoso para las relaciones. He visto este malestar numerosas veces en terapia. Muchas pacientes me han dicho: «A lo mejor no me da más porque yo no soy suficiente». De nuevo el patriarcado moviendo sus hilos invisibles para culpar a las mujeres de los comportamientos inadecuados, de las carencias de los hombres.

El machismo a través de toda la maquinaria del cine, la literatura y la música ha extendido la falaz idea de que, si se enamora perdidamente a un hombre, sea como este sea (da igual que este sea un matón de discoteca), ¡tatatachán!… se convierte en una persona romántica, cariñosa, comprometida, entregada al cuidado de su pareja y su familia. Sostener esto es casi tan disparatado como decir que una persona que no sabe leer ni escribir, que habla un idioma, si se enamora de la literatura se volverá automáticamente culto, escribirá novelas de éxito y será trilingüe. Y que si no se ha enamorado de la literatura es porque el libro que ha leído no era suficientemente bueno. Si le lees el *Quijote*, entonces sí que se producirá la magia, se enamorará del libro y podrá hablar los tres idiomas *ipso facto*. Absurdo, ¿verdad? Pues con el amor y las mujeres nos lo hemos creído, cuesta desprenderse de esta idea. Dar cariño, crear relaciones profundas e interdependientes no solo es algo que se quiera hacer, también son competencias y capacidades, como analizamos en el capítulo «El final del cielo». Si no se ha tenido la estimulación que permite que se adquieran y desarrollen, por mucho que, de repente, «nos enamore la literatura» no podremos usarlas porque no las poseemos. Además de capcioso e irracional, el machismo es especialmente perverso y exigente con las mujeres porque añade algo más a esta mentira. Se nos dice que si somos un diez entonces conseguiremos que un hombre se enamore de nosotras y entonces nos dé una relación de calidad. El icono, literal, *Pretty Woman*. Lo lograrás si eres guapísima, sexy, interesante, inteligente, buena, cariñosa… Y por supuesto, para ser considerada un diez también hay que tener una

personalidad que encaje con lo que socialmente se ha establecido que es femenino: sumisa, dócil, más interesada en el bienestar de tu pareja que en el tuyo, capaz de poner siempre primero las necesidades e intereses de él, familiar, cuidadora, etcétera. Si no tienes esta personalidad, ¡ay, amiga! puede que seas elegida como amante, pero no como la princesa prometida. Si no le has enamorado es que no llegas a ese diez, no estás lo suficientemente buena, o lo estás, pero no eres lo suficientemente sensual, o eres muy guapa, pero no lo suficientemente interesante, o eres todo esto, pero no lo suficientemente entregada a la relación… Y ahí tenemos a las mujeres, muchas veces cirugía estética mediante, esforzándose para mejorar, a los ojos de los hombres, cuando esto no conseguirá que estos les den esas relaciones de calidad si ellos no están capacitados para darlas. Es decir, haciendo esfuerzos inútiles y perdiendo su valioso tiempo. Porque lo eficaz no es esforzarse en mejorar una, sino mejorar en facilitarnos muchas opciones, como hace Casandra, que aumenten las probabilidades de encontrar a quien realmente tenga las capacidades para darnos una relación de calidad y satisfactoria.

Así que, para quitarnos ese daño específico que genera chocarnos repetidas veces contra el muro que construyen en las relaciones este tipo de hombres, hay que tener todo esto muy presente y claro. Un hombre será comprometido, afectuoso, responsable afectivamente y capaz de vivir desde la interdependencia si tiene dentro de su cerebro estas capacidades.

Hay otra idea, fuertemente instalada en nuestro inconsciente colectivo, que también puede dañar intensamente a las mujeres que han encadenado este tipo de relaciones. Es el pensamiento que sostiene que si, repetidamente, eres tú quien tiene problemas o fracasa en las relaciones, en determinados contextos o tesituras, el fallo debe estar en ti. Este hará que una mujer tras las experiencias Juan, Fran, Julián, Iván piense algo así: «Si una vez me encuentro con un hombre que no se compromete más allá, vale, será porque no tiene las capacidades para hacerlo, pero ya si me ha pasado con los últimos cuatro novios, entonces igual es porque yo tengo un fallo que hace que ellos, pudiendo, no se quieran comprometer conmigo». Todos hemos pensado alguna vez así, y probablemente con acierto, cuando un amigo no aguanta en los trabajos o cuando acaba discutiendo y rompiendo con todos los

grupos con los que se relaciona. Probablemente hemos pensado: «Igual se lo tiene que hacer mirar, porque que le pase una vez vale, nos puede pasar a todos, pero que le pase siempre… igual esto ya tiene que ver con él». Sí, cierto es que todos tenemos un amigo que es perezoso e incapaz de sostener el esfuerzo y, por eso, no pasa el periodo de prueba de los trabajos casi nunca. O que es un poco faltón e irrespetuoso, por lo que la gente se harta de él. Esto es un hecho. Pero también existe otra realidad que puede verse enmascarada porque exista este fenómeno, y es la que venimos exponiendo: el machismo genera muchos hombres incapaces de asumir su responsabilidad afectiva en las relaciones sentimentales. Esto hace que repetidas veces una mujer pueda encontrarse con que la relación «fracasa» o con que «es despedida» de la misma «aunque sea una buena trabajadora». Normalmente cuando esto pasa se asimila a lo que sucede con nuestro amigo el vago. Se explica desde que la mujer falla, desde que es defectuosa en algo porque si no… «no le pasaría siempre». La propia mujer lo puede analizar así. Esto le lleva a que, sin ser ella la causa de que siempre acaben mal sus relaciones, concluya que no consigue el éxito por su culpa. De nuevo porque ella falla o es insuficiente. El machismo asegura que la mujer «fracase», que, muchas veces, si quiere algo más profundo sea rechazada, y que, por tanto, piense sobre sí misma como normalmente se piensa de alguien que siempre fracasa en una empresa. El patriarcado se asegura, así, una erosión en la autoestima de las mujeres porque las lleva a asumir que ellas son responsables de un fracaso que no han producido. Porque normalmente cuando se fracasa repetidamente es por culpa de uno. Afortunadamente, hay muchos hombres fantásticos y competentes para dar relaciones sanas y profundas. Pero el patriarcado hace que sean muchos los que no poseen estas capacidades y los que no prestigien tanto vivir en pareja. Por no hablar de que el capitalismo cada vez nos hace a todos y todas un poquito más individualistas. Y el patriarcado hace también que si un hombre se propone tener una relación sentimental con una mujer que lo considere un compañero, que quiera construir con él un nosotros y que quiera vivir un porcentaje de su vida compartido con él de manera ecuánime, le sea inmensamente más fácil que a una mujer. ¿Porque las mujeres somos distintas que los hombres? Rotundamente NO. Porque nos educan y nos socializan para que hacer esto nos guste, nos

apetezca, lo prestigiemos y además nos dan un trato que permite que desarrollemos las capacidades para poder llevar a cabo esta empresa del amor.

Volvamos al sufrimiento de las mujeres cuando encadenan este tipo de relaciones. Cuando se llega a tener claro que no es culpa de una que ese hombre no nos haya dado una relación de mayor calidad, a veces aparece un nuevo sufrimiento. Este se basa en pensar: «Tengo claro que si doy con un hombre capaz de amar mejor podré conseguir una buena relación, pero tengo un problema porque no soy capaz de dar con este tipo de hombres, en que siempre doy con los que son como Juan, Fran, Julián e Iván». En estos casos el antídoto es el siguiente. Hay que ayudar a la mujer en cuestión a que se dé cuenta de que no es ella la que tiene un imán que hace que se encuentre siempre con un hombre inadecuado. El problema es que hay muchos, y entonces la probabilidad de que encuentre uno que si se pueda comprometer es muy baja, y muy alta la de encontrarnos con los que no se comprometen. A veces las mujeres en terapia me han dicho: «Pero otras mujeres si los han encontrado y pronto, a la primera o segunda, y yo no, entonces de nuevo el problema está en mí». Ya sabemos que el patriarcado, desde el pecado original, nos bombardea con culpas diversas para que instalemos en nuestro cerebro una manera de pensar que establezca que todo es culpa nuestra. Para eliminar este sufrimiento hay que tener claro que lo que es cuestión de azar y probabilidad es eso, cuestión de azar. «Si a otras personas les toca la lotería entonces es posible que me toque, el problema está en mí, que no soy capaz de hacer lo que lleva a que te toque la lotería». No haríamos este razonamiento con la lotería, ¿no? Pues eso. En todo caso, para aumentar las probabilidades lo que hay que hacer es comprar más papeletas. En lo que al amor se refiere para tener más probabilidades de encontrar a un hombre con capacidades para dar una relación de calidad hay que hacer dos cosas. La primera: tener muchas relaciones. Y la segunda salir de ellas cuando no nos den lo que andamos buscando. Hacer lo que hace Casandra, no perder el tiempo en relaciones que no nos van a dar lo que merecemos y lo que estamos buscando.

A veces sucede, no que Casandra rompe, sino que a Casandra la dejan. O bien cuando ella pide más compromiso, o bien cuando su pareja interpreta que le va a pedir más compromiso del que está

dispuesto a dar. Obviamente, cuando una es dejada el sufrimiento es mayor, pero los antídotos que aplicar son los mismos que hemos recogido en este capítulo.

¿Final feliz?

El cuento tiene un final feliz, se sugiere que Casandra encuentra una pareja que es capaz de dar lo mismo que ella en la relación. No siempre pasa esto, no es imposible, pero no siempre pasa. Quisiera huir completamente de planteamientos, en mi opinión, muy dañinos, que abundan en las redes sociales defendiendo que, si consigues quererte a ti misma y estar segura de lo que vales, esto, mágicamente, va a hacer que consigas al príncipe azul. No estoy en absoluto de acuerdo y no quisiera que el final feliz del cuento indujera a pensar de este modo. Quererse a una misma por supuesto facilita poder salir de relaciones que no son de calidad, pero no garantiza encontrar una de calidad. Casi todas las personas que encuentran una pareja de calidad no perdieron el tiempo con parejas inadecuadas. Claro que una condición necesaria para encontrar una buena relación es empoderarnos, porque esto hará que no nos quedemos en relaciones de poca calidad y sin posibilidad entonces de encontrar una pareja adecuada. Pero no es suficiente ni es la garantía irrefutable de que va a llegar mañana esa pareja que merece la pena. Algo que, además, reforzaría pensar erróneamente que, si no ha llegado esa pareja, es porque nosotras no nos queremos ni nos valoramos lo suficiente. Es decir, de nuevo porque nosotras estamos fallando. ¡¡¡No!!! Lo que está en nuestra mano y bajo nuestro control es darnos valor, darnos muchas oportunidades, salir de las relaciones que nos hacen perder el tiempo y nos limitan tener más posibilidades de conocer a alguien majo y hasta ahí podemos leer. Para conseguir una buena pareja, hay otras muchas cuestiones que tienen que ver con el azar y, por tanto, no están en nuestra mano, de esas no nos vamos a responsabilizar.



La lavandería de los corazones rotos

Fuera del apartamento de Alan, la lluvia había pintado el cielo y las nubes de un gris oscuro y profundo. Dentro, algunos rayos de sol rompían contra los lujosos muebles haciéndolos más bonitos y misteriosos. La privilegiada ubicación de la casa le robaba luz a la ciudad incluso en los días más nublados.

Esa había sido siempre la tónica de su vida: tenerlo todo, conseguir lo mejor gracias a los privilegios que el destino otorga a quien nace en una familia de clase alta. Sin embargo, la cómoda situada bajo una de las ventanas del dormitorio resultaba una anomalía en la elegancia del apartamento y de su dueño. Los cajones abiertos, con ropa asomando de alguno de ellos, parecían mostrar angustias y desvelos. Alan, sentado en el borde de la cama, frente a aquel pequeño desastre de diseño y lujo, se sujetaba la cara con las manos. En un rato tomaría su bolsa de golf, sacaría todos los palos, los escondería en el fondo del armario y, en su lugar, metería toda la ropa que cupiese. Tras el intercambio, se vestiría y se pondría un perfume caro, como si fuera al club a hacer algunos hoyos. Conduciría hasta una parada de metro lo suficientemente lejana como para que nadie pudiera reconocerlo. Se subiría a un vagón que lo llevaría a su destino convertido en un hombre completamente anónimo. Nada detestaba tanto como adquirir esa condición, pero era necesario hacerlo. Su secreto debía mantenerse al

margen de Brooklyn y Manhattan, lejos de los escenarios en los que representaba su vida.

La operación le salió bastante bien. Esa tarde, la lavandería estaba extrañamente vacía; tal vez porque era domingo. Normalmente iba los sábados. El tiempo pasó mucho más rápido que los días en los que no quedaba libre ni uno de los duros asientos de plástico. Giraba al mismo ritmo agitado de las lavadoras.

Alan observaba su ropa, envuelta en espuma, dar vueltas dentro de aquellas inmensas máquinas. El olor a jabón se hacía cada vez más intenso, hasta inundar la pequeña sala en la que solo estaban él y dos desconocidos, absortos en sus móviles. Si todo transcurría como esperaba, su ropa atraparía aquel olor y lo conservaría hasta el momento de ponérsela.

Ya de vuelta en su edificio, aparcó el coche en el garaje y cogió el ascensor. Las puertas se abrieron en la planta baja. No contaba con eso. Pensaba poder subir directamente hasta su piso, en la undécima planta. La cara bronceada y brillante de uno de sus vecinos, socio de su mismo club de golf, apareció frente a él.

—Buenas tardes, Tom —lo saludó con agilidad y amabilidad, a pesar de la sorpresa.

—Buenas tardes, Alan. ¿Has ido al club? —preguntó el vecino.

La pregunta lo desconcertó. Le atenazó el miedo a que se notara que su bolsa contenía ropa en lugar de palos de golf. Tragó saliva y respiró hondo; tiempo suficiente para que el vecino se apropiara de su turno de palabra.

—Estuve toda la tarde allí y no te vi…

—¡Ah! ¡No, claro! No me viste porque no fui. Mi madre me llamó cuando estaba a punto de llegar al club para decirme que no se encontraba bien y me di la vuelta para ir a visitarla. Ha cogido la gripe y está con mucha fiebre.

Las puertas se abrieron en la planta de su vecino.

—Vaya, qué mala suerte. Que se mejore tu madre. Por cierto, ya me dirás qué perfume usas: hueles a ropa limpia —alcanzó a decir mientras salía, justo antes de que el ascensor se cerrara y siguiera subiendo.

Esa noche, Alan no lograba quedarse dormido. El vecino había estado cerca de descubrirlo. La coartada del golf ya no le servía. Su

desesperada necesidad de lavar la ropa en aquellas máquinas industriales no podía terminar manchando su distinguida imagen.

En una de las vueltas por la cama recordó el último regalo que le hizo Sofía, su expareja: la funda para su guitarra. Eran las tres de la madrugada. Se levantó y fue a buscarla al armario en el que la tenía olvidada. Allí estaba. Nunca le gustó mucho; le resultaba un poco extravagante, con aquel color azul eléctrico y el asa amarilla. Sacó la guitarra. Quería calcular cuánta ropa podría caber dentro de la funda. Comprobó que le valía para su objetivo. Guardó de nuevo la guitarra en el armario y se llevó la funda a su habitación. La dejó tirada, entreabierta, en el suelo, al lado de la cómoda, y se volvió a meter en la cama.

Los tumbos que había dado minutos antes habían centrifugado su memoria y, de pronto, le vinieron recuerdos de lo vivido con Sofía durante los tres años que duró su relación.

—¿Esta mañana, que tienes libre, podrías acercarme en moto a la oficina de inmigración? En metro tardo una hora y media…

—No, esta mañana necesito descansar, *baby*. He tenido demasiado trabajo en las últimas semanas; seguro que lo entiendes. Te va bien hacerte con los transportes de la ciudad.

Hasta ese momento, en los nueve meses que llevaban separados, no había pensado en ella. Sofía lo había dejado definitivamente al poco tiempo de regalarle aquella funda. En aquella ocasión, Alan lo tuvo claro: al contrario que en la primera ruptura, no iba a luchar por la relación. Sabía que intentar convencerla, de nuevo, de que lo perdonara era inútil.

La primera vez que Sofía lo dejó fue al poco de haberla persuadido para que se instalara con él en Nueva York. Llevaban un año de relación en España cuando ella aceptó la propuesta: hizo las maletas y dejó su trabajo de fotógrafa en Madrid. Accedió porque Alan, utilizando la mejor versión de sí mismo, le mostró que la apoyaría en todo lo que fuera necesario para que pudiera adaptarse a la gran ciudad. Sin embargo, una vez conseguido su deseo de tenerla allí, la abandonó a su suerte burocrática. La desatendió en eso y en casi todo lo demás.

A Alan le gustaba escucharse a sí mismo aun estando medio dormido. Ni el sueño impedía que venerara sus pensamientos. Tampoco podía evitar clavar la mirada en cualquier espejo que lo reflejara.

Demasiados «podrías». Sofía, nunca llegaste a *entender*. Fueron demasiados «¿podrías hacer esto por mí?», o esto otro, o aquello. No te conformaste con que te hubiera elegido a ti. Con que te dijese que te amaba. Yo te di muchas cosas que deseabas. Aun así, querías más. Cuando me dejaste la primera vez, ya habías solucionado tu situación legal y no estabas contenta. No parabas de decirme que en los nueve meses que llevabas en Nueva York, no te había hecho hueco en mi vida, sino que te forzaba a seguirme. Rompiste conmigo y te marchaste a España a apoyar a tu amiga Ana, porque Luis la había dejado justo después de regresar de un viaje a Marruecos. Me llamaste insensible por no entender que, para ella, por ser mujer, era mucho más que una ruptura. La verdad es que nunca entendí bien a qué te referías con eso.

Estuve dos meses detrás de ti. No paré de insistirte en que volviéramos. Bueno… siempre he luchado para que estemos juntos. No he parado de decirte que eras mi *baby*, que eras tú, que quería que tuviéramos algo muy especial entre nosotros para apoyarnos y cuidarnos.

Finalmente volvimos, sí. Pensé entonces que verías el valor de todo eso y dejarías de pedirme cosas. Pero no lo hiciste. Seguiste demandando más y más. No te cansaste de insistir en que tuviéramos un proyecto de vida más compartido.

No te conformaste con lo que yo te decía que significabas para mí, para quedarte tranquila mientras yo atendía mi vida. No; no te sirvió y me dejaste. Y yo ya no te insistí más. Sé que podría hacer que volvieras conmigo, pero, una vez juntos de nuevo, no me perdonarías mi estilo de vida. Seguirías pidiéndome que estuviera más para ti y para la pareja, así que ¿qué sentido tenía insistirte más?

Después de la ruptura me quedé en paz. Ya no más exigencias, creía. Ahora te molesta que yo no esté triste o afectado por la ruptura. Tu última petición es que no parezca que me es indiferente que ya no estemos juntos; que me ponga más triste.

Pues no. Estoy bien. Estoy disfrutando de todo lo bueno que tengo. Tú dices que tienes claro que no quieres volver, pero que, aun así, te duele la ruptura porque me has querido mucho. ¿Sabes qué, Sofía? Te pone triste que no haya podido salir bien lo nuestro porque miras hacia atrás. Yo estoy bien porque miro hacia delante. Cuando el amor se rompe, no hay que mirar hacia atrás.

Tras ese rato con sus pensamientos, decidió esforzarse por dormir. Antes fue al baño y, al regresar a la cama, vio la funda. Se dio cuenta de que la había dejado abierta y tirada de cualquier manera. La cerró y la colocó bien sobre el sofá de la habitación. Volvió a la cama. Se quedó dormido.

Su semana empezó con ropa limpia y fragante. Eso le hacía sentirse bien consigo mismo y tranquilo. Durante los últimos nueve meses, cada día había seguido la misma rutina: se despertaba temprano, en pijama, se tomaba un café disfrutando de las espectaculares vistas de Manhattan desde su cocina y se duchaba. Al salir, comprobaba que su ropa seguía oliendo bien, que conservaba el aroma del jabón de la lavandería.

Después empezaba su frenesí de reuniones con artistas, discográficas, diseñadores, especialistas en moda y tendencias… hasta que le daba el atardecer en su oficina. En ese momento se marchaba a seguir haciendo prácticamente lo mismo, pero en bares de moda, restaurantes caros y discotecas ultramodernas. A final de semana, o en algún momento del fin de semana, llevaba la ropa a la lavandería. Después del susto con el vecino, ahora escondería su ropa en la funda de la guitarra.

La mañana del domingo, cruzó la puerta de la lavandería. Era el primer fin de semana de octubre. Tenía las monedas preparadas en el bolsillo para poner en marcha el rumor familiar de la que ya era su lavadora preferida. Abrió la funda de la guitarra frente a ella y, envuelto en la tranquilidad del anonimato, metió lentamente y con cuidado su ropa.

Una chica, tras él, sentada en uno de los incómodos asientos frente a su lavadora, lo contemplaba intrigada. Esa reacción instintiva que nos gira hacia quien nos observa, aunque no lo veamos, lo obligó a mirarla. Vio a una mujer, un poco más joven que él, de belleza imposible. Su pelo, una nube de rizos rubios peinados a lo afro, parecía haber absorbido la luz del sol. Enmarcaba un rostro de una elegancia casi salvaje. Su piel mulata, los pómulos grandes y los labios rosados parecían conocer el atractivo de la sonrisa que se escondía bajo ellos. Su mirada, azul turquesa, brillaba con destellos de espuma de mar. Vestía una sencilla camiseta blanca y unos vaqueros desgastados que terminaban en unas sobrias zapatillas de deporte.

—Hola —saludó Alan a la chica al comprobar que le estaba mirando.

—Hola —le respondió ella, sin alterarse por haber sido descubierta observándolo. —Cuando termines, puedes sentarte aquí conmigo y contarme qué estás haciendo mientras esperamos la colada —dijo con el desparpajo de quien siente que el lugar le pertenece mucho más que a aquel al que se dirige.

—Esto tiene una explicación —respondió Alan, ligeramente avergonzado.

—«No quieres que tu entorno sepa que lavas la ropa en una lavandería» se llama la película, ¿verdad? —continuó, simpática.

—No te he visto antes por aquí. ¿Sueles venir mucho? —preguntó Alan, intentando cambiar de tema.

—Siempre vengo los lunes a mediodía, pero mañana no puedo, tengo una sesión de fotos y por eso he tenido que venir hoy. Me llamo Eliany, ¿y tú?

—Alan. No es común ver a una persona negra con el pelo rubio natural y esos ojos increíbles que tienes.

—Mi padre es holandés y mi madre, cubana.

—Eso lo explica todo.

—Pero… creo que donde llevas tú la ropa es menos común que mi pelo —remató ella, con una media sonrisa.

Nunca le costó abrir su corazón a una chica especialmente bonita y atractiva. No le suponía un problema ni un peligro, porque después lo cerraba herméticamente. Pensaba que, para ganarse su confianza, bastaba con hacerla sentir especial ofreciéndole una confesión extremadamente íntima. Así conseguía engancharla a esa sensación de importancia.

Alan no ofrecía complicidad ni buscaba construir algo compartido. Seducía a la chica que le gustaba haciéndole creer, con trucos de trilero, que era una diosa para él. De este modo, la mantenía colmada y entretenida mientras él no entregaba nada. En algunos casos incluso lograba que la chica se sintiera en deuda, dejando caer que recibir una admiración así, de un hombre tan guapo, interesante y rico, estaba más allá de sus posibilidades.

—Tengo un gran problema con mi ropa. Me está desquiciando porque no puedo entenderlo. Después de que la asistenta la haya lavado y planchado, estando bien limpia, cuando voy a ponérmela empieza a oler

mal. No sé qué pasa con mis camisetas guardadas limpias en la cómoda, con mis pantalones metidos recién planchados en el armario. Cuando los saco con la intención de ponérmelos, empiezan a transmitir olores raros. Por este motivo decidí empezar a lavar aquí la ropa.

—Pero… ¿realmente tu ropa limpia huele mal? ¿No será que tú tienes alguna alteración perceptiva que te lleva a olerla así, aunque no tenga mal olor? —preguntó Eliany.

—¿Qué insinúas, que mi cerebro produce el problema?

—Y… cuando lavas la ropa aquí, en la lavandería, ¿esto no pasa?

—No. Por eso vengo aquí. Cuando lavo la ropa aquí, huele bien toda la semana. Es como si la lavandería eliminara el efecto que genera la lavadora de mi casa, o mis muebles, o mi casa… o yo qué sé.

—Pero ¿por qué llevas tu carísima ropa escondida en la funda de una guitarra?

—Tú lo has dicho antes. Yo me muevo en ambientes muy exclusivos. Además, me dedico al mundo de la publicidad. Sería una vergüenza que la gente de mi entorno supiera que lavo la ropa en la lavandería de un barrio… —Paró antes de decir *pobre*, pero Eliany escuchó la palabra.

—Ellos piensan que salgo a clases de guitarra, no a lavar la ropa.

—¿Y la chica que limpia en tu casa no puede traer la ropa aquí?

—Ya lo he probado. No funciona, solo deja de oler cuando la traigo yo.

—¿Tú te sientes bien, Alan? —preguntó ella, de pronto, con otra seriedad en la voz.

—Sí, yo me siento muy bien. Soy una de esas personas de las que se puede decir que han alcanzado el éxito. Que han triunfado en la vida, vaya. ¿Por qué lo dices?

—Totalmente opuesta a las personas que venimos aquí a lavar la ropa, ¿no?

—No sé si opuesta, pero digamos que no me parezco mucho. Pero tú pareces distinta.

—Lo que te pasa me recuerda a los problemas psicosomáticos que sufren algunas personas que no expresan sus emociones negativas. A veces ni siquiera las sienten, porque bloquean por completo el contacto con su tristeza, su culpa o su enfado.

—¿Qué se supone que les pasa a esas personas? ¿Y qué tiene que ver conmigo?

—Que tienen, por ejemplo, culpa, pero no se permiten sentirla, o no son capaces de hacerlo. Esto los lleva a no poder expresarla y, por tanto, a no liberarla. Si no lo hacen, se les queda en el cuerpo el componente fisiológico de esa emoción… o en el cerebro, más bien, o, bueno, en los dos lados. Ese exceso de energía que no debería estar ahí les causa un problema físico real. Puede que tú te sientas mal con algo, pero no lo percibas, y entonces ese malestar te cause sensaciones olfativas raras. Eso, o que tengas algún problema cerebral, como la gente que oye música cuando nada está sonando. Igual deberías ir al neurólogo en lugar de a la lavandería.

—Oye, ¿y tú cómo sabes tanto de estos temas?

—Estoy estudiando psicología.

—Ah. Qué interesante…

—No solo las personas como tú, y de tu ambiente, estudian —dijo, bromeando.

—Sí, claro, ya lo sé. Igual que los hombres de éxito como yo también lavamos la ropa en la lavandería.

—En serio, creo que deberías ir al neurólogo y, si todo está bien, entonces al psicólogo. Algo te pasa si percibes un mal olor en algo que no huele, que está limpio. El dinero, si reprimes tus emociones, no te va a librar de problemas.

—Lo que estaría bien es que nos tomáramos un café algún día tú y yo. O que me dejaras invitarte a alguno de mis restaurantes favoritos.

—Uf… lo siento, pero no puedo. ¿Sabes qué pasa? Que ahora tengo entre manos un objetivo, para mí, mucho más grande que ligar o tener una cita. Estudio psicología, pero mi verdadera pasión es la danza. Entre la carrera y el baile, no tengo tiempo para mucho más. Creo que acaba de pitar la secadora en la que está mi ropa; ya la tengo lista.

—¿No podrías sacar ni un rato una noche para darnos una vuelta? No encuentro a nadie con quien me sienta tan bien como para poder hablar de esto tan íntimo…

—Déjalo, Alan. Yo nunca me enamoraría de un hombre como tú. Además, ahora estoy enamorada de mis proyectos; no tengo espacio para más. No malgastes tu tiempo, aunque te sobre. Voy a recoger mi ropa, que ya está. Y hazme caso, ve a un profesional. Será más caro solucionar el problema de ese modo que en la lavandería, pero tienes dinero para pagarlo.

No se volvieron a ver.

Eliany regresó a los lunes de lavar su ropa sudada del baile, empapada de sueños. Esas máquinas gigantes quitaban, de cada prenda, el cansancio por tantas horas de ensayo, las lágrimas por las caídas y un miedo que no se permitía mostrar. A veces le gustaba imaginar que el ruido del centrifugado eran los aplausos que recibiría algún día. Se inventaba que el vapor con olor a jabón, que llenaba el aire de la lavandería, era el vaho de unos calurosos camerinos. Para ella no olía a detergente, olía a escenario. Lavaba su ropa y también la memoria de su madre, que había sido bailarina en el Ballet Nacional de Cuba y a la que había prometido que, algún día, haría girar de nuevo su apellido sobre las tablas.

A la mañana siguiente, Alan salió de casa inusualmente temprano. Tenía mucho trabajo y necesitaba arañar horas a su jornada habitual para que le diera tiempo a preparar las reuniones, entrevistas y comidas de trabajo que tenía programadas para esa semana. También necesitaba un tiempo extra para alejarse de todo lo que Eliany le había dicho el día anterior. Solía borrar los acontecimientos no deseados del pasado ensimismándose en el trabajo.

Pulsó el botón para llamar al ascensor. Las puertas se abrieron; entró rápido. A mitad de camino, el ascensor se paró. Se abrieron las puertas y entró el vecino que había estado a punto de descubrir, hacía ya un mes, su falsa visita al club de golf.

—Buenos días —pronunció el vecino, sin haberse quitado aún el sueño de la mirada.

—Buenos días —respondió Alan.

Silencio.

Alan se miraba los zapatos. Mientras hacía malabarismos para conseguir intimidad en el escaso metro cuadrado que compartían, percibió que su vecino llevaba algo muy voluminoso a la espalda. Levantó la mirada e intentó, disimuladamente, verlo mejor: era una bolsa de deporte con aspecto de estar exageradamente llena. El vecino se percató de que la visión periférica de Alan estaba perimetrando su bolsa. El ascensor llegó a la planta baja en la que ambos saldrían.

—Tu ropa huele siempre extraordinariamente bien. Me gustaría conseguir lo mismo… —Alan volvió a quedarse fuera de juego. —Que

tengas un buen día —se despidió el vecino, mientras se marchaba apresuradamente.

—Adiós, buen día —susurró Alan, descolocado.

Rumbo a su oficina, a esa hora tan temprana en la que no solía estar en la calle, descubrió que muchos hombres trajeados, camino a sus exclusivos trabajos, llevaban bolsas de deporte exageradamente abultadas. 💔

Reflexiones: «La lavandería de los corazones rotos»

La independencia es un logro, pero también una prueba de fuego.
SIMONE DE BEAUVOIR

¿Autonomía o independencia?

Sofía y Eliany, inicialmente, mantienen posiciones ante la vida bastante distintas. Eliany tiene muy claro que quiere alcanzar dos objetivos: terminar la carrera de psicología y poder dedicarse, de manera profesional, a la danza. Para ella es muy importante conseguirlos. Lo desea con más fuerza que tener experiencias románticas o sexuales con un hombre. Sofía deja su vida en Madrid, sus amigos, sus proyectos y los sueños que tenía allí por estar con su pareja. La noche que Alan busca la funda de la guitarra, recuerda que ella le pedía que hicieran un proyecto de vida compartido. Le viene a la cabeza cómo ella le demandaba que su vida no consistiera en tener que seguirle, para acabar comprobando que no tenía hueco en sus planes. Sofía tiene como objetivo construir una vida con Alan, es lo que más desea en el momento que decide irse a Nueva York. Cuando llega a Nueva York, obviamente, necesita algo de ayuda para conocer cómo funciona todo, para hacer ciertos trámites indispensables, etcétera. Alan no se la presta. Ella termina adaptándose a la ciudad sola. Hace todo por sí misma: amigos, buscar trabajo, aprender a moverse por metro, calles y autobuses. Sin duda podemos establecer que Sofía muestra un nivel muy alto de independencia porque tiene la capacidad de hacer todo esto de forma individual, ella sola. Sofía es muy independiente en Nueva York. Otra cosa diferente es que muestre el mismo nivel de autonomía. Según el diccionario de la Real Academia Española, autonomía es: «Condición de quien, para ciertas cosas, no depende de nadie». Desear es una manera de actuar. Eliany desea sin depender de nadie y libremente. ¿Por qué? Porque desea y establece sus objetivos ella sola.

Porque quiere dedicarse a hacer cosas para sí misma, no para ser para otros o con otros. Porque desea sin la influencia de los mensajes patriarcales que nos muestran a las mujeres y a veces convencen de que lo correcto para nosotras es ser para otros. Si nos cala este mensaje acabaremos disfrutando más de definir nuestra vida en torno a la pareja que de definir nuestra vida en torno a nosotras mismas y crear nuestros propios planes. A Eliany no le ha calado, podríamos decir que tiene mucha autonomía. Creo que sería interesante que todas hiciéramos la siguiente reflexión. Cuando deseamos tener una pareja, sobre todo una pareja estable con la que formar una familia, ¿hasta qué punto ese deseo es por verdadera apetencia o porque hemos asimilado los valores patriarcales? Y los hombres creo que estaría bien que hicieran esta otra: cuando estoy minimizando la importancia de una pareja en mi vida o cuando estoy presentando rechazo extremo al compromiso o angustia ante el mismo, ¿hasta qué punto esto se produce porque he asimilado de un modo muy profundo los valores patriarcales? Puesto que, al contrario que en las mujeres, uno de los imperativos culturales que configura la masculinidad está constituido por la autonomía emocional. A pesar de esto, también encontramos hombres dependientes. Hombres que tienen muy claras sus propias metas individuales, que no giran en torno a la pareja, pero que necesitan tener a alguien que mire como las llevan a cabo. Y, en los casos más extremos, que les admire en ese proceso de consecución de las mismas.

Mejor pensar en autonomía emocional que en dependencia

Es frecuente que analicemos las dificultades que la influencia patriarcal causa a las mujeres centrándonos en la dependencia que genera, en lo que nos limita, etcétera. Creo que es mucho más interesante pensar en lo que podemos alcanzar. Por eso creo que es necesario introducir en nuestras reflexiones el concepto de autonomía. Alejandra Buggs, psicoterapeuta humanista-existencial, define el concepto autonomía emocional como esa capacidad de pensar, sentir, decidir por una misma

y asumir las consecuencias de esas decisiones. Para Buggs, una persona autónoma emocional tiene lo que ella denomina «autoridad de referencia»; es decir, no necesita que otros le digan qué sentir o qué elegir porque confía en su propio criterio interior para definir lo que quiere. Otro concepto muy interesante de esta autora, al que regresaré en el último capítulo, es el de autoeficacia emocional. Ella lo define como la capacidad para decidir conscientemente qué emoción se quiere experimentar y para asumir las consecuencias de nuestras decisiones emocionales. Conviene tener presente que todas las personas estamos socializadas dentro del patriarcado y, por tanto, nuestra actuación no va a ser nunca libre del todo, algo estará influida por sus mandatos, además de por otros específicos de nuestra cultura y momento histórico. Otra cosa es que esa influencia sea extrema y nos quite casi al completo la autonomía. Por este motivo es necesario hacer una revisión consciente de cuánto hay del patriarcado en mi pensamiento, en mi deseo y en mi comportamiento.

Crear un proyecto de pareja es, sin duda, también algo maravilloso cuando es de calidad. Y, desde luego, crear planes compartidos con otras personas, amigas, compañeras, amigos, etcétera, también lo es. Y lo es en una dimensión tan relevante como la pareja, no de segunda, como el patriarcado también nos trata de hacer de creer. Tan amor de nuestra vida puede ser una/s amiga/s, un/os amigo/s como una profesión, una afición, un activismo, etcétera. Lo problemático sería que crear una pareja fuera el único aliciente en nuestra vida porque, al menos, es necesario tener, primero, el aliciente de cuidar de nosotras mismas y de nuestro bienestar. No por egoísmo ni por un enfoque individualista, que, sin duda, no es la manera plenamente humana de transitar este mundo, sino por responsabilidad. No es maduro depositar nuestro bienestar ni en encontrar una pareja ni en otra persona. Cada persona es responsable de vivir su propia vida y, como no somos omnipotentes, de pedir ayuda, en los múltiples momentos en los que la necesitemos. No se trata de hacer las cosas solas, sino por nosotras mismas. La segunda cuestión problemática tiene que ver con la conjunción que utilizamos para conjugar tener una pareja, o no tenerla, al resto de nuestros proyectos. Mi consejo es cambiemos el «pero» por el «y». No creo que lo adecuado sea el planteamiento, tengo amigas, sí, tengo un trabajo que me gusta, pero no tengo pareja. Porque

este «pero» indica que sin la pareja el resto no tiene todo su valor. Sino «tengo muchas cosas que me llenan, que me realizan y también tengo una pareja» o «y también me gustaría tener una pareja».

¿Qué le pasa a Alan? ¿Qué le pasó a Luis?

Hemos hablado de las protagonistas femeninas del cuento, pasemos a hablar un poco de Alan. Alan encarna a la perfección un tipo de hombre que, como se explicó en la reflexión del capítulo «El final del cielo», es patriarcalmente emocional. Alan tiene un discurso afectivo que usa para convencer a Sofía de que acepte irse a vivir a Nueva York con él. Una vez lo ha conseguido no tiene más interés de mantenerlo ni de cumplirlo. Lo vuelve a usar para convencer a Sofía de que regrese con él la primera vez que le deja, no porque quiera cumplir lo que le promete, sino porque quiere que vuelva con él y sabe que la única manera de conseguirlo es decirle todo esto. Cuando Sofía le deja la segunda vez, como sabe que ya no hay argumento que consiga convencerla, desiste de volver a la carga con su discurso. Alan cumple otro de los mandatos patriarcales para los hombres. Es una persona inaccesible emocionalmente. No le cuenta a Sofía la realidad de sus intenciones, motivaciones, etcétera. Esto fuerza que ella tenga que hacer un esfuerzo emocional y cognitivo extra para descifrarle, para entender su comportamiento, para averiguar qué es lo que realmente quiere y va a hacer. Esta es una forma de hacer que la relación de pareja tenga un desequilibrio de poder a su favor. Se dice que la información es poder. Pues este es un ejemplo. Alan tiene más poder que Sofía porque tiene más información que ella. Y, además, porque, con esto, la fuerza a que tenga que realizar más trabajo emocional para averiguar sobre él. Un trabajo que él no tiene que hacer porque ella sí resulta accesible y que la lleva a disponer de menos recursos mentales disponibles para ella. Esta inaccesibilidad establece, por tanto, una relación de poder y supone una forma de sumisión. Siempre le explico a mis pacientes que una forma de romper con la sumisión es —cuidado, siempre que esto no entrañe un peligro para nuestra integridad física o psicológica—, confiar en la pareja (cuando hemos comprobado que es una persona

real que existe, cuidado con las estafas virtuales románticas, que son para escribir otro libro, y, lamentablemente, cada vez más frecuentes). Sofía hace esto muy bien, confía en el discurso afectivo de Alan cuando ya son una pareja consolidada. Y ¿por qué esto rompe con el desequilibrio de poder? Porque es la única manera de tener acceso a la información. Si Alan, como es el caso, estaba mintiendo y no era real que estuviera dispuesto a hacer lo que prometía, al confiar en él, se descubre la verdad. Se puede comprobar cuál es su intención real. En este caso, sucede que Alan miente. A partir de ese momento, Sofía sabe objetivamente qué puede esperar de él. Tiene una información fehaciente con la que tomar sus decisiones. Cuando una persona no merece la pena, que nos vaya bien con ella es poder conocer, cuanto antes, cómo es esta persona, en lugar de desgastarnos descifrando qué habrá dentro de ella. A veces confiar es pedir algo que necesitemos, o algo importante para comprobar qué es lo que realmente la persona hace, no lo que dice. Si Alan no hubiera estado mintiendo, también hubiera salido bien confiar en él. En el caso de Eliany, ella está protegida de una manera diferente. En su caso, la protección necesaria es para no caer en sus juegos de trilero. Alan trata de generarle la siguiente sensación: «Qué especial me tiene que considerar para contarme solo a mí sus intimidades más profundas». Trata de engancharla con el regalo, envenenado, que supone sentir: «Puedo ser así de importante para un hombre como él». Como gran parte de la investigación feminista ha puesto de relieve, lo que la protege es tener, una fuerte autonomía emocional. La protege porque ella ya tiene algo muy especial, sus objetivos personales. Ella ya se siente especial por realizarlos o intentarlos. No necesita que un hombre se lo ofrezca a través de ponerle la zanahoria de un amor sacado de los mitos románticos. En su caso, sus objetivos son tan especiales que lo que le pueda ofrecer Alan es un humo muy mediocre. Unas simples palabras o promesas no pueden ganar a una realidad tan contundente como trabajar por sus sueños. Además, la autonomía emocional nos protege de relaciones no igualitarias o abusivas, porque nos facilita salir de ellas si ya estamos dentro de una. Si tenemos objetivos personales que nos llenan, que nos nutren, que nos dan sentido, no será tan doloroso romper una relación. No me importa tanto que tú no me quieras bien si tengo algo que me ilusiona y que me llena. Me da igual que tú no me

quieras porque tengo otras cosas que me dan felicidad, no solo me la das tú, y tú no me das necesariamente la mejor. Ahora, si para mí lo que me da sentido es tener una relación, tenderemos a seguir en ella, aunque no sea satisfactoria porque puede dolernos más romperla que seguir en ella. Necesito seguir en ella para tener mi aliciente vital. Y esto nos lleva a hablar de lo que pasó con Luis. En este relato se nos desvela. Sofía, estando en Nueva York, hace un viaje a España para consolar a Ana. Luis finalmente usó los privilegios que el patriarcado le puso en el camino y la dejó por su compañera más joven. La dejó por una nueva «Ana de treinta años». La ruptura para Ana será dura, pero le dolerá menos si a ella le ilusionan los viajes, disfrutar con sus amigas, su trabajo. Las penas duelen menos tomando un té a la menta en un *spa* en Fez. Moraleja, buscad entusiasmos potentes en vuestras vidas para que las rupturas os hieran menos.

Los hombres y el desamor

Y, por último, el personaje de Alan nos permite hacer la última reflexión: ¿cómo afrontan los hombres el desamor si no pueden expresar su dolor? A Alan, la ruptura, por mucho que parezca que no, algo de malestar le habrá generado, aunque solo sea por no conseguir su objetivo de convencer a Sofía de estar a su lado mirándolo. Otra cosa es que, si no se permite entrar en contacto con lo que siente, no puede hacerse consciente de que tiene este dolor. Aparentemente sufrirá menos. Si no entra en contacto con su sufrimiento, no lo sentirá, pero, como se ha querido explicar con la metáfora de la ropa que huele mal, nunca podrá eliminar un malestar que se niega a aceptar que tiene. Por tanto, nunca podrá estar bien del todo. El corazón de Alan y los hombres como él se convierte en un vertedero de tristezas que, el ser aplastadas y tapadas con éxito, no impide que se pudran. El patriarcado también somete a los hombres, en este caso limitando lo que pueden sentir, al impedirles entrar en contacto con lo que sienten.



Desconocidos

Conocí a Salma en el rellano entre su casa y la mía. Yo subía por la escalera cuando me la encontré, llorando desconsolada, como si todo en su interior estuviera destruido, mientras metía cajas en el piso frente al mío. Lo acababa de alquilar. Era septiembre, un buen mes para volver a empezar. Nuestro edificio es pequeño, tiene solo tres plantas y cuatro viviendas. En el bajo vive Elvira una mujer viuda de sesenta y seis años. Casi siempre va vestida de negro y de severidad. Pasa mucho tiempo organizando actividades en la iglesia, en las que trata de involucrarnos sin éxito. Es una mujer seria y recta, pero he de reconocer que me cae bien. Además, recoge eficientemente todos mis paquetes a pesar de sus compromisos eclesiásticos. En el segundo vive el primo de Roberto, en el mejor piso, un ático con terraza. Y en el primero, en la casa, ahora, frente a la de Salma, vivimos Roberto y yo. Roberto es mi marido. Estas reducidas dimensiones generan, tal vez, una atmósfera de familiaridad en el edificio que me llevó a involucrarme de lleno y sin invitación con la tristeza de Salma. Me acerqué un poco a ella y la saludé.

—Perdona que me entrometa, soy Silvia, la vecina de enfrente. —Levantó los ojos de las cajas y me miró sin saber muy bien qué hacer. Lo último que quería era que se sintiera incómoda cada vez que nos cruzáramos por haberla encontrado así. —Puede que prefieras llorar sola. Si es así, hacemos como que yo no te he visto. A partir de ahora nos saludamos sin que este momento haya existido. Sé guardar un secreto. Pero, a veces, ayuda contarle a alguien lo que nos pasa. Soy

psiquiatra. Se bien que poner ese dolor fuera de ti mediante palabras puede ser beneficioso.

Salma volvió a contemplar sus cajas. Su llanto descorazonador había parado. Suspiró y me miró a los ojos. Era joven y dejaba claro que le habían hecho mucho daño. Se me acercó lentamente. Dejó caer su cabeza entre mi hombro y mi garganta. Sentí el peso de su tristeza sobre mí. La abracé y lloró un poco más tranquila. Susurrando alcanzó a hablarme.

—Me gustaría contarte lo que me pasa, pero primero necesito colocar un poco este piso. ¿Puedes darme un par de días?

—Estaré detrás de esa puerta —le respondí señalando mi casa.

Fue exacta. A los dos días, sobre las seis de la tarde, sonó el timbre. Yo estaba poniendo una lavadora. Aprovecho para hacerlo las tardes de los viernes sin planes, no me gustan las tareas domésticas los sábados ni los domingos. Pensé que sería Roberto, que volvía porque se había olvidado algo, siempre le pasa. Acababa de irse a pasar unos días que le quedaban de vacaciones con sus padres a Segovia, donde vivían ya, a duras penas, solos. Metí la ropa que faltaba y fui a abrir la puerta.

—Hola, Silvia, ¿te pillo en un buen momento? Creí que no estabas. Me llamo Salma, el otro día no te dije mi nombre —se presentó mientras estrujaba con suavidad un paquete de té que sostenía en la mano.

—Hola, Salma, me pillas en un momento perfecto. Me alegra mucho que hayas venido. Pasa, pasa, estamos solas. Mi marido está fuera esta semana —dije, contenta de volverla a ver.

—He traído té. No sé si te gusta, a mí, curiosamente, me relaja. ¿Tienes hervidor de agua? Mi hermano siempre dice que el café hay que hacerlo en cafetera italiana y, el té, con hervidor —me explicó mientras entraba.

—Sí, a mí también me gusta mucho el té. Vamos a la cocina y saco el hervidor y la tetera.

—Déjame hacerlo a mí, me sentiré mejor —me pidió.

En la cocina, de diseño moderno e idéntica a la de tantas casas, ella abría el paquete de té y lo olía, yo miraba la lavadora dar vueltas mientras buscaba algo medianamente neutro que preguntarle.

—¿Has vaciado ya las cajas? —le pregunté.

—Sí, ya he colocado todo. Ha sido una paliza hacerlo en tan poco tiempo, pero necesitaba orden para sentir que tengo un hogar. ¿Qué tal

tu semana? ¿Trabajas en un hospital, no?

—Sí. Esta semana a pesar de la vuelta de vacaciones, ha sido tranquila en la planta y en las consultas.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando allí?

—Pues veinte años, empecé a los veintiséis y tengo cuarenta y seis. Y tú, ¿estás trabajando? —le pregunté. En ese momento saltó el hervidor. —Si te parece llevo las tazas al salón que estaremos más cómodas —propuse.

—De acuerdo, hecho el agua en la tetera y la llevo también —asintió.

—¿Lo tomas sin azúcar?

—Sí, sin azúcar.

Mientras daba pequeños sorbos a su té, me explicó que era profesora de historia en un colegio concertado. Estaba de baja. No iba a volver a ese centro porque no quería tener que dar explicaciones a sus compañeros y que, finalmente, trascendiera algo de lo que le había sucedido. Afortunadamente, su catástrofe había ocurrido en verano. Le agobiaba saber que todo el mundo le preguntaría por qué había anulado su boda. Ahora su objetivo era opositar y trabajar en un instituto público donde nadie la conociera.

—Me gusta este tiempo caluroso, pero no agobiante. Con esta temperatura se puede estudiar. Ha sido terrible el calor este verano —continuó, dejando a un lado el tema del trabajo.

—Aun así, los días son más calurosos de la cuenta para ser septiembre —repliqué yo, que odiaba el calor.

Se hizo una pequeña pausa en nuestra conversación. El silencio anticipaba un cambio de ritmo.

—Como mi vida, que ha sido más fraudulenta de la cuenta —comenzó.

—¿Te dicen algo las palabras *mia moglie*? —me preguntó.

—No, solo que es italiano, ¿es así? —le respondí expectante.

—Sí, significa 'mi esposa'. En Italia, en 2009, se creó un grupo público de Facebook con este nombre. Ha llegado a estar formado por 32 000 hombres. En él, sus miembros compartían fotos de sus mujeres o novias desnudas, hechas sin su consentimiento. Una vez subías una foto, ya podías ver las fotos de las parejas de los demás y comentarlas. La escritora Carolina Capria y la organización No Justice, gracias a no parar de denunciarlo, han conseguido cerrarlo y sacarlo a la luz. —Cuando

terminó su explicación, los ojos se le humedecieron, pero se tragaron las lágrimas con rapidez.

—¡Qué horror!, ¡qué asco! Me llena de rabia que las mujeres tengamos que vivir cosas así. ¿Cuándo se ha cerrado el grupo? —alcancé a preguntar

—El pasado 20 de agosto. —Se frotó levemente los ojos y continuó. —Quizás ya te lo estés imaginando, pero mi novio, con el que me iba a casar en mayo del año que viene estaba en este grupo. Es italiano. Se llama Mattia. ¿Que cómo lo descubrí? Por una amiga italiana cuyo marido también estaba en el grupo.

A pesar de haber anticipado, mientras me contaba, que había sido víctima de este grupo, no pude evitar sentirme consternada y sobrecogida. Me repuse para darle aliento y consuelo, menos mal que por mi profesión estaba acostumbrada.

—Salma, es terrible y brutalmente injusto que hayas sufrido esto. Siento muchísimo que estés pasando por un dolor inimaginable. Quiero que sepas que estoy aquí para lo que necesites, aunque sea solo para escucharte. Te lo digo de corazón.

Me sonrió en señal de agradecimiento. Decidió continuar.

—Una cosa son las lluvias torrenciales y otras los fenómenos tan salvajes como la DANA en Valencia. Hemos visto la gota fría cada año, pero la DANA fue otra cosa. Desde que me ha pasado esto, me pregunto si también se habrá producido un cambio climático en la atmósfera de las relaciones. Desde siempre ha habido novios que, justo antes de casarse, eran infieles a su pareja. Para despedirse de su vida de solteros, para no sentir que se les «atrapaba», para yo qué sé qué. Pero esto es otra cosa. Esto es más truculento de la cuenta, como este verano y este septiembre son más calurosos de la cuenta.

—Desde luego, es una película de terror hecha realidad. Me parece de una fortaleza inmensa que, a pesar de haber sufrido tal aberración, estés tan lúcida. Además, siendo tan joven. ¿Cuántos años tienes Salma?

—Veintiséis.

—Y, estando tan reciente…

—En tres días hará un mes de que me enteré, lo dejé, recogí mis cosas de la casa en la que vivíamos juntos, busqué este piso y decidí que no volvería a mi trabajo para empezar de cero con todo.

—¿Eres consciente de la valentía que hay que tener para hacer algo así?

—Bueno, no tenía otra alternativa, hundirme o empezar de nuevo. Mis amigas me han arropado muchísimo y mi madre me ha ayudado económicamente. Mi hermano está a ratos, pero cuando está me reconforta. El apoyo y cariño que he tenido me hacen mantenerme en pie, eso y que procuro no pensar en lo que ha pasado. Solo suelto un poco de presión de vez en cuando, como ahora. Pero llega un momento en el que mi mente tiene que desconectar de lo que ha sucedido y no hablar más. Mis amigas me recomiendan que haga terapia, pero ahora no puedo. Me duele demasiado lo que ha pasado como para hablarlo en profundidad.

—Totalmente comprensible, date permiso para marcar tú cuándo hablas, cuánto y con quien.

—¿Sabes por qué me apetecía contártelo? —me preguntó directa.

—¿Porque soy psiquiatra y tu vecina?

—No, no fue por eso.

—¿Entonces?

—Por la *tote bag* que llevabas el día que nos encontramos.

—¡Ah! La de «Juntas somos imparables». Siempre la uso para hacer la compra.

—Yo ahora no puedo parar, si lo hago me devora la tristeza.

—Bueno, pues estemos juntas, puedes venir a tomarte un té siempre que quieras.

—Gracias. El de hoy creo que las dos lo hemos acabado —dijo, mirando las tazas.

—Voy a dosificar mis fuerzas. ¿Te importa? ¿Puedo volver la semana que viene? —me preguntó.

—Volveré a estar detrás de la puerta con el hervidor listo.

Hablar con Salma me hizo reconciliarme con Roberto. Llevábamos dos años mal. Imagino que habíamos llegado a esta situación gradualmente. Él parecía contento con nuestra vida sentimental hasta que yo le mostraba mi insatisfacción, lo que últimamente pasaba con mucha frecuencia. Me costaba recordar la última vez que habíamos tenido sexo. Cuando lo hacíamos era algo mecánico, no me hacía sentir deseada y todo finalizaba en el orgasmo. Llegados a ese punto se volvía hacia su lado de la cama y se dormía. Las muestras de cariño

espontáneas se habían marchado hacía mucho tiempo. La ilusión de hacer cosas conmigo también. En mitad de las últimas vacaciones, me dijo que tenía ganas de volver a casa y que, para el próximo año, por él, mejor irnos solo cinco días. Cuando llegaba a casa lo encontraba ensimismado con sus aficiones, la mayor: la historia del arte. Pasaba horas y horas leyendo, buscando exposiciones, analizando cuadros. Mostraba más interés en la vida de esos personajes inertes que en mi mundo emocional. Si le contaba mi día, me respondía con monosílabos, por lo que dejé de contárselo. Si le preguntaba por sus cosas, igualmente me respondía con monosílabos. Dejé de preguntarle. No me buscaba para pasárnoslo bien, hacer tonterías y reírnos como sí pasaba al principio de nuestra relación. Todo con él era muy correcto, muy estable, muy leal, absolutamente equitativo y justo, pero al mismo tiempo todo estaba vacío. Éramos un buen matrimonio, coordinado, respetuoso, ensamblado a la perfección, pero habíamos dejado de ser una pareja. Roberto es técnico de rayos en mi hospital. Estamos en casa como en el trabajo. Cada uno en su departamento, a sus cosas, con sus horarios. Tras el horror que me había contado Salma, parte de este desencanto se esfumó. Lo reemplazaba una ola de aprecio hacia Roberto, cálida y reconfortante. Tenía la absoluta certeza de que nunca haría algo así. Confiaba plenamente en él. Sé que muchas mujeres que han sido engañadas pudieron pensar lo mismo. Pero en el caso de mi marido, la posibilidad de engañar entra en el terreno de la ciencia ficción. Ni siquiera tiene redes sociales, las aborrece. Ver que su naturaleza repelía todo lo que llevaba a los hombres como Mattia a engañar y a usar a las mujeres parecía enamorarme de nuevo. Esa personalidad suya que tanto me había podido molestar ahora me admiraba. Me sentía algo desconcertada con estas nuevas sensaciones.

Volví a ver a Salma seis días después de nuestro primer encuentro. Preparó el té mientras nos preguntamos qué tal la semana. Me contó que había empezado a estudiar las oposiciones y me pidió alguna anécdota de mi trabajo. Después comentamos el tiempo. Los termómetros seguían algunos días marcando veintiocho y veintinueve grados de máxima.

—¿Tu marido tampoco está hoy? —me preguntó.

—Se ha ido a ver una exposición. Él trabaja en mi hospital también, en radiología, pero su vocación frustrada es haber sido historiador.

Hace dos años se animó a estudiar historia del arte por la UNED. Le fascina la pintura. Vendrá en un rato porque se fue después de comer.

—¡Anda! Pues tenemos cosas en común entonces. ¿Te cuenta secretos ocultos en los cuadros?

—Pues me gustaría, pero bueno, últimamente hablamos poco en general.

—Tal vez puedas preguntarle y pedirle que te cuente.

—Quizás debería volver a intentarlo. Roberto y yo nos hemos ido separando sin saber muy bien ni cómo ni por qué. Creo que compartir cada vez menos ha traído como consecuencia que ahora estamos emocionalmente muy desconectados.

—Como psiquiatra, ¿qué dirías que es más difícil conectar fuertemente con alguien o mantener esa conexión?

—Buena pregunta, nunca me la había hecho.

—Piensa que, al menos, tu marido, aunque desconectado sigue siendo la persona de la que te enamoraste. Las palabras son el cemento que nos une a los demás, tal vez si retomáis hablar entre vosotros podáis uniros.

—Es duro ver que no encontramos las palabras con las que continuar conversaciones.

—¿Sabes qué fue para mí lo más doloroso de que experimenté con Mattia?

—Cuéntame.

—Fue su reacción cuando me enfrenté a él, cuando reuní el valor para decirle que lo había descubierto, que era un monstruo. Él, con una frialdad que me atravesó el alma, me respondió que estaba mal habérmelo ocultado, pero que no era tan grave. Me dijo que era algo que habían hecho siempre los hombres. «Mi abuelo iba diciendo por ahí que mi abuela tenía el mejor par de tetas del pueblo y todo el mundo lo tenía por un buen hombre. Esto es lo mismo, pero con la tecnología del siglo XXI. Es un comportamiento inocente de alguien enamorado del cuerpo de su mujer». Y, después, para rematarme, me acusó de destruir nuestra pareja por una tontería.

No sabía qué responderle.

—¿Conoces esa sensación de bloqueo que aparece cuando te dicen algo tan absurdo que no encuentras las palabras para demostrar que carece de toda lógica? —me preguntó.

—Me acaba de pasar a mí ahora, me quedo tan impactada que no sé qué decir. Es una sensación horrible.

—Yo sabía perfectamente que se estaba justificando porque estaba acorralado, pero no era capaz de responderle. Me sentía derrotada por ello.

—Una paciente filóloga, a la que le pauté antidepresivos tras encadenar varias rupturas de pareja, Casandra, nunca la olvidaré, me explicó que la palabra derrota procede del término *rota* que significa 'fuga de un ejército'. Las personas manipuladoras ganan las conversaciones porque plantean cosas tan incontestables que logran que se nos fuguen las palabras. Pero no te ganó, porque te diste cuenta de que te estaba haciendo luz de gas —añadí.

—Ya, pero me hubiera gustado lograr que él reconociera la barbaridad de lo que había hecho.

—No podemos esperar que alguien con semejante deshonestidad en lo que hace vaya a tener honestidad hablando sobre lo que hace.

—Es verdad.

En ese momento llegó Roberto, abrió la puerta y fue directo a la cocina.

—Mira, ha llegado mi marido, voy a poder presentártelo.

—Vale, lo saludo y me marcho que, en un rato, tengo una tutoría *online* con mi preparador de la oposición.

Roberto saludó amablemente a Salma. Yo apenas le había contado sobre lo que le había pasado, tampoco habíamos tenido tiempo. Además, quería que lo que me confiara se quedara entre nosotras. Fue muy agradable con ella, la hizo sentir bien y eso me gustó. Volví a llenarme de esa sensación de admiración por él. Tal vez tenía que aceptar que en los matrimonios el tiempo romántico en el que se es una pareja, como yo la entiendo, solo dura los primeros años. Quizás me tocara aceptar que ahora esta era la manera adecuada de estar entre nosotros. Esa noche, después de cenar me dijo que quería estudiar un rato. Decidí esforzarme en que se conectara emocionalmente conmigo a través de las palabras.

—Vale te dejo que leas, hoy te perdono el ratito de tele juntos —le dije, cariñosa.

—Es que no quiero seguir con este capítulo a medias que tengo pronto un examen parcial y voy con mucho retraso.

—Sí, sí, me parece estupendo. Pero primero, ¿por qué no me comentas algo de lo que estás estudiando ahora? ¿Estás con algún cuadro en concreto?

—Estoy con el cordero místico de Jan Van Eyck.

—Cuéntame algo del cuadro, anda.

—Tiene miles de cosas que contar. Mira todos los personajes que hay: ermitaños, peregrinos, caballeros, santos, ángeles, detalles bíblicos, y cada uno guarda un significado. Es un cuadro muy complejo y con mucha historia. Lo han robado al menos seis veces, lo han atacado y una de sus partes originales, sigue perdida —me respondió entusiasmado.

—Pero son varios cuadros, ¿no?

—Es lo que se denomina políptico, una pintura dividida en múltiples paneles.

—Cuéntame lo más curioso para ti.

—Muchas cosas, pero destacaría a Adán… ¿Ves que Van Eyck, que, por cierto, murió sin haber terminado el cuadro y tuvo que seguir su hermano, le pintó el pie para que parezca que está saliendo del cuadro?

—Es verdad, ¿cómo consiguió pintar algo así?

—Jugando con la perspectiva y la profundidad. Lo meritorio es que lo hizo en el siglo XV. Es un trampantojo pictórico.

—Me gusta que me cuentes cosas de lo que estudias.

—Bueno, pero ahora tengo que seguir estudiando, si no, no podré contarte cosas.

—Vale continúa, yo creo que no voy a ver la tele, me voy a dormir directamente, que estoy cansada. Buenas noches, cariño.

—Buenas noches.

Fue agradable compartir ese pequeño momento con Roberto. Esa noche me fui a dormir con sensaciones parecidas a las que tenía al principio de nuestra relación.

Llevábamos media hora juntas. Habíamos hecho té, colocado las tazas en la mesa, nos habíamos preguntado qué tal la semana y habíamos comentado el tiempo. Era nuestro pequeño ritual, la ceremonia que le permitía a Salma entrar a su dolor. Té, tazas y tiempo. Era 20 de octubre de 2025. En esta ocasión, Salma había traído dos porciones de tarta.

He decidido celebrar mi segundo cumpleaños el 20 de agosto, porque ese día volví a nacer. Aquel primer 20 de agosto de mi resurrección te puedes imaginar que no estaba para celebrarlo, así que me gustaría hacerlo hoy contigo —me explicó Salma.

—¿Sabes? Tengo una amiga que hace esto. Tuvo un accidente de coche muy grave, que sobreviviera fue un milagro. Cada aniversario de aquel día organiza una segunda fiesta —le respondí yo pensando en mi amiga Marga.

—Hace muy bien. En mi caso, ya lo sabes, no estuve en riesgo de morir físicamente pero sí a punto de haber tirado mi vida a la basura. ¿Te imaginas que me hubiera enterado a los cincuenta o a los sesenta? Que un buen día, a esa edad, descubro que, en realidad, soy la figurante de una película de terror. Mi vida será mejor o peor a partir de ahora, pero al menos es real —me explicó Salma.

—Vivir pudiendo ser una misma ya merece la pena —le respondí yo.

—Sí, no todas las mujeres alcanzan este privilegio. Así que celebrémoslo —me respondió, haciendo el ademán de brindar con nuestros tés.

Levanté mi taza de porcelana japonesa bonita para compensar mis muebles baratos, pensando en si yo lo había conseguido. Brindé con ella.

Esa noche, cuando me metí en la cama al lado de Roberto, me sentí confusa. Por una parte, estaba feliz por haber reconectado con la bondad y honestidad de mi marido, pero volví a sentir desilusión y frustración por no poder ser yo misma en la relación. Él cumplía con todas sus obligaciones matrimoniales y lo hacía con gusto y con creces, pero de algún modo me estaba impidiendo comportarme como a mí me apetecía. A mí me gusta llegar a casa y hablar sobre mi día; había dejado de hacerlo por no sentir la decepción de que él casi no me escuchaba. Me gusta preguntar a la persona con la que estoy sobre su día; había dejado de hacerlo porque él apenas me respondía. Me gusta tener detalles con él y había dejado de hacerlo porque a él no le salían. Me sentí confusa. Decidí hablar con Roberto, hablar de verdad. Dormí mal, pero tenía clara mi decisión. Al día siguiente, mientras cenábamos, me envalentoné.

—Roberto no estoy bien, te lo he dicho muchas veces, pero ahora ya creo que he llegado a mi límite. Estoy agotada de que seamos un

matrimonio, pero no una pareja.

—Pero ¿qué te falta? Todo lo importante lo hago. Te considero la persona más importante de mi vida. ¿Te he faltado alguna vez en algo? No sé a dónde no estoy llegando.

—No estás llegado a evitar que seamos dos meros compañeros de piso con un contrato vitalicio. No estás llegado a demostrarme que me deseas, que te gusto, que me eliges a mí para pasártelo bien, para que te ayude a pensar en lo que te preocupa. No estás llegando a preguntarme qué me pasa a mí por la cabeza. No estás llegando a conectar conmigo. No estás llegando, en definitiva, a que no me sienta sola.

—¿Te sientes sola?

—Sí, me siento sola.

—Esto no me lo habías dicho antes, te quejabas de no estar del todo feliz, pero no me habías dicho que te sentías sola.

—Pues sí, me siento sola.

—Es que esto que me pides no me sale.

—Pero te salió.

—Si, bueno, me salió al principio porque era todo más emocionante. Una vez que nuestra relación se afianzó ya era menos de película, se volvió normal, tranquila. Ya lo tenemos todo, por qué no disfrutamos eso.

—No sabes cuántas veces he maldecido conseguir ese todo. Sí, soñaba con casarme contigo y lo conseguí. Soñaba que compraríamos una casa grande en una buena zona y lo conseguimos, nos quedamos sin ahorros y sin dinero para mucho más, pero aquí estamos. Soñaba con que sacaras la plaza en mi hospital y sucedió. Pero ¿de qué ha servido? Yo era mucho más feliz cuando no teníamos nada de esto, pero te tenía a ti. Tenía conexión contigo. Sin un mínimo de esa conexión no puedo ser feliz a tu lado, Roberto. Si no consigo ser feliz en esta relación no quiero estar en ella.

—Nunca pensé que llegaríamos a este punto. Es muy triste todo lo que me estás diciendo. Necesito pensar. ¿Te importaría que me fuera a dormir a casa de mi primo?

—No, claro, vete.

A la mañana siguiente me desperté antes de que sonara el despertador, se me hizo raro que no estuviera en su lado de la cama,

como me pasó al acostarme. Fui a la cocina a prepararme el desayuno. Roberto estaba allí.

—Silvia, yo quiero estar contigo.

—Entonces tendrás que plantearte qué estás dispuesto a hacer para que yo esté bien. Yo también quiero estar contigo, pero no a cualquier precio, no al precio de sacrificar ser yo.

—Estoy dispuesto a hacer lo que necesites para estar feliz. Si no me sale, estoy dispuesto a trabajar para que me salga.

En Enero, Roberto y Salma, cada uno por su lado, comenzaron terapia. Y Elvira comenzó a entregarle paquetes también a ella. 💔

Reflexiones: «Desconocidos»

El amor no muere por el conflicto, sino por la costumbre que lo vacía de atención y presencia.
BELL HOOKS, Todo sobre el amor

Monstruos domésticos

¿Qué es lo más hiriente que alguien ha hecho contra ti? No es lo mismo que lo peor que otro ser humano te haya hecho sea algo ofensivo que algo cruel y despiadado. No es lo mismo que sea algo despectivo que algo humillante. Una cosa es que lo peor que alguien te haya hecho duela; otra, que sea desgarrador. No es igual en frentar la vida teniendo en nuestra biografía recuerdos de otra persona o personas dañándonos con conductas monstruosas que hacerlo sin experiencias de este tipo. No se vive igual habiendo experimentado a las personas como monstruos domésticos que a las personas como seres que no dejan de expresar humanidad, aunque se puedan equivocar, enfadar o actuar mal. Las siguientes preguntas relevantes son: ¿quién fue la persona que emitió la conducta o conductas más dañinas que has recibido en tu vida?, ¿qué rol ocupaba en tu vida? Lamentablemente, para muchas mujeres la respuesta a esta pregunta es su pareja, alguien con quien tenían una relación afectiva o sexual o con quien tuvieron un encuentro puntual de estas características. El factor acumulativo también es importante. Puede que en una relación de pareja lo hayamos pasado un poco mal, que hayamos sufrido conductas que generan dolor (sin llegar a ser violentas) que haya sido una experiencia negativa sin alcanzar el nivel de experiencia demoledora. Pero si enlazamos varias o bastantes relaciones de este tipo, si la mayoría de nuestras experiencias amorosas están cargadas de sufrimiento e insatisfacción, al final la experiencia amorosa sí puede llegar a resultar demoledora. Si me das un golpe muy fuerte en un brazo con un martillo será traumático para mi musculatura. Igual de traumático será que me obligues a levantar el brazo

sujetando un peso de doscientos cincuenta gramos durante dos horas, aunque, en sí mismo, levantar un peso de doscientos cincuenta gramos sea inocuo. En la investigación «Satisfacción general y sexual con la relación de pareja en función del género» publicada en la *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* en 2019, se encontró que los hombres reportaban mayores índices de satisfacción general con la pareja que las mujeres. No resulta la vida igual cuando tienes a tus espaldas la experiencia amorosa como algo positivo que cuando la experiencia amorosa fue fuente de sufrimiento o, en los peores casos, el lugar donde viven los monstruos. Las injustas normas del amor para las mujeres, por esta organización social patriarcal en la que vivimos, pueden llevar a que también la experiencia vital sea, en general, más dura y difícil.

Las personas que en su biografía tienen la experiencia de que un ser humano puede ser monstruoso o que la experiencia sentimental puede ser el lugar donde viven los monstruos lo tienen en general más difícil. Más difícil para encontrar felicidad, para confiar, para no inclinarse desesperadamente a los afectos, para calmarse, para regularse, para sentirse valiosas y quererse, para que les baste con este amor propio. A nivel artístico, estamos viviendo un cambio de paradigma en este sentido. Hasta ahora era frecuente que se escribieran canciones y se compusieran discos enteros hablando del malestar que sentía una mujer por haber perdido a su pareja. Ahora, con discos como *LUX* de Rosalía o *West End Girl* de Lily Allen, ellas hablan del malestar experimentado por haber tenido una pareja.

No todas somos Salma pero sí que todas somos Silvia

Salma ha sufrido un delito muy grave. Tendrá que vivir sabiendo que su pareja la engañó y que una cantidad ingente de hombres disfrutaron de su cuerpo sin que ella hubiera dado el consentimiento para esto. Mia Moglie ha existido, es un grupo real que, como muestra el relato, se abrió en 2009 y se cerró en agosto de 2025. En él llegó a haber 32 000 hombres, eso supone que 32 000 mujeres tienen que enfrentar lo mismo que Salma. No todas somos Salma, aunque hay muchas Salmas

entre nosotras, pero sí todas somos Silvia. Porque todas tenemos una amiga que sufrió maltrato en su pareja, que fue engañada sistemáticamente por su pareja, que fue abusada por algún familiar hombre, que sufrió acoso en el trabajo, por la calle, todas vemos todo el tiempo las violencias que sufren las mujeres continuamente por ser mujeres, muchas de ellas en contextos afectivos. Esto no puede no tener un efecto en nosotras. Creo que se evidencia poco este daño que tenemos por estar expuestas a ver tanta violencia sobre mujeres iguales a nosotras. De estar expuestas continuamente a la sensación de que podría haber sido yo, me podría haber pasado perfectamente a mí.

Esta exposición puede influirnos fundamentalmente de dos maneras. La primera, como le sucede a Silvia inicialmente, es inclinarnos hacia el conformismo con situaciones no satisfactorias para nosotras, al comprobar que al menos son seguras. O a maximizar el valor de lo que un hombre nos aporta, en una relación, al ver que no es un tipo de hombre capaz de hacernos daño o hacer daño a otras mujeres. Y la segunda, esta exposición puede hacernos vivir asustadas o tener mucho más miedo del que entraña una relación por el hecho de haber visto tantos peligros. Volveremos sobre esto en el siguiente capítulo. Silvia finalmente toma la decisión correcta. Decide apreciar todo lo bueno que tiene Roberto, que sin duda es mucho, pero no conformarse con lo que le resulta insatisfactorio porque él sea un hombre honrado e incapaz de hacerla daño.

El patriarcado transforma el deseo de los hombres en desidia

La cultura influye mucho en nuestra elección de qué o a quién amar, es decir, en qué o quién será nuestro objeto de amor. Por paradójico que parezca no solo los sentimientos y la atracción deciden en nuestro amor. Nuestro objeto de amor no tiene por qué ser una persona, puede ser el dinero, alcanzar una clase social, mantener el linaje o patrimonio, el arte, el trabajo, vivir sin ataduras, realizar actividades que nos realicen o que nos permitan desarrollar nuestras capacidades a un nivel más alto, etcétera. En muchas ocasiones, el objeto de nuestro amor es

esa persona por la que experimentamos un fuerte enamoramiento, pero no siempre.

La cultura ha desempeñado un papel fundamental a la hora de determinar los motivos que debemos seguir para casarnos o emparejarnos y no siempre el principal fue el amor. En general en Occidente, en este siglo, pensamos que lo correcto es casarse por amor, pero esto es reciente en nuestra historia. No siempre ha sido el amor el que organizaba la construcción del tejido familiar de una sociedad. El patriarcado establece diferentes objetos de amor para hombres y mujeres. Estipula que el objeto de amor de las mujeres debe ser tener una pareja, esa persona que nos genera «mariposas en la tripa», y posteriormente formar una familia y cuidarla. Y define que el objeto de amor de los hombres debe ser su independencia, el flirteo y la conquista de cuantas más mujeres guapas, mejor, desarrollar sus capacidades para ejercer mejor el rol que es para ellos, el de los individuos que tienen el conocimiento. Además, la cultura ejerce una gran influencia sobre las emociones que experimentan las personas ante determinadas situaciones o cuestiones. Se ve muy claro, por ejemplo, con los alimentos. Si una cultura establece que un alimento, véanse, los insectos, es asqueroso, aunque sea nutritivo y de sabor no desagradable, las personas experimentarán asco ante la idea de comer saltamontes. Mientras que si otra cultura establece que los saltamontes son una comida estupenda las personas experimentarán agrado y atracción hacia comer saltamontes. De la misma manera la cultura instaura que ciertas actividades son indignas, inadecuadas, «asquerosas» o lo son en función de si las realiza un hombre o una mujer. La cultura es una fuerza poderosa, pero tiene un rival casi tan potente o más en relación a generar sensaciones, emociones e inclinaciones dentro de las personas. Este es el enamoramiento. El enamoramiento es un estado afectivo-motivacional intenso y transitorio que se produce por un cambio químico en nuestro cerebro caracterizado por el aumento de dopamina, norepinefrina, feniletilamina y oxitocina, así como por una disminución de la serotonina. Además, el cerebro cambia su actividad cuando se experimenta enamoramiento, se activa el sistema límbico y se desregulan las zonas prefrontales, esto aumenta la intensidad con la que se sienten las emociones y reduce la capacidad de emitir juicios

objetivos y de tomar decisiones razonables. Este cóctel químico y eléctrico nos hace sentirnos embriagados, felices, excitados y no poder dejar de pensar en la persona que nos ha generado este cambio cerebral. Nos convence de que sin ella no existe camino a la felicidad ninguno. Normalmente en la batalla entre la cultura y el enamoramiento suele ganar el enamoramiento. Es necesario que gane. Es el mecanismo evolutivo que garantiza el establecimiento de los vínculos afectivos imprescindibles para nuestra supervivencia como especie y progreso. Ahora bien, el enamoramiento, como todos sabemos, es temporal, en su modalidad intensa dura aproximadamente seis meses y en su modalidad tibia tres años. Este es el tiempo necesario para que aparezcan los dos otros pilares que sostienen una relación, la intimidad y el compromiso, cuando se va esta experiencia química tan fantástica como agotadora. Por mucho que la cultura pueda establecer que es inadecuado que estemos con una persona de otra cultura, de otro origen social, que no es interesante dedicarnos a conectar emocionalmente con la pareja (en el caso de ser hombres), si uno o una está enamorado esto suele ganar. El enamoramiento hace que nos resulte agradable y apetecible lo que la cultura puede decir que es inadecuado. Pero si se acaba el enamoramiento, la cultura volverá a ganar. Si Roberto hubiera perdido la pasión y las ganas de disfrutar de y con Silvia, que en su día sí tuvo, a causa de las dinámicas patriarcales, lo que le habría pasado sería lo siguiente.

Pongamos que el objeto de amor principal de Roberto es y ha sido dedicarse por completo a sus aficiones, el arte, en su caso. Por tanto, lo que más le atrae es estudiar historia del arte. Con lo que más felicidad experimenta es realizando esta actividad. Pongamos que el siguiente objeto de amor de Roberto es ser «un buen chico». Y ha aprendido que esto es ser quien cuida a su familia, en este caso Silvia, quien la protege y garantiza que todo esté bien, que todo funcione. Por este motivo le pregunta a Silvia: «¿Qué es lo que te falta?, ¿qué es lo que no te doy?». Porque en sus esquemas está dando todo lo que le corresponde dar, trabajar, estar en casa, hacer el mantenimiento de la misma, acompañar a Silvia al médico… No puede darse cuenta de que en su comportamiento faltan cosas que nunca aprendió como propias. No le corresponde a él, porque no es propio de un hombre, crear cercanía, complicidad, generar ternura, conexión… Por eso no se da cuenta de

que no le ofrece a Silvia todo lo necesario para que la relación sea confortable para ella. Por esto no puede entender que ella esté insatisfecha o decepcionada. Ahora bien, Roberto sí le dio a Silvia, durante un tiempo, cariño, mimo, ese querer estar con ella para contarle, para preguntarle y que ella también le contara, para hacer cosas juntos. Durante ese tiempo le mostraba que la elegía a ella para disfrutar, que la deseaba, que le importaban sus alegrías y preocupaciones. ¿Por qué lo dio? Porque Roberto se enamoró, estuvo muy enamorado de Silvia y, como se ha explicado con anterioridad, el enamoramiento nos arrastra a querer estar con la persona que nos gusta, a darle toda esa cercanía que la cultura dice que no es propia de los hombres. El enamoramiento logra imponerse a la cultura al principio, pero, cuando se desvanece, la cultura vuelve a organizar las relaciones y las jerarquías de los objetos de nuestro amor. Para Roberto, si está profundamente socializado por la cultura machista, no es un objeto de amor tener conexión con la pareja. Este es un objeto de amor que la cultura nos ha reservado a las mujeres. Esto garantiza a los hombres recibir más cercanía, más atención, más ternura, más pasión y dedicación por parte de las mujeres. Que puedan obtener, todo esto, por defecto, que cuenten con que lo van a tener, aunque ellos no lo den.

Como vimos en el capítulo «Mujeres que ya no aman demasiado», Roberto ha podido ser afectado por el patriarcado de otra manera, de la manera más íntima y emocional. Si las figuras responsables del cuidado de Roberto, generalmente madre y padre, consideraban que a los chicos no hay que hablarles de temas emocionales, que no hay que fomentar que expresen lo que han sentido en las pequeñas cosas ocurridas en el día, que no hay que pedirles que estén en las relaciones de un modo cercano, impidieron que Roberto desarrollara este funcionamiento. Muy seguramente, el padre y la madre de Roberto lo querían y, por tanto, estaban a su lado, pero solo mostrándole cercanía en los grandes eventos emocionales, es decir, ante cosas extremadamente alegres y ante cosas extremadamente tristes. Este trato emocional de trazo grueso impide que los niños puedan acceder a las pequeñas y cotidianas cuestiones emocionales, y a que muestren un profundo desinterés en las mismas. Y derivará en que sean adultos que no pueden acceder a lo que les está pasando si es tibio, que la mayor parte de los registros emocionales, los que no son extremos, pasen por debajo

de su radar, así como que queden fuera de lo que consideran que es importante y a lo que hay que prestar atención. El patriarcado siempre somete. A la mujer y al hombre. Somete a las mujeres haciéndolas estar más orientadas a las relaciones afectivas que los hombres. Somete a los hombres dificultándoles que puedan entrar en contacto con lo que sienten y expresarlo. Limita fuertemente lo que pueden sentir. De nuevo, estas limitaciones emocionales, generadas por tratar a los niños como el machismo considera que es correcto hacerlo, hacen que donde hubo deseo en Roberto, cuando se vaya el enamoramiento solo quede desidia.



Simetría

Desde muy joven me ha gustado mucho tener novio. Atesoro más relaciones sentimentales, en la parte de mi biografía destinada al amor, que la mayoría de las mujeres de mi edad y de mi alrededor. Para mí ha sido como coleccionar partituras. Sé bien cómo suena el amor en diferentes tipos de piel y de cuerpos. Hasta hace más o menos un año y medio mantenía, aproximadamente, una relación por cuatrimestre. Toda mi vida me la he pasado así, estudiando, porque he estudiado muchísimo, y viviendo diversas modalidades de amor, que he compatibilizado con estar con mis amigas. Me llamo Elisa y tengo treinta y seis años. Soy pianista, esto hace que, para mí, el ritmo, la armonía y el orden sean muy importantes. La música es una parte esencial de mi vida. Me obsesiona descubrir melodías, estilos musicales nuevos, composiciones que, a través de notas musicales, crean historias distintas, cada una con algo único que contar. Pensándolo despacio, no sé muy bien si vivir el amor con un hombre es lo que realmente me gusta. Si lo que me atrae es la belleza de un rostro masculino concreto, encandilarme con un cuerpo, sentir esas cosquillas eléctricas por la piel ante la idea de encontrármelo, poder besarlo, disfrutar de su forma particular de amar… o si lo que verdaderamente me entusiasma son las historias. Me fascinan las biografías que muestran realidades totalmente distintas a la mía. Quizás lo que perseguía en ese tiempo era vivir vidas diferentes a la mía, escapar de la que me había tocado, descubrir y escuchar otras melodías existenciales. Mis amigas me

recriminan que no he pasado nunca más de un año sola, sin pareja, novio o ligue. Cuando vives desde ti misma, al final, solo experimentas un tipo de familia, de formación, de profesión, de entorno, solo te relacionas con un puñado de grupos de amigos y transitas limitadas localizaciones geográficas. Si intimas sentimentalmente con otra persona tienes acceso a convertirte, un poquito, en personaje de una historia diferente a la tuya. Puedes experimentar otra vida. Logras habitar otras casas, otras ciudades, comprender qué se siente en otra estructura vital, sentir otras formas de estar en el mundo. Haber visto cómo es la vida cuando eres bióloga, residente de traumatología, periodista, estudiante de bellas artes, mecánica, informática, cocinera, maestra y otras tantas cosas, lejos de impedirme saber vivir sin pareja, me ha enriquecido y permitido disfrutar más de ser yo misma. Aunque mis amigas tienen razón en que es importante, a ratos, no tener una parte del cerebro ocupada por pensamientos sobre una pareja. Mi manera particular de organizar mi vida teniendo muchos novios y también tiempos de soledad romántica deseada fue la siguiente. Solía empezar con un chico a principios de año, antes del verano terminaba esa relación. Me reponía durante un mes o mes y medio. Me olvidaba de él en las vacaciones. Como hacia finales de septiembre o principios de octubre empezaba con otro, con el que terminaba antes de las vacaciones de Navidad. Esa es buena época para no sentirte demasiado mal si terminas un proyecto porque tienes a las puertas un flamante año para emprender nuevos propósitos. Afortunadamente, mi aspecto siempre me facilitó ejecutar mi plan. Ignoramos con frecuencia el poder del atractivo físico en el amor. Seguía este ritmo un año y al siguiente lo bajaba a la mitad, es decir, solo mantenía el novio de la primera parte del año. La cadencia solía ser: años pares dos novios, años impares uno. Ya dije que el ritmo y el orden son muy importantes para mí.

Aprendí esta manera de tener novios de mi profesora preferida del instituto. Ella fue mi tutora el curso que cumplí dieciséis años. Era muy joven, feminista, moderna, bastante irreverente con todas las normas del centro que no compartía. Organizaba salidas a museos los fines de semana y ciclos de cine por las tardes en el aula de usos múltiples. El padre de mi mejor amiga de clase, Carla, la odiaba, decía que nos metía ideas muy raras en la cabeza y que debía limitarse a enseñarnos los grandes pensadores de la historia. Mostraba una cercanía poco

habitual; se interesaba sinceramente por nuestro mundo emocional, casi siempre lleno de conflictos. Las tribulaciones adolescentes son terrenos propicios para la filosofía, asigntura que ella impartía, en el sentido amplio de la palabra. Quizás, no hacía mucho que hubiera vivido cosas parecidas. Ese año se volcó especialmente con Carla. Ella había empezado a salir a los catorce años con Iñaki. Eran la pareja ideal del instituto. Eran guapísimos, muy deportistas los dos y estudiantes brillantes. A mitad de curso, Iñaki, sin que nadie se lo pudiera esperar, dejó a Carla. Le explicó, con mucho sufrimiento, llantos y con un enorme sentimiento de culpabilidad, que no se veía viviendo en pareja el resto del tiempo que nos quedaba en el instituto. Carla se hundió en lo más profundo del dolor. Su inteligencia no la protegió de sufrir por amor. A todas las amigas también se nos quebró algo por dentro, aunque a quien le habían roto el corazón fuera a Carla. Las que formábamos parte de su grupo más íntimo sabíamos que su padre engañaba frecuentemente a su madre y que iba a bares para altos ejecutivos donde, aparte de alcohol, consumían chicas que poco, en edad, se diferenciaban de nosotras. Quizás, de un modo inconsciente, nos calmaba pensar que su bonita historia de amor con Iñaki mitigaba el dolor de ver a su madre continuamente triste, negando que su matrimonio era un teatro. Nuestra profe acompañó a Carla, la sacó de clase con excusas, como pedirle que llevara documentos al director, para que los compañeros no la viéramos llorar, la animó, le cambió exámenes y le escondió suspensos. Cuando comprobó que Carla empezaba a reírse de nuevo, comenzó a hablarnos del amor y de cómo enfrentarlo. Nos dijo muchas cosas que yo me guardé, tal vez aprender filosofía se tratara de eso. La recuerdo sentada en la mesa, con las piernas cruzadas, con sus medias turquesa a juego con las puntas de su pelo, con sus botas altas y su minifalda, hablándonos despacio. Nos explicó que Iñaki no había traicionado a Carla, que lo que le había sucedido era normal. Nos dejó muy claro que, en la adolescencia, jurar amor eterno era una trampa. En ese momento no lo entendíamos y hasta se lo rebatíamos. Pero ella se mantuvo perseverante en enseñarnos que íbamos a cambiar, que en unos años seríamos otras personas y que nos interesarían otras cosas de los chicos, de las relaciones, de la vida. Lo que más nos costó aceptar fue que nos dijera que, en ciertas cosas, los acertados eran ellos, no nosotras. Sobre todo,

que ellos no estaban equivocados al querer diferentes experiencias afectivas, y que quizás las equivocadas éramos nosotras buscando un amor que fuera para siempre. Nos insistió en que tuviéramos muchas experiencias sentimentales para aprender de la vida y en que esperáramos a ser la versión definitiva de nosotras mismas para crear una relación a largo plazo. Yo me lo tomé a pies juntillas.

Hace un año y medio mi vida cambió radicalmente y dejé este funcionamiento amoroso. Después de mucho tiempo de estudio y sacrificio, de renunciar a viajes, fiestas y quedadas, el enero pasado, conseguí una plaza como profesora de piano en el conservatorio. Esto marcó el inicio de mi versión definitiva y mi apertura a estar con un chico a largo plazo. En febrero heredé un dinero de mi madre, con el que pude comprarme una casa. Encontré una, en las afueras, no muy grande pero bonita y con un pequeño jardín, como siempre había deseado. En marzo conocí a Mateo, los dos sentimos un flechazo nada más vernos. Llevamos un año y cuatro meses juntos.

Todo es tan fácil, bonito y armonioso que me da miedo que no sea real o que algo pueda estropearlo. Mateo y yo hablamos mucho, de cómo pensamos, de lo que queremos, de lo que nos preocupa. Ambos nos hemos confesado que pretendemos que esta relación sea la definitiva porque sentimos que estamos con la persona adecuada. Hay algo embriagador en saber que alguien siente hacia ti un amor tan profundo. Que el año pasado me ocurrieran tantas cosas maravillosas, una detrás de otra, y más rápido de lo que podía asimilar, paradójicamente no me hace confiar en que todo vaya a ir bien con él. Es como si tuviera miedo a que Némesis, la diosa griega del reparto, actúe sobre mí al tener de golpe demasiadas cosas buenas. Me enfada que los griegos hayan conseguido, con este mito, convencerme de que si me creo que lo bueno que tengo es real y lo disfruto lo voy a perder. Me consuela saber que no soy la única que lo tiene.

La casa ya la he firmado a mi nombre y mi plaza en el conservatorio también, esto no se puede disipar, así que quizás lo que se estropee sea Mateo. Este miedo, acrecentado por conocer de primera mano, el sufrimiento de muchas de mis amigas con sus maridos, me ha llevado a fingir desde hace cuatro meses que estoy embarazada. Desde marzo, y estamos en julio, hago creer a Mateo y a mi entorno que espero un bebé suyo. Lo que he visto que les ha pasado a mis amigas de toda la vida,

cuando se han casado o cuando esperaban un bebé, me ha dejado asustada. Muchas de ellas estaban seguras de que su pareja era un hombre confiable, responsable y capaz de estar a la altura cuando un ser querido lo necesitara, pero se sorprendieron.

Como he sido la última del grupo en estrechar una relación, he podido ver la fortuna que corrieron las demás al adentrarse en las profundidades submarinas de las parejas. Ser a ratos la amiga soltera me ha permitido, además, tener más tiempo para atender sus sufrimientos.

Penélope me contó que la semana en la que salía de cuentas, su pareja no paró de salir de fiesta y emborracharse con los amigos, con la excusa de que después no lo podría hacer. Mi amiga se quedaba en casa esperando dos cosas. La primera, no ponerse de parto mientras su pareja estaba en un bar cualquiera de Malasaña sino una vez hubiera regresado. La segunda, que su pareja no llegara demasiado borracho, para que, si se ponía de parto al día siguiente, no tuviera resaca. Otra amiga, Sonia, a los dos días de regresar a casa tras haber dado a luz, se encontró con que su pareja se empezó a quejar de cosas inespecíficas, como dolores de espalda que antes no había tenido, malestares gástricos fluctuantes y dolores articulares. Esto lo llevó a agendar un sinfín de pruebas médicas que no reflejaron nada concluyente. Sonia, en lugar de tener a alguien que la cuidara, tuvo que encargarse de cuidar al bebé, sola y, además, a su marido.

Aurora me contó que su pareja llegó tarde a las tres primeras clases de preparación al parto, hasta que en la tercera se unió una guapísima actriz. A partir de aquel día su pareja llegaba puntual y ocupaba el sitio más cercano a esta. Escuchaba estos comportamientos como notas muy desafinadas en la partitura de su relación de pareja. Como chirridos que yo no puedo pasar por alto. Para mí, rompen la armonía.

Mateo y yo nos llevamos muy bien, confío en él, pero esta confianza no hace que se debilite mi miedo a que un día aparezca un chirrido. Por falta de tiempo aún hay muchas cosas que no he podido descubrir de él. Si vamos a construir algo a largo plazo juntos necesito ciertas garantías de que no es una persona que actuará como los maridos de mis amigas. Yo necesito pruebas, no puedo esperar a que mi piano suene bien porque lo ha reparado el mejor técnico, tengo que tocar una partitura larga entera en él antes de un concierto. Hay demasiado en juego para

no asegurarme. Por otra parte, mi obsesión por la simetría hace que necesite saber si es semejante lo que Mateo y yo estamos dispuestos a entregar a la relación.

Fingir un embarazo no es tan complicado cuando en tu familia hay muchos antecedentes de aborto. En marzo, Carla se quedó embarazada de Santi. Todas estábamos muy contentas porque Santi era un hombre bueno con el que sacarse la espina del padre que había tenido. Es curioso que, de mis amigas, las que tienen mejores parejas son las que compartieron conmigo a la profe de filosofía. Cuando Carla se quedó embarazada le expliqué mi plan. No le pareció del todo bien y trató de convencerme para que desistiera. Finalmente me vio tan decidida y tan angustiada con la posibilidad de que Mateo dejara de ser cómo había sido hasta la fecha que me apoyó como la amiga incondicional que es. Le pedí un botecito con orina para hacer mi «predictor» y mostrárselo una mañana a Mateo. Mateo no sospechó nada. A pesar de mostrarle alegría por nuestro recién confirmado embarazo, esa mañana le pedí contención porque, esto era cierto, tanto mi madre como todas mis tías, habían tenido varios abortos. Acordamos que se lo contaríamos solo a las personas más cercanas y que no nos ilusionaríamos hasta los seis meses de embarazo. Mayte es otra amiga del instituto que tuvo a la profe de filosofía y que es matrona. A ella también le conté mi plan y le pedí que nos dejara asistir a Mateo y a mí a sus clases de preparación al parto. Y allí que fuimos los dos a cuatro sesiones. A las primeras, inexistentes, citas médicas le pedí a Mateo que me permitiera ir con mi tía, que me iba a comprender mejor. Así hicimos mientras yo observaba las reacciones de Mateo que han sido todas muy acertadas. Me planteó con el corazón en la mano que, para él, había llegado un poco rápido este momento, pero que tenía claro que quería estar conmigo y con el bebé, si era lo que yo deseaba. Como yo me acababa de comprar la casa y él vivía de alquiler, fue poco a poco instalándose conmigo para estar plenamente allí si a los seis meses nuestro bebé seguía en nuestras vidas.

Hoy he decidido que ya no puedo más, voy a decirle a Mateo que me he inventado el embarazo. Mañana empieza la última semana de julio, quedan dos semanas para nuestras vacaciones. Hemos elegido Eslovenia como destino. No nos podemos ir al viaje sin habérselo dicho. No voy a llegar tan lejos. Mateo es muy buena persona, en ningún caso

se merece que le engañe. Sé que está fatal lo que he hecho. Pero mi miedo era tan grande que se apoderó de mí y, cuando me quise dar cuenta bien de lo que estaba haciendo, ya «teníamos un bebé en camino». Yo lo quiero mucho, le quiero de verdad, pero ¿y si él no es la persona que me ha mostrado hasta la fecha? No hay ninguna razón para pensar esto. Se lo tengo que decir, le voy a explicar la verdad; le voy a hablar de mi miedo. Él es muy comprensivo y humano, me va a entender. Es muy temprano, aún son las seis de la mañana. Mateo duerme plácidamente a mi lado. Después, en el desayuno, como hoy domingo tenemos todo el día para estar tranquilos, se lo voy a confesar.

—Mateo, tengo que decirte algo. Llevo toda la noche dándole vueltas y no puedo más, te lo tengo que decir. Ayer pasé un día horrible, no sabía cómo enfrentarlo.

—Te he sentido levantarte de madrugada esta noche varias veces. Y ayer cuando llegué a casa te encontré con muy mala cara. Al ver que no me decías nada, no me atreví a preguntarte más, pero me temí que hubiera pasado algo muy malo. ¿Está todo bien con el bebé? Dime que no has tenido un aborto espontáneo como tu madre y tus tías y lo hemos perdido.

—Bueno, Mateo, sí, tenemos que enfrentar que no hay bebé.

—Lo sabía, sabía que tu mala cara cuando llegué iba a ser por eso. Siento no haberte apoyado mejor para que pudieras decírmelo antes —terminó de decir, y vino a abrazarme cariñosamente con los ojos llorosos.

—¿Cómo estás, cariño? Voy a estar a tu lado en esto —prosiguió, haciendo que yo me sintiera cada vez peor.

—Mateo, no he sabido cómo decírtelo antes, pero lo que ha pasado no ha sido exactamente así. Tú me has apoyado perfectamente, no tienes nada que reprocharte, eso no por favor. Ha sido esta noche. Bueno, esta noche ha sido cuando… no es que haya perdido al bebé de un aborto espontáneo ayer, ni esta noche.

—Entonces ¿qué ha pasado?

—Es que realmente nunca ha habido bebé.

—¿Nunca ha habido bebé? ¡Estamos ante un caso raro de un falso positivo! ¿Eso es posible? ¿Tanto tiempo?

—No, no. No es eso exactamente.

—Elisa, ¿qué está pasando? Explícamelo bien por favor.

—Primero de todo, perdóname Mateo, perdóname. Al principio no vas a entender nada y te vas a enfadar muchísimo. Sé que está muy mal lo que he hecho. Enfádate conmigo todo lo que quieras. —Trataba de mantener la calma para explicárselo. A la vez, sentía que me empezaba a derrumbar.

—Pero, ¿qué has hecho? —me preguntó angustiado.

—Hace cuatro meses empecé a fingir que estaba embarazada. En realidad, no ha existido este embarazo. Me lo inventado todo.

—¿Que te lo has inventado todo? Pero yo vi un *predictor* y te ha salido un poco de tripa.

—Sí, sí, el *predictor* existió, la orina era de mi amiga Carla. Y he estado comiendo mucho para engordar.

—¿Has sido capaz de involucrar a Carla en esto? ¿Le has pedido que te haga un *predictor* para engañarme?

—No exactamente, pero sí, más o menos fue así.

—¿Me has mentido durante todo este tiempo? ¿Cómo has podido fingir de semejante manera? ¿¡Y las clases de preparación al parto!? ¡Pero cómo has podido hacer algo así!

—Es horrible lo que he hecho. Es verdaderamente horrible. Perdóname por favor. Tú no te mereces esto. Ha sido muy desproporcionado montar toda esta farsa, pero tenía mucho miedo.

—¿Miedo de qué? ¿Te he dado razones yo para tener miedo?

—No, tú no. Ahora no tengo derecho a pedirte nada, pero, por favor, cuando se te pase un poco el enfado me gustaría que intentaras comprenderme —le dije desesperada.

—¿Comprender qué?

—Lo siento de verdad. Puedo explicártelo.

—¿Algo así tiene explicación?

—Sí, la tiene. Estaba muy asustada. No he hecho esto para jugar contigo ni porque no tenga confianza en ti. He hecho esto porque tenía miedo. Llevo varios años viendo como las parejas de mis amigas, en los momentos más delicados de sus vidas, las dejan colgadas. A las mujeres, además, nos pasan cosas… hay hombres que engañan mucho. Yo… yo llevo toda la vida viendo cosas horribles. Hay algo que no te había contado. Como en la música, en la vida los silencios son importantes, dicen mucho. Mi madre, antes de morir, nos pidió que guardáramos el secreto. Ella siempre nos dijo que con mi padre todo

era perfecto hasta que nací yo, ahí empezó a pegarla. Era a veces, no muy duro, pero le daba una bofetada si le contestaba, un empujón si venía tarde de visitar a mi abuela. Para mi madre él era bueno, porque no la engañaba como el padre de Carla, le daban arrebatos porque la quería mucho. De mayor entendí lo que estaba pasando, supe que era maltrato. Igual que pude asumir que había tenido comportamientos sexualmente abusivos conmigo. Desde mi adolescencia me tocaba el culo siempre que podía, entraba al baño cuando me estaba duchando, todo fue sutil, pero fue abuso. Todo esto solo lo sabe Carla, cuando me fui de casa no aguanté más, decidí contárselo. Ella me entendió.

—Siento mucho que hayas vivido todo esto Elisa, pero no es justo que lo pagues conmigo —me respondió con un cariño que yo sentí frío para la envergadura de lo que le había confesado.

—Yo confío en ti, de verdad.

—Si confiaras de verdad en mí no hubieras hecho algo como esto. Yo siempre he sido leal contigo, tú no.

—No te soy más leal porque no me aparezca miedo contigo.

—Yo no tengo nada que dé miedo.

—Tú no, pero muchos hombres sí, y esto hace que me venga, de manera irremediable, ese miedo indefinido que no tiene que ver contigo. Sé que eres una persona honesta, un hombre bueno, pero nos conocemos solo desde hace un año.

—Pues te aseguro que no hay nada malo en mí, y mucho menos algo que se parezca a esos hombres —respondió, molesto.

—Lo sé, lo sé, pero entiéndeme, los maridos de mis amigas también eran estupendos antes de nacer sus hijos y mi padre también se portó bien durante un tiempo.

—Yo no soy tu padre y además él ya está muerto, no puede hacerte más daño.

—Lo sé, siento mucho todo lo que he hecho. Te pediré perdón todas las veces que haga falta. Sé que estás en *shock* y enfadado, que te habías hecho ilusiones con el bebé. Pero me gustaría que intentaras acercarte a lo que supone ser una mujer y estar expuesta a todo esto.

—Conmigo solo has estado expuesta a cosas buenas. Eso debería ser suficiente. Siento mucho que hayas sufrido algo tan horrible con tu padre. Ahora necesito estar solo.

Esa tarde la recuerdo como una de las peores de mi vida. Me sentía profundamente culpable de haber hecho daño a Mateo, de haberme cargado la relación. No podía parar de pensar en cómo mi mente reflexiva no me había detenido a tiempo antes de montar una farsa de ese calibre. Le daba vueltas una y otra vez a cómo pudo parecerme razonable armar semejante mentira. Merecía que Mateo no quisiera saber nada más de mí. Lo que había hecho escapaba a toda lógica. Pero también había empezado a nacer dentro de mí cierta decepción e incredulidad con la reacción de Mateo. Después de lo que le había contado no se había acercado mínimamente a mí. No me cogió de la mano ni me dio un abrazo ni un beso de despedida. Yo sabía que le había hecho daño, que le debía mil disculpas. Pero también le había puesto delante todo mi dolor, mi desesperación, el horror en el que había crecido. Él solo había atendido al dolor que yo le había causado, no pudo estar ni un minuto para mi dolor. Eso parecía que no importaba en lo que había sucedido. ¿Importaba?

Hoy es viernes. Después de siete días sin dar señales de vida, sin responder a mis mensajes ni a mis llamadas, Mateo me ha escrito. Quiere quedar y empezar el camino de perdonarme para reconstruir lo nuestro. He pensado mucho durante esta semana. Yo deseo con mucha fuerza volver a estar con él, porque lo quiero. Creo que tengo que reparar el daño que le he hecho. Lo tengo claro. Pero también creo que él tiene que comprender que el móvil de mi mentira no fue querer engañarlo, ni que no confíe en él. Fue un dolor atroz que no puedo no tener y que, a pesar de haberme portado mal, también merece algo de consuelo. Sé que este dolor es mi responsabilidad, que me corresponde a mí acabar con él y evitar que no tome el timón de mi conducta; pero tampoco es justo que sea ignorado ni dejar de recibir algo de consuelo al respecto.

Quiero con toda mi alma estar con Mateo y haré lo que sea necesario para que confíe en mí, pero creo que él también tiene que demostrarme que no es indiferente a mis heridas. El otro día lo fue, puedo entenderlo porque estaba en *shock*, con la noticia de haber perdido a un bebé con el que se había ilusionado. Para que la relación esté bien necesito que comprenda mis heridas. Como profe de música sé que, a veces, mis alumnas tienen mucho ruido mental o emocional. Por muy buena alumna que sea, a quien estoy enseñando, si tiene todo ese ruido, doy

por hecho que no puede entender bien la melodía, saber si sus notas son correctas, por genial que sea la canción. Si alguien ha provocado mucho estrépito a su alrededor, yo primero, reconforto a mi alumna para que se le pase el aturdimiento y después le señalo lo que está tocando mal. Nunca la dejaría sola con su ruido, precisamente cuando es la causa de no entender una partitura que sabe es buena.

Sonó el timbre, abrí la puerta, Mateo había traído un ramo de flores. 💔

Reflexiones: «Simetría»

Mientras que una ética de la justicia parte del principio de igualdad —que todos deben ser tratados por igual—, una ética del cuidado se basa en el principio de la no violencia: que nadie debe ser herido.
CAROL GILLIGAN

Si yo dejo de ser yo, ¿dónde queda mi amor por ti?

La profesora de filosofía de Elisa y Carla les enseña algo muy importante. Si nos unimos afectivamente a alguien antes de ser la versión definitiva de nosotras mismas puede que, si cambiamos mucho, ya no seamos capaces de amar a nuestra pareja. Es conveniente saber esto para no hacer falsas promesas. Y también para entender que, si la persona con la que estamos cambia radicalmente durante el tiempo que dura nuestra relación, será normal que ya no nos pueda querer. Para poder dejarla ir sin resentimientos ni rencor. Puede ser difícil asumir que la persona con la que he estado mucho tiempo haya elegido ser otra persona, que le hace feliz otra vida en la que ya no encajo yo. Puede pasar que la persona que fue nuestra pareja desaparezca, que se haya ido desvaneciendo poco a poco. Puede suceder que deje de ser como pensábamos que era, como queríamos que fuera, como necesitamos que sea. Todos estamos cambiando constantemente. Para que las parejas, compuestas por personas que cambian, puedan prosperar necesitan que sus miembros cambien hacia el mismo punto, de la misma manera.

¿Quién comprende el sufrimiento de las mujeres?

Es común que las mujeres muestren comprensión hacia los hombres: hacia su sufrimiento, sus limitaciones y su manera de interpretar lo que sucede. Estamos educadas para esto. Nos socializan para que lleguemos a pensar que lo más importante para nosotras es tener una pareja. Esto derivará en que nos saldrá hacer todo tipo de esfuerzos, entre ellos los comprensivos, para mantenerla, aunque recibamos, en ocasiones, tratos injustos. Es común que cuando un hombre es un poco egoísta, desconsiderado, insolidario, poco afectuoso o frío, a las mujeres les salga entender que esto es normal si han tenido una educación que les endiosa, si han tenido una crianza que no les permite expresar sus emociones o la ternura. Las mujeres comprenden que no le pueden pedir que esté emocionalmente de otra manera si ha tenido un entorno afectivo semejante. ¿Pero se comprende igual el sufrimiento de las mujeres por parte de los hombres? ¿Se entiende que, si tienen un entorno que es peligroso para ellas, las calles son peligrosas por la noche, las parejas son peligrosas porque ejercen violencia psicológica o física, los entornos laborales son peligrosos por el acoso sexual (imaginemos profesiones como el cine, el teatro, el ejército…) y por la discriminación, la familia es peligrosa (las tasas de abuso sexual infantil en niñas es abrumador y el abusador en general es un varón de su familia), se les despierte el miedo ante un hombre aunque confíe en él y crea en «not all men»? Como se expuso en el anterior capítulo, que existan a nuestro alrededor grupos como Mia Moglie, casos como el de Gisele Pellicot, y tantas otras historias reales de terror, puede hacer que las mujeres tengan más miedo. Lo que no puede ser es que, de alguna manera, no nos afecten. Que vivamos igual que si esto no existiera, que si esto no fuera una posibilidad. Esto no sucede a la inversa, no existe un pueblo en Francia en el que cincuenta y una mujeres (ese fue el número de hombres condenados, puede que la violaran más) abusaran sexualmente de un hombre drogado por su mujer. Los hombres viven en un mundo en el que ser agredidos por mujeres de una manera global y organizada es ciencia ficción.

Lo que Elisa ha hecho hacia Mateo es inadmisible y es grave. Lo ha engañado y le ha hecho creer que va a ser padre, sabiendo que va a sufrir una fuerte decepción y un amargo dolor cuando descubra que no

lo va a ser. Pero ¿podríamos considerar igual de grave que un hombre se marche de fiesta tras dar a luz su pareja, que no la atienda los días posteriores a una cesárea y él se vaya a divertir por momentos o esté volviendo borracho a casa los días anteriores al parto? ¿Podríamos considerar igual de grave que un hombre se vaya de viaje cuando a su mujer se le acaba de morir su mejor amiga y no esté para darle un abrazo? Cuando los hombres se portan así de mal, ¿ellas son tan «muro» como inicialmente lo es Mateo con Elisa o muestran más comprensión? No es extraño, ante estas conductas insolidarias y a veces crueles de los hombres, no escuchar una respuesta contundente por parte de las mujeres que diga que ellas no merecen esto. Es habitual escucharlas ser comprensivas y decir: «Bueno, es que a él le vino grande ser padre, si nadie le ha enseñado a cuidar, es lógico», «Bueno, si a él no le han dado cariño, cómo voy a esperar que le salga conmigo, pero me quedo con que me quiere de verdad y soy importante para él». Y si el hombre tras su comportamiento cruel llorara, se derrumbara ante la mujer diciéndole: «Perdóname, no he estado a la altura, me fui del hospital y te dejé sola con el bebé porque mi padre, con su maltrato hacia mí, con sus humillaciones me hizo creer que no valgo, y me fui porque me agobié pensando que no iba a estar a la altura y te iba a decepcionar». ¿Le saldría a su pareja abrazarle, aunque se hubiera portado mal? ¿O sería incapaz de hacerlo, como Mateo?



Secretos

El teléfono fijo sonaba pocas veces en casa de Martina. Esa tarde le pareció que sonaba más alto de lo habitual. Era lunes y el verano se iba a ir pronto.

—Buenas tardes cuñada. ¿Cómo estás?

—Buenas tardes, hermoso. ¿Cómo has pasado el fin de semana? ¿Has conseguido ponerte con los armarios? Sin darnos cuenta, estamos ya a mediados de septiembre.

—¡Ay, Martina! ¡Que no saco fuerzas! He desocupado los cajones de su mesilla, pero nada más.

—Poco a poco, cuñado. He hablado con mi hermano de ir este próximo fin de semana a ayudarte. Una amiga que es voluntaria en un ropero me ha dicho que nos acepta tres cajas de ropa, así que bastante se la podemos dar a ella. Trata de vaciar lo que puedas esta semana y entre los tres lo terminamos.

—Muchas gracias. Dáselas también a José Pedro de mi parte.

—Yo se las doy. ¿Estás alimentándote bien? ¿Estás cocinando? Que tienes que comer caliente y de todo.

—Bueno, aún me queda bastante embutido que me traje del pueblo. Allí se me hacía todo más sencillo y hasta tenía hambre. Ha sido volver y se me ha quitado. También me muevo mucho menos ahora, y si no haces nada no te da apetito. En el pueblo, el vecino me llevaba con él a dar un paseo por la mañana entre las huertas y algunos días comía en su casa. Tú sabes cómo cocina Emilia, solo el olor de su comida te da

ganas. Por las tardes me iba a jugar a la petanca y a echar la partida al bar. Me ha ayudado mucho estar estos meses de verano allí. Pobrecita tu hermana, a ella también le gustaba mucho el pueblo.

—En el pueblo estás mucho mejor, sin duda, pero hay que ver cómo hacer para que aquí también estés distraído y te muevas.

—Llevo solo dos semanas, ya lo iré pensando. La pena es no poder quedarme allí más tiempo, pero es que, por salud, yo no puedo estar el invierno con esos fríos, y ahora tengo que organizar la casa y los papeles. En el puente del Pilar va a venir mi hija que, aunque en Londres no es fiesta, tanto ella como mi yerno, pueden cogerse los días.

—Te va a hacer mucho bien estar con tu hija, ver a tu nieta…

—Qué duro es esto, cuñada. ¿Por qué se tuvo que ir tu hermana con una enfermedad tan mala? Qué rápido se la llevó ese maldito cáncer de páncreas. Y qué lento se me pasa ahora el tiempo, no hace ni tres meses que falleció y me parece que fue hace una eternidad.

—Sí, es muy duro para todos, pero para ti más difícil aún, lo sé.

—Martina, cuñada —hizo una pausa—. Que yo también te llamaba porque te quería plantear una cosa.

—Dime.

—Verás, he pensado que, como a fin de cuentas nosotros somos familia, como los dos estamos solos y nos merecemos compañía, alguien que nos cuide, he pensado que nos podríamos juntar los dos.

—¿Cómo que juntarnos los dos, Juanjo?

—Pues casarnos tú y yo. A lo mejor ahora no, que está todo muy reciente, pero, a lo mejor, cuando pase Navidad. Tu enviudaste muy joven, llevas desde los cincuenta años sola. Para ti puede ser bueno volver a sentir el calor de un hombre. A una mujer esto le da la plenitud. No te vas a ir con un desconocido a estas alturas que ¡a saber qué vida ha llevado! Pero nosotros, que somos personas decentes, que nos tenemos un cariño... Son muchos años juntos… Podríamos transformar este amor de cuñados en uno un poquito más… cercano, solo sería cuestión de eso. Tú siempre has tenido la vocación de cuidar a la familia. Tus padres te dieron el regalo más bonito del mundo haciendo, con la educación que te dieron, que te nazca esa inclinación. Y yo, ya has visto, necesito que me cuiden un poco, que solo no me valgo. Ahora que, además, tú llevas dos años jubilada, ¿no?, tienes sesenta y cinco y te

jubilaste a lo sesenta y tres, ¿es así? Es muy triste envejecer solos Martina, no nos lo merecemos.

—Quien no se merece lo que está pasando es mi hermana. No lleva muerta ni tres meses y tú estás pensando en esto. En ti y en estar tú bien, no mientas diciendo que piensas en mí. No te pido que me respetes a mí que llevo su ausencia como un dolor insoportable en el alma, sino que seas capaz de, al menos, respetarla un poco a ella. La injusticia, Juanjo, no es que tú y yo envejezcamos solos. La injusticia es que ella no haya podido ver crecer a su nieta, a la que solo ha conocido un año y estando enferma, que no haya podido vivir para disfrutar de su jubilación, como tú si has hecho los últimos diez años, porque te prejubilaron en el banco. La injusticia es que se haya ido de esta vida tras pasar semejantes dolores. Tú estás pensando en solucionar tus incomodidades, no en mí, y mucho menos en ella. Estás pensando en tener a alguien que te cocine, que te entretenga, que te acompañe y que te limpie.

—No es así, cuñada. Sabes lo que yo he querido a tu hermana. No te estoy planteando algo tan raro. Sabes que, en el pueblo, Jonás se casó con su cuñada cuando enviudó, esto se hacía en nuestros tiempos.

—Mira, Juanjo, vamos a hacer una cosa. Vamos a terminar esta llamada y vamos a dejar esta conversación aquí. Yo no le voy a contar a nadie que esto acaba de pasar y, a partir de ahora, tú y yo vamos a hacer como que esto no hubiera sucedido. Tú hoy no me has llamado, tú hoy no me has propuesto nada. Tú vas a cerrar la boca y yo también. ¿De acuerdo? Por Angelita, que en paz descanse, por tu hija y por toda la familia.

—Si es eso lo que quieres cuñada, así lo haremos. Pero no pienses que yo no quiero a tu hermana, ella es lo que más he querido en este mundo.

—Esto es lo que vamos a hacer. Y mis pensamientos son cosa mía, como el recuerdo de mi hermana, déjalo todo tranquilo —concluyó Martina, y colgó.

Quedaban tres horas para que empezara su clase de yoga de los lunes. No contaría a nadie de su familia lo que acababa de ocurrir. Ni a su hija. No quería hacerla sufrir mostrándole lo que había sido capaz de hacer su tío. Pero necesitaba desahogarse con alguien. Llamó a su amiga Josefa. Le pidió ir a verla a su casa.

—¿Hoy no tienes yoga? Sabes que si no vas luego te duele mucho la espalda.

—Me gustaría contarte algo que me acaba de pasar, tengo que hablarlo con alguien de confianza. Si salgo ya hacia tu casa me da tiempo a estar un rato contigo y luego desde allí me voy a yoga. Es lo bueno de que tu casa esté al lado del polideportivo.

—Claro, vente ya —le respondió solícita Josefa.

Martina pulsó el timbre de Josefa suavemente, como si no quisiera molestarla con lo que le iba a contar. La puerta se abrió más rápido de lo que esperaba.

—Buenas tardes, gracias por quedar así tan sobre la marcha —saludó Martina.

—Encantada de hacerlo amiga, si me necesitas aquí me tienes. Pasa.

Ambas se dirigieron al salón. Josefa le guardó la mochila, la esterilla y la cazadora. Llevó todo al cuarto de invitados mientras Martina se ponía cómoda en el sofá. Cuando regresó, se sentó al lado de su amiga, que miraba ensimismada por la ventana, y la abrazó.

—¿Qué ha pasado, Marti? Desde que me contaste que a Angelita le habían detectado cáncer no te veía así.

—Tiene que ver con Angelita.

—¿Con Angelita? Juanjo os sigue pidiendo que os ocupéis de cosas que le corresponden a él, ¿a que sí?

—Ojalá fuera eso, mucho peor. Juanjo me ha pedido que me case con él.

—¡¿Qué dices?! Pero qué coño les pasa a estos hombres por la cabeza para pedirnos cosas tan aberrantes.

—No lo sé. No puedo comprender cómo el egoísmo y la búsqueda de su bienestar puede cegarles tanto y llevarlos a aplastarte cuando estás en pleno duelo —respondió Martina.

—Y llevarlos a verte solo como una cantera de la que expoliar eso que ellos necesitan sin importarles qué te pasa —comentó Josefa.

—Me molesta tanto que se crean con el derecho a pedirte, con semejante parsimonia, que les entregues algo que no es justo darles —añadió Martina.

—Es que no es justo ni que te lo pidan, a alguien medianamente decente no se le ocurriría pedirte algo así. ¿Y qué le has dicho?

Martina le explicó su decisión y cómo la había ejecutado como un corte limpio y tajante.

—Al menos, quiero confiar en que Juanjo, con lo que le has dicho, muy bien dicho, se va a detener y no te va a insistir más.

Las amigas continuaron un rato pensando juntas en lo que había sucedido, tomaron café y un pedacito de bizcocho que Josefa había hecho unas horas antes.

—Voy a ir un momento al baño —se disculpó Josefa.

En ese momento, Martina miró la hora en su reloj de agujas. «Son casi las siete, tengo que salir ya si quiero llegar a yoga», pensó. Se levantó deprisa del sofá y fue al cuarto de invitados a por sus cosas para ganar tiempo. Cuando entró, le sorprendió ver dos grandes maletas a los pies de la cama. Creyó reconocer claramente una de ellas, la azul intenso con la silueta de una ciudad dibujada, que estaba desgastada y vieja.

«Juraría que esa maleta es de José Luis, el exmarido deJosefa», susurró para sí.

La recordó sobre las cintas transportadoras de distintos aeropuertos, en aquellos viajes familiares que habían hecho juntos, por tantas ciudades, cuando el marido de Martina aún vivía. En ese momento, Josefa llegó a la habitación.

—Sí, son las maletas de José Luis —le aclaró, como si le leyera el pensamiento.

—¿Te vas de viaje a algún sitio y le has pedido las maletas precisamente a él? —preguntó Martina extrañada.

—No, no me voy de viaje. Las maletas están llenas de sus cosas.

—¿Y qué hacen aquí sus cosas? ¿Te las han traído tus hijos? ¿Para qué? —trataba de buscar una explicación razonable.

—Las ha traído él.

—Pero si desde que te divorciaste de él no habéis hablado. ¿A cuento de qué te trae dos maletas?

—Ha venido hoy después de comer a pedirme quedarse una temporada a vivir aquí conmigo.

—¡¿Qué?! ¿Cuándo a mí me estaba llamando Juanjo tu ex se estaba presentando en tu casa con estas dos maletas cargadas de sucias intenciones?

—José Luis ha venido como a las 15:30.

—¿Por qué no me lo has contado antes cuando te he contado lo de Juanjo?

—Te lo iba a contar, pero tú venías tan mal que quería primero quería darte tu espacio.

—¿Y dónde está él ahora?

—Se ha ido a comprar medicinas y ha ido ver a un amigo con el que ha quedado para cenar. —Volverá tarde, probablemente cuando yo ya me haya ido a dormir.

—Voy a dejar de nuevo mis cosas de yoga aquí. Hoy no voy a ir a clase porque tú me vas a explicar bien lo que está pasando. Volvamos al salón, por favor.

—Sí, mejor nos sentamos tranquilamente para que te explique, porque es fuerte. José Luis tiene cáncer de páncreas, como tuvo tu hermana.

—¿Desde cuándo?

—Se lo acaban de diagnosticar; le han dado los resultados definitivos el martes pasado.

—Lo siento por él. Aunque se haya portado como tu peor enemigo, no me voy a alegrar por esto.

—Yo tampoco.

—Y quiere mudarse aquí para que lo cuides, imagino.

—Sí, ha venido a pedírmelo, bueno, a rogármelo.

—Pero ¿cómo ha podido pedirte algo así?

Josefa le reprodujo la conversación:

—¿Qué haces aquí?, ¿a qué has venido con esas dos maletas inmensas? —le preguntó Josefa al verle en el descansillo, sin terminar de creerse que fuera él.

Había abierto sin pensar, suponiendo que vendrían a entregar algún paquete a la puerta equivocada.

—¿Me dejas pasar? Tengo que decirte algo importante, es lo suficientemente serio para no hacerlo aquí en el umbral de la puerta. Es algo que no solo te afecta a ti y a mí. Afecta también a los chicos.

—Vivía tranquila dando por hecho que no volvería a verte ni a tener que hablar contigo.

—No lo hagas por mí, hazlo por nuestros hijos.

Josefa avanzó hacia el salón dejando la puerta abierta. Su exmarido la siguió.

—¿Puedo sentarme?

—Siéntate y dime rápido lo que tengas que decirme.

—Tengo cáncer de páncreas, la situación es muy difícil, no hay un futuro muy esperanzador. Aun así, los oncólogos van a tratar de detener la enfermedad todo lo posible para al menos tener unos meses, tal vez un año. Me empiezan a dar quimioterapia este jueves.

—¿Dónde vas a tratarte?

—En La Paz. Casualidades de la vida, creo que el hermano de tu amiga Martina es oncólogo allí.

—¿Se lo has dicho ya a Esther y a Raúl?

—Sí, los he llamado esta mañana a los dos para contarles.

—Siento mucho que estés enfermo, ya me has dicho lo que te pasa. Ahora, ¿qué más quieres de mí?

—Me gustaría pedirte que me acojas unos meses, al menos hasta que me hayan dado los primeros ciclos. Así no tendría que bajar desde la Sierra al hospital ni alquilarme algo el tiempo que dure el tratamiento.

—¿Que te acoja unos meses? —preguntó con una media sonrisa irónica en la cara que trataba de mostrarle incredulidad, desdén y hartazgo—. No sé qué me resulta más absurdo y ofensivo, lo que me estas pidiendo o que hayas pensado que voy a aceptarlo.

—Nunca te he molestado desde que decidiste divorciarte de mí. Fue tu decisión y yo la respeté, aunque no la compartía. Si lo hago ahora es porque es verdaderamente necesario.

—Fue mi decisión porque tú me engañabas sin parar. Llegaste a alquilar un piso para una de tus amantes con un dinero que era mío de la herencia de mi madre. Pasabas de nosotros, yo saqué adelante a los niños sola. Te fuiste de vacaciones con tu primo cuando me operaron de la vesícula y me quedé sola con Esther y Raúl superpequeños, me tuvieron que cuidar mis amigas. Hubiera querido tener un marido decente y no un caradura. Y, por lo que veo, vas a seguir siendo ese caradura hasta el día de tu muerte, que al parecer está cerca. Ni eso te hace reaccionar.

—No seas tan dura conmigo en este momento, Jose, que me estoy muriendo, mujer.

—¿Por qué se supone que yo tendría que aceptar que vivieras conmigo?

—Solo por un mínimo de humanidad. Porque soy el padre de tus hijos. Dejarme desatendido como un perro no es tu estilo. Las enfermeras tenéis un código deontológico, además, ¿no? Hazlo por ellos, para que no sufran al ver a su padre en una situación tan horrible sin los cuidados adecuados.

—Tienes dinero de sobra para estar atendido.

—Jose, si va a ser solo un año, no creo que viva más. Me echas un cable este tiempo y luego tú sigues con tu vida feliz con la conciencia tranquila. Te estoy dando la posibilidad de que no tengas remordimientos en el futuro.

—No me llames Jose. Te aseguro que tengo la conciencia bien tranquila y que no hay manera de conseguir que tenga remordimientos.

—¿Quieres que tus hijos recuerden que su padre murió solo, como esos ancianos a los que encuentran en su domicilio a las semanas o meses de fallecer?

La perplejidad indignada con que Josefa lo observaba se desvaneció por un instante; su mirada se había perdido en la pared donde colgaba una foto de sus hijos, de niños, en un campo de margaritas.

—Josefa, te conozco, no te podrás sentir bien si no me facilitas al menos algo de ayuda. Ahora estás a tiempo. Los escombros también son responsabilidad de quien derrumba una casa.

—Nuestra casa y nuestra familia la derrumbaste tú, José Luis, no yo. Limpia tu propia miseria.

—Si no estuviera desesperado y no tuviera tanto miedo no te pediría esto. Déjame, al menos, estar acompañado estos días hasta que encaje el diagnóstico, hasta que acepte que me muero, hasta que empiece la quimio. Hasta que me acostumbre a vivir asustado.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Martina interrumpiéndole el relato de lo sucedido.

—No lo sé, ha logrado confundirme. Pienso en mis hijos. De momento le he dicho que le dejo hasta la primera sesión de quimio, por mis hijos, Marti, por mis hijos.

—Pero ¿has hablado con ellos?

—Sí.

—¿Y qué te han dicho?

—Mi hija dice que ni se me ocurra. Que bastante difícil fue conseguir convencerme de que me divorciara. Que por fin estos diez últimos años

he podido tener la vida que me corresponde, sin sufrir, entrando y saliendo con vosotras, siendo feliz. Me ha dicho que no me merezco volver al horror, que de eso ya tuve bastante. Sin embargo, mi hijo, dentro de que condena el comportamiento de su padre, dice que igual sí debería acogerlo. Que a fin de cuentas somos familia y que los familiares no podemos dejarnos en la estacada entre nosotros. Y que es más sencillo para mí cuidarlo que para ellos.

—Creo que tu hijo ha olvidado o blanqueado lo que te hizo su padre. Te transmitió varias veces enfermedades venéreas. No sé si trataba de darte un consejo o hacerte mirar a su padre desde su punto de vista e imponértelo. Yo estoy con tu hija.

—Lo imaginaba.

—Por cierto, ¿te acuerdas de Mari Carmen?, tenía una hija de la edad de las nuestras que se llamaba Carla. Perdimos el contacto con ella cuando nos jubilamos.

—Ella acabó en traumatología, ¿no? Pero antes estuvo cinco años en digestivo con nosotras.

—Sí, esa Mari Carmen. Paloma me dijo el otro día que le dio un ictus hace un año y que el marido la ingresó en una residencia.

—Pobrecita.

—Bueno, volvamos a ti. ¿Qué vas a hacer pasado el jueves? Una vez que ya ha traído sus cosas aquí y se ha instalado, ¿crees que va a ser fácil echarlo?

—No lo sé, si me desprendí de él una vez, confío en poder hacerlo una segunda. Pero Martina, no quería yo hoy complicarte con esto, que bastante tienes tú ya con lo de Juanjo. A la clase de yoga ya no llegas, pero a la parte de relajación del final, si sales ya, sí. Sabes que a la profe no le importa que vayamos solo a una parte. Venga, vete, que no quiero que pierdas más tiempo por esto. Yo menos mal que tengo clase mañana por la mañana. Me va a venir muy bien para relajarme y situarme.

—Bueno, me voy si me prometes que vas a hacer caso a tu hija.

—Te prometo que lo voy a pensar bien, de momento.

Cuando Martina llegó a su piso a eso de las nueve de la noche, se derrumbó en el sofá. Sacó fuerzas de flaqueza y descolgó el teléfono: estaba llamando a su hermano.

De los tres, José Pedro era el hermano pequeño. Como Martina le sacaba diez años, había hecho un poco de madre con él hasta que estudió medicina y pasó a ser quien cuidaba las dolencias de la familia. Ser oncólogo en un gran hospital de la capital había hecho que la muerte de su hermana, solo dos años mayor que él, le resultara especialmente frustrante.

Charlaron durante un rato largo. Se preguntaron por los hijos, por el fin de semana, Marina hizo de tripas corazón para organizar el siguiente. Mantendría el plan trazado de ir a ayudar a Juanjo. No podía dar pistas de que algo había pasado entre ellos. Finalmente, Martina reunió el valor suficiente para pedirle ayuda a su hermano. Una vez más, este se la brindó. No había salvado a Angelita, pero tal vez algo pudiera ayudar a la mejor amiga de su hermana.

—Buenas noches, hermana, descansa.

—Sí, verdaderamente necesito reponer fuerzas.

Contra todo pronóstico, Martina durmió bien. Se despertó temprano, desayunó bien, tenía hambre al no haber podido cenar la noche anterior. Hizo un poco de yoga para compensar su absentismo forzoso de ayer. Se duchó y fue a casa de Josefa. Eran las once de la mañana; confiaba en que su amiga acabara de entrar en su clase de yoga.

A las las once y media abrió la puerta del portal de su amiga y, poco después, estaba abriendo la puerta de su casa. Las dos tenían llaves de la casa de la otra. Las usaban para regar las plantas cuando estaban de vacaciones o recoger alguna carta importante. Pero era mucho más que eso: un gesto de confianza, un pequeño trozo de metal, que simboliza poner tu casa en manos de alguien y sentirte segura. Como los gatos cuando se tumban boca arriba sobre ti dejando a tu disposición su parte más vulnerable.

Se encontró a José Luis leyendo en el salón, cómodamente sentado.

Al verla, dio un respingo y tiró al suelo el libro que tenía en las manos.

—Martina, ¿qué haces aquí?

—Esa pregunta, más bien, debería hacértela yo a ti, pero como sé la respuesta, me la voy a ahorrar. Voy a ir directa al grano para que tanto tú como yo gastemos el menor tiempo posible en esto.

—¿Sabe Josefa que estás aquí?

—No, y esta va a ser la última pregunta que te voy a responder.

—No estás respetando la intimidad de tu amiga.

—No creo que seas el más adecuado para darme lecciones de moralidad. Así que cállate y escúchame. Sé que tienes cáncer. No hay casi posibilidades de que en un año estés vivo. Sé que tú también eres plenamente consciente de esto. Pensarás que soy un mal bicho, pero en realidad te voy a dar la oportunidad de que, en este último año, en lugar de envilecerte aún más si cabe, porque tú no has dedicado la vida a otra cosa, te dignifiques un poco. No hago esto por ti, lo hago por mi amiga. Mi hermano es oncólogo en el hospital en el que te van a tratar, me consta que esto también lo sabes. Le he pasado todos tus datos y, aunque no lleva exactamente tu tipo de cáncer, va a ayudarte. Va a acelerar todo lo posible tu tratamiento. Va a conseguir que tengas una habitación individual y a intentar que entres en alguna investigación con tratamientos experimentales de las que él lleva, aunque estés fuera de plazo.

—Va a hacer todo esto por mí… ¿a cambio de qué? No creo que tú quieras darme todo esto de corazón, porque me aprecias mucho.

—Eres malo, pero sigues siendo listo. Estás en lo cierto, no te aprecio nada, me repugna lo que le has hecho a mi amiga y que nunca le hayas pedido perdón, ni le hayas reconocido todo el daño que le has causado. Lo que te voy a pedir es que cojas esas maletas que trajiste ayer y que te vayas de aquí y la dejes tranquila —hizo una pausa—. Vamos a hacer una cosa tú y yo. Vamos a hacer como que esta conversación no ha existido. Yo no he venido aquí, yo no he hablado contigo y tú no vas a contar a nadie que mi hermano te va a ayudar. Cuando vuelva Josefa, le vas a decir que has recapacitado, que te has dado cuenta de que no puedes pretender que cuide de ti, que no tienes derecho a hacerle esta petición aberrante y cruel. Y te vas a disculpar por todo lo que la has hecho sufrir. Si lo haces, mañana recibirás una llamada de mi hermano a primera hora para ir al hospital y que empiece tu tratamiento. Si no lo haces, puede que, en lugar de que se acelere la quimio, se retrase una semana o un poco más porque tienen que valorar bien cuál es la mejor para ti.

Martina sabía que no tenía capacidad real para hacer esto, pero sí tenía toda la capacidad para hacerle creer que podía lograrlo. Había decidido jugar con las mismas malas artes que él.

—La decisión está en tu mano. Recuerda: esta conversación no ha sucedido. Yo no he venido, yo no he hablado contigo. Sabes que decidas lo que decidas te vas a morir igual. Yo que tú elegiría irme de este mundo sin hacer más daño y sin que nadie te haga daño. Esta noche llamaré a Josefa y sabré qué has elegido. Adiós, espero no volver a verte nunca más.

Martina se marchó sin mirar atrás. A la mañana siguiente, José Luis comenzó la quimioterapia. 💔

Reflexiones: «Secretos»

Caminar sola puede ser también caminar junto a
todas las que caminaron antes.
Sara Ahmed

Martina lleva quince años viuda, quince años viviendo sola, quince años organizando su día a día desde una satisfactoria autonomía emocional. Juanjo utiliza uno de los mitos del amor romántico para tratar de convencerla de que se vaya a vivir con él y de que inicien una relación, no se sabe si sentimental, pero sí matrimonial. Juanjo apela a que ella lleva mucho tiempo sola y a que «para ti puede ser bueno volver a sentir el calor de un hombre. A una mujer esto le da la plenitud». Y se queda tan ancho. Martina no necesita a Juanjo para alcanzar la plenitud, ya lo ha hecho. Pero si las ideas patriarcales que sostienen que una mujer necesita una pareja para tener un proyecto identitario completo, hubieran calado en ella, o, si no se hubiera deshecho de las mismas podría haber aceptado. Quien en realidad necesita alcanzar la plenitud, probablemente sea Juanjo, que no ha llegado a ella porque necesita a alguien que le cocine, limpie, cuide, etcétera. El relato no deja claro si porque no tiene las capacidades para hacer esto o porque las tiene pero tiene una ideología que le impide hacerlo al considerar que no es propio de hombres y, por tanto, sentirse indigno de hacerlo. Ambas respuestas pueden ser verdaderas. Esta construcción cultural que es el patriarcado, no un orden natural, resulta una forma de organización política, económica y social, que se apropia de la vida de las mujeres y de sus derechos para ponerlas y ponerlos al servicio de los hombres. Juanjo quiere apropiarse de alguna manera de Martina tratando de ponerla al servicio de su cuidado. Esta situación, por kafkiana que parezca, es relativamente común verla de un modo u otro en el ejercicio de la psicoterapia. Mujeres que acuden a terapia porque, por ejemplo, su hermano mayor viudo o soltero, que había sido cuidado por una mujer o que había sido independiente, al envejecer enferma y vende su casa y le pide a su hermana instalarse con ella. O mujeres como Martina o como Josefa. En casos como el de Josefa, a veces, acuden a terapia sus

hijos para ver cómo ayudar a su madre y convencerla de que no cuide a su padre. Este es el mundo patriarcal que tenemos, que a veces lleva al cansancio y agotamiento, porque hasta el final de tus días te puedes ver expuesta a injusticias de este calibre. Sara Ahmed, filósofa y escritora feminista, ha expuesto profundamente esto; en su libro *Complaint!* muestra cómo denunciar el abuso o la injusticia dentro de la organización patriarcal puede ser extenuante. Martina, en lugar de desgastarse en mostrar el abuso que Juanjo intenta imponer sobre ella, o el de Josefa, decide actuar.

Vengar a una amiga para hacer justicia

La historia de Matina y Josefa, la de ambas basadas en hechos reales, muestra también cómo, a veces, las amigas se ayudan con pequeñas venganzas destinadas a reestablecer la justicia que el patriarcado les arrebató. Muestra otra realidad que el patriarcado trata de ocultar con vehemencia: las amigas tantas veces son las que nos salvan. Son fundamentalmente otras mujeres las que nos hacen estar seguras, ellas y un puñadito reducido de hombres igualitarios. No, las mujeres, en general, no son esas hienas que compiten entre ellas por un hombre dispuestas a sacarse los ojos. Muchas autoras han hablado de esto y creo que es imprescindible tenerlo presente. Virgine Despentes en su libro *Teoría King Kong* habla de la idea «ajustar cuentas» con un sistema que daña a las amigas, desde un lugar político y crítico, no literal. Rebecca Solnit, en *Los hombres me explican cosas*, habla de cómo las mujeres se organizan para defenderse entre sí. Audre Lorde, en *Sister Outsider* desarrolla la idea de la rabia legítima, el apoyo entre mujeres y cómo transformar el enojo por el daño a una misma o a una amiga en acción y resistencia. Creo que es importante que tengamos presente que en el mundo hay muchas Martinas, que pensemos con qué pequeñas acciones todas podemos ser Martina y que si tenemos amigas como ella el mundo es un lugar en el que tiene sentido vivir.



Amores resbaladizos

Después de haber roto con Alan hacía nueve meses, Sofía seguía en Nueva York. Le había costado demasiado hacer amigas, encontrar un trabajo que le gustara, una casa bonita y convertirse en una nueva versión de sí misma como para renunciar a todo eso y volver a un Madrid que le daba seguridad pero que ya no la reconocería. Entre el rumor de los taxis y la sombra de los rascacielos, había aprendido a sostenerse a sí misma. Disfrutaba caminando sola, en compañía de saber quién era, por las grandes avenidas o frente a los escaparates iluminados del Soho. Una de sus compañeras de trabajo, de piso y amiga, Niamh, una irlandesa simpática y divertidísima, siempre le decía:

—No te olvides de que eres la chica lista, interesante y guapa del bar. Sí, sí, hay más, pero tú eres una de esas mujeres. El secreto está en cruzar la puerta del pub sabiéndolo, no esperando que esa noche ocurra algo que te lo haga sentir. La red, bajo la cuerda, es saber que siempre tienes garantizado disfrutar de otras chicas como tú. Ellas siempre están ahí; los tíos que merecen la pena, no siempre. Recordaba con frecuencia esas palabras de su amiga. Le sonaban como el murmullo alegre y acogedor de un pub irlandés al atardecer. Sofía había estado suspendida en un puente quebradizo e incompleto sobre el abismo. Había aprendido a disfrutar construyendo los tablones de madera que llevan al otro lado, a la orilla segura. Saber que, cuando le

faltaba suelo, sus manos se lo inventaban, se había convertido en su ansiolítico natural.

A veces lo hacía con las luces y el ruido de la ciudad; otras, cruzando la Quinta Avenida con un café caliente y los auriculares puestos. Lo más habitual era detenerse frente a los puestos de flores y regalar un pequeño ramillete a la certeza de ser quien quería ser. En Nueva York se había convertido en esa persona. Paradójicamente, ahora era esta ciudad quien la conocía a ella, no Madrid.

Además de con Niamh, compartía piso con otras dos compañeras de la agencia de publicidad en la que trabajaba: Gabriella y Siena, italianas, modernísimas e infatigables. Tenía una preciosa habitación en un edificio de ladrillo, con grandes ventanales, cerca del puente de Brooklyn. Vivía en una zona llena de cafés bonitos, al lado del Brooklyn Bridge Park Greenway. Un lugar magnífico para pasear y echar las penas al Río Este, donde, o nadaban hacia Manhattan y se convertían en guiones de películas, o escapaban hacia el océano por Upper Bay.

Gabriella y Siena, que siempre andaban discutiendo cariñosamente entre ellas, y Niamh le habían ofrecido alquilar la habitación que les quedaba libre en su apartamento el mismo día en que se enteraron de que había decidido dejar a Alan. La acogieron con aires cariñosos provenientes del viejo continente. Los domingos solían desayunar todas juntas en el espacioso salón. Montaban un pequeño bufet en una larguísima mesa para ocho. Mientras, la tostadora, instalada entre los platos, hacía saltar el pan, comentaban la semana, películas, libros o lo que tuvieran a mano para hacer reír a las demás.

Al principio de vivir con ellas, Sofía estaba tan rota por la ruptura que solo las escuchaba. Eso, poco a poco, le fue devolviendo la risa y las ganas. Niamh, Gabriella y Siena tenían la firme voluntad de decirse cosas divertidas a la menor oportunidad posible.

El primer domingo de octubre de ese año que había empezado rompiendo con Alan, de esos nueve meses de transformación, Sofía ya era una más compartiendo anécdotas, tonterías o profundos análisis sociales. Esa mañana, Gabi entró riéndose en la cocina. Se había levantado la última. Las demás ya habían hecho café, huevos revueltos, beicon y habían montado la mesa.

—Hoy te lo encuentras todo a punto, ya, Gabi. Anda, haz algo y corta la fruta, que solo falta eso —dijo Siena en tono de reproche.

—Gracias, chicas, perdonad, estaba supercansada, necesitaba dormir, pero os voy a compensar con el sueño divertidísimo que he tenido —explicó Gabi, aún risueña.

Cuando todas estaban ya sentadas en la mesa untándose mantequilla en los cruasanes, poniéndose los huevos en el pan, rellenándose las tazas de café una y otra vez, Gabi les empezó a explicar.

—Mi sueño empezaba encendiendo la tele para ver las noticias.

—Pero si tú nunca quieres que pongamos las noticias en casa. Casi hay que pelearse contigo para conseguirlo las pocas veces que coincidimos para cenar —la interrumpió Siena, en tono de reproche.

—Bueno, pues lo he hecho en sueños. Fíjate si te tengo en cuenta que te he dado el gusto de hacer lo que tanto me pides, ni más ni menos que en mi sueño —le vaciló.

—¿Os vais a pasar todo el rato con vuestros piques o nos vas a contar la historia sin quinientas interrupciones? —les recriminó Niamh.

—Vale, vale… sigo. Pero que conste que me ha interrumpido ella —se defendió Gabi, y prosiguió—: En las noticias alertaban de que se estaba extendiendo, como una brutal epidemia en las mujeres heterosexuales, el «síndrome de la extinción del vínculo». Tanto, que los gobiernos estaban creando un gabinete de crisis para tomar medidas urgentes con las que revertirlo.

—¿El síndrome de la extinción del vínculo? Suena bien, pero ¿qué es? —preguntó Sofía.

—Pues no es ni más ni menos que lo que nos ha pasado a nosotras, pero a nivel global —resumió Gabi.

—Dejadme que os explique bien el sueño —continuó.

—Por favor —resopló Niamh.

—El telediario explicaba que la atmósfera estaba seriamente contaminada. Que habían subido, de manera alarmante, los niveles de decepción en el aire. El incremento estaba causado por el aumento de comportamientos egoístas, individualistas y desconsiderados de los hombres heterosexuales hacia las mujeres. Esta alteración de la composición del aire había dañado el funcionamiento hormonal de las mujeres. Había causado que estas ya no segregaran la hormona necesaria para querer a los hombres. Sin la hormona, las mujeres heterosexuales no podían amar a los hombres. Podían sentirse atraídas por uno, querer acostarse con ese hombre en particular, pero solo una

vez. Luego eran incapaces de sentir algo afectivo por ese hombre. No podían encariñarse con él, quererlo. No podían vincularse afectivamente con él, de ahí el nombre del síndrome.

—Me parto. La decepción que causan los hombres hetero como un disruptor endocrino más. Es buenísimo, Gabi —celebró Siena.

—Es como una *Lisístrata* natural. En lugar de que una mujer convenza a las demás para hacer una huelga sexual, el sufrimiento y la decepción, de manera natural y automática, llevan a las mujeres a la huelga amorosa, quitándoles la hormona del amor —comentó Sofía.

—En realidad, lo que pasa en tu sueño es como una vacuna. Las mujeres se autovacunan. Generan la defensa perfecta contra el virus de no ser bien queridas: no poder amar a quien no te quiere bien —analizó Niamh.

—Pero en tu sueño, si los hombres abandonaban, no la guerra del Peloponeso, sino esas actitudes, ¿ellas volvían a producir la hormona para amar? ¿Y era posible amar a un hombre si este se portaba bien, aunque antes se hubiera portado mal? —preguntó Sofía, curiosa.

—¡Qué te gusta a ti volver a los griegos! —bromeó Siena.

—Si me gustan la mitología y la cultura clásica, ¿qué le voy a hacer? —se defendió también de broma Sofía.

—Es buena tu pregunta, Sofía, pero eso no salía… aunque sería una gran medida: que los gobiernos obligaran a los hombres a comportarse de un modo considerado y respetuoso hacia las mujeres para ayudarlos a volver a ser amados por ellas —retomó Gabi.

—Pero tu sueño empieza con que el Gobierno toma medidas, ¿cuáles? —preguntó Niamh.

—Sí, sí, justo empieza con eso. ¿Las medidas?… Divertidas también, y un poco bizarras. La primera era cerrar Tinder. Con esa buscaban evitar que los hombres heterosexuales sufrieran un rechazo masivo, que quedaran impedidos de hacer *ghosting* a las mujeres o de marearlas y que, como consecuencia, se desatara una epidemia de depresión entre ellos. La segunda era crear programas para subirles la autoestima; grupos tipo Alcohólicos Anónimos, en horario laboral y en su lugar de trabajo. Consistían en sentarse en corro y decirse unos a otros lo estupendos que eran. Y la última era desarrollar una línea de investigación con farmacéuticas para crear pastillas con las que poder volver a amar a los hombres. Eran sustitutivos de la hormona para

quererlos; una especie de hormona sintética del amor. Se las ofrecerían a las mujeres que quisieran amar a los hombres.

—Una viagra del romanticismo —planteó Niamh.

—Sí, hombre. Encima tener que pagar por quererlos y enriquecer aún más a las farmacéuticas… el colmo ya —exclamó Siena—. Aunque, pensándolo bien, no estaría tan mal tener una hormona sintética del amor para esas veces que conoces a un tío, que sabes que es supermajo, estupendo, guapo… pero no te atrae. Para poder enamorarte perdidamente de ese que te conviene pero que solo ves como un amigo. Eso sería un puntazo —rectificó, entre risas.

—Otra cosa muy divertida es que, en el Telediario de mi sueño, salía un reportero a pie de calle haciendo entrevistas a hombres *random*. Les preguntaba por su opinión sobre lo que estaba pasando con las mujeres. Algunos decían que ellos no habían hecho nada raro ni nada mal; que se trataba de una maldición que alguien les había echado encima. Otros culpaban al feminismo; se quejaban de que todo esto pasaba porque el feminismo había ido demasiado lejos. El último que sale propone crear un museo «del tiempo en el que las mujeres amaban a los hombres», hicieran estos lo que hicieran. Le pide al Gobierno que tome esa medida para que no se olvide de que eso sucedió, que esa época formó parte de nuestra historia.

—Pagaría por ver esas entrevistas, me parto. ¿Y no entrevistaban a ninguna mujer? —preguntó Siena.

—Eso es muy bueno también. En el sueño, el reportero va a hablar con una experta endocrina para pedirle una explicación científica. La mujer le dice solemne: «No estamos ante el caso de una enfermedad o síndrome; se trata de evolución, de una mejora evolutiva en las mujeres».

—No hay más palabras, señoría —dijo Siena.

—Gabriella, te has superado a ti misma con este sueño, querida. Tus sueños siempre son la bomba, pero este, hasta la fecha, ha sido el mejor de todos —la felicitó Niamh.

—Pero, chicas, esto no es exactamente lo que nos pasa a las aquí reunidas. Nosotras nos desencariñamos en cuanto vemos que un tío funciona de forma individualista, egoísta o interesada. Si es buena gente, sí lo podríamos querer, a pesar de haber tragado antes con otros altos niveles de decepción —aclaró Sofía.

—Bueno… nos cuesta un poco, a veces, porque se nos ha instalado un pelín la desconfianza, ¿no creéis? —preguntó Niamh.

Todas asintieron.

—A mí, sobre todo, se me desinfla el amor cuando pillo que un tío trata de venderme la moto. Cuando veo que intenta hacerme pensar que soy el amor de su vida para follar esa noche o para tener garantizado a alguien pendiente de él mientras se dedica a vivir su vida —explicó Siena.

—Mira que se lo montan mal. Con lo fácil que es decir que te apetece pasar una noche romántica con sexo, pero que quieres que a la mañana siguiente todo se quede ahí. A mí, si me dicen eso, te juro que me conquistan. A mí también, a veces, me apetece tener una noche loca y nada más. ¿Por qué no decirlo y punto? —se quejó Niamh.

—Nosotras lo que hemos hecho ha sido reprogramarnos para no pillarnos por los tíos si, aunque sean muy guapos, interesantes, cultos o geniales en algo, no tienen capacidad para una relación empática, sincera, justa y compartida. Porque una cosa es una cosa y otra es otra. Pero sí podríamos amarlos si tienen un comportamiento afectivo, de buena gente, con nosotras —planteó Sofía.

—Justo, amiga. Nosotras, un amor que antes nos resultaba pegajoso, hemos conseguido hacerlo resbaladizo. Si no es de calidad, por mucho que intentemos retenerlo, se nos escapa entre los dedos —resumió Gabi.

—Da mucha tranquilidad sentir que ya no tienes ganas de seguir plantando flores en el fuego —comentó Siena.

—Qué bonito, amiga —le dijeron todas.

—Desde luego. A mí haber conseguido esto me ha permitido estar segura de mí misma y convencida de que el amor de mi vida es… mi vida —sentenció Sofía.

—Sin duda te has rehecho de lo que te pasó con tu ex de una manera increíble. ¿A que ya te da igual si él ha sufrido por perderte, si él también lo ha pasado mal con la ruptura? —le dijo Niamh, reforzándola.

—Sí, me da igual… aunque, bueno, saber que al menos sufrió algo, aunque fuera un poquito, tampoco estaría mal —respondió Sofía, jocosa.

—Quizás este era el paso natural, el evolutivo, como decía la experta de tu sueño, Gabi. En la generación de nuestras madres, ¿no os parece que las mujeres se enamoraban de tipos aún peores? —preguntó Siena.

—Sin duda —respondió Sofía.

Todas volvieron a asentir.

—Gabi, por favor, en el siguiente sueño quiero que inventes que las mujeres han creado una *app* que sea como un *Tripadvisor*, pero de tíos. Te lo voy lanzando ya para que tu cerebro empiece a trabajar sobre la idea —pidió Siena, divertida.

—Vale, yo te lo sueño —se rio Gabi—. Otra cosa, chicas: ¿os dais cuenta de que, desde hace bastante, todas nos referimos a ellos como «mi ex»? Sus nombres se nos han borrado de los labios.

—Pues de la misma manera que no decimos sus nombres… venga, ¿por qué no dejamos de hablar de ellos? Cambiemos de tema. ¿Cómo tenéis la semana? —preguntó Niamh, animada.

A la mañana siguiente, como cada lunes, Sofía salió de casa un poco más tarde de la cuenta. Eso la obligó a caminar deprisa para coger la línea 4 en Borough Hall y recorrer las siete paradas que la llevaban a Manhattan. La agencia de publicidad en la que trabajaban las cuatro amigas estaba allí. No era una de las agencias más grandes ni ambiciosas, pero todas estaban a gusto. Para Sofía era un lugar interesante donde desarrollar su trabajo como fotógrafa.

—Buenos días, Marian —saludó alegre a la secretaria del departamento.

—¿Hay algo nuevo para hoy? —preguntó después.

—Sí, a las doce viene una chica a hacerse unas fotos y a grabar un par de reels. Las diez llegaron pronto. Sofía tenía curiosidad por la chica de esa mañana. Normalmente no solían acudir muchos particulares a hacerse fotos. La mayoría de los encargos fotográficos que tenían eran de empresas.

—Buenos días, bienvenida. Mi nombre es Sofía; soy la fotógrafa que hará tus fotos —se presentó a la preciosa mujer a la que estaba abriendo la puerta del estudio.

—Buenos días. Yo soy Eliany.

—Cuéntame, Eliany, ¿para qué son las fotos y los *reels* que quieres hacerte?

—Son para el *casting* de un musical al que me he presentado. Ya he pasado la primera selección y ahora me queda una segunda, más exigente, para la que me han pedido de todo.

—¿Eres cantante?

—No, no. Yo soy bailarina. El *casting* es para las bailarinas que acompañamos a los cantantes en varias escenas.

—Así que eres bailarina. Bonita profesión, pero me imagino que muy exigente.

—Sí, la verdad es que bastante.

—¿Cuántas fotos necesitas? Imagino que la mayoría de cuerpo entero, en posiciones de baile. ¿Quieres que además te haga algún retrato?

—Sí. Para el *casting* nos han pedido dos retratos y varias fotos con algunos pasos de baile concretos. En total, otras cinco: dos saltando, una girando y otras dos en pasos específicos. Te lo iré indicando, ¿te parece? Bueno y, además, tengo que presentar dos *reels* con un fragmento de la coreografía. Por eso elegí este estudio, porque tenéis salas amplias para grabar lo que yo necesito.

—Ok, tenemos trabajo esta mañana. Creo que podemos empezar por los retratos para ir calentando. ¿Te va bien que empecemos por eso? ¿Necesitas cambiarte?

—Sí, voy a ponerme la ropa que nos han pedido que usemos para las fotos.

—Perfecto. Puedes cambiarte en esa sala mientras yo voy ajustando la luz.

—Voy a ver si me voy relajando, que no sé por qué vengo tan nerviosa solo por las fotos. Necesito calmarme para hacer bien los pasos de baile y marcar las posiciones.

—Bueno, de momento vete cambiando, déjame a mí que busque algún truco para tus nervios —la intentó tranquilizar Sofía guiñándole un ojo.

—Gracias, eres muy amable.

Eliany se dio prisa en cambiarse. Sofía acababa de terminar de colocar los focos.

—Te propongo una cosa, Eliany. Voy a grabarte primero, antes de hacerte fotos. Te voy a pedir que me cuentes algo sin importancia, para ver tus gestos y movimientos. A partir del vídeo, tú seleccionas qué

expresiones te gustan más para los retratos, en cuáles te sientes más tú. Yo te ayudo a hacerlo, tranquila. Primero, vamos a charlar un poco. Tú céntrate en hablarme de lo que yo te pida —explicó Sofía.

—Vale, yo me dejo hacer. Como si me fueras a dar un masaje tailandés —respondió Eliany.

—Sí, justo, déjate guiar. Yo te llevo, como si fuera tu masajista. Siéntate en ese taburete, pon la espalda recta y mírame. Voy a grabarte con la cámara, pero te voy a estar escuchando y vamos a ir dialogando. Ahora cuéntame algo que te pasara ayer, que te hiciera gracia o que llamara tu atención.

—Pues… déjame que piense. Ayer fui a la lavandería a lavar mi ropa de entrenar.

—Anda, las lavanderías son sitios curiosos. Tienen un rollo muy de película, ¿no crees?

—Bueno, ayer, precisamente, me pasó algo curioso allí. No sé si de película, pero, cuanto menos, curioso. Conocí a un hombre, muy guapo y atractivo. Por su aspecto, por la ropa que llevaba y por algunas prendas que le vi meter en su lavadora, parecía tener bastante dinero.

—¿Y estaba lavando la ropa en una lavandería? —preguntó Sofía.

—Esto es lo raro. Además, llevaba la ropa en una funda de guitarra. La funda era bastante llamativa: azul eléctrico, con el asa amarilla.

—Sí, una funda peculiar —comentó Sofía, mientras recordaba, con calma, aquella funda que le regaló a Alan; él nunca pisaría una lavandería.

—Lo peculiar era que llevara la ropa ahí, no el aspecto de la funda. Me sorprendió tanto que tuve que preguntarle. Aunque tuve claro desde el primer momento que la llevaba ahí para ocultar que lavaba la ropa en una lavandería.

—¿Y te contó por qué la llevaba ahí?

—Sí, me lo contó. No sé muy bien por qué. Bueno, creo que trató de utilizarlo para ligar conmigo.

—Una táctica bastante heterodoxa.

—Me contó que su ropa, aunque estuviera limpia, le olía mal a no ser que la lavara en la lavandería.

—Creo que ese hombre sería guapo y rico, pero no parecía estar muy bien.

—Eso le dije. Yo creo que tenía un sufrimiento que no se permitía ni reconocer ni sentir. Me dijo que hacía nueve meses lo había dejado su pareja…

Sofía se quedó parada unos instantes.

—Bueno, tenemos suficiente. Ven, vamos a ver el vídeo y escogemos gestos que te gusten para tratar de hacer los retratos con esas expresiones.

Se pusieron a ver las imágenes y a trabajar sobre ellas. Eliany era una mujer muy guapa, así que no fue difícil para Sofía conseguir varios retratos espectaculares.

—Ahora que ya tenemos los retratos, si quieres descansamos un poco de las fotos y pasamos a grabar los *reels*. Imagino que querrás calentar antes para hacer los pasos de la coreografía. De lo que grabemos para los *reels* puedo sacar también las fotos de los pasos que necesitas. Ahora me los indicas. Y, si quieres, hacemos algunas fotos aparte.

—Me parece perfecto. Sí, necesitaría calentar un poco.

—Si quieres, mientras calientas, voy a por café para las dos. ¿Quieres uno?

—Sí, por favor.

—¿Cómo lo tomas?

—Con leche… si puede ser, con poco café.

—Voy a por ellos. Tú ve calentando lo que necesites; el espacio es tuyo.

Mientras Sofía preparaba los cafés, le daba vueltas a si sería Alan el hombre guapo de la lavandería. Cuando regresó, Eliany se movía con agilidad por el estudio, llenándolo todo de las estelas doradas que dejaba su pelo al girar.

—Qué bonito te mueves.

—Gracias, pero sigo algo encorsetada, no te creas.

—¿Qué te pone tan nerviosa? Aquí no te estás jugando a nada, permítete despreocuparte.

—Conseguir el papel es muy importante para mí.

—Imagino. Pero precisamente por eso, si dejas los nervios a un lado, te saldrá mejor y así estarás más cerca de conseguir tu sueño.

—Bueno… puedo intentarlo, al menos.

—¿Qué hace que sea tan importante para ti conseguir este papel?

—Es la primera vez que paso la primera selección de un musical. Mi madre estaría muy orgullosa. Ella también era bailarina, pero se truncó su carrera cuando se estableció en Holanda con mi padre.

—¿Tu padre es holandés?

—Sí. Y, mi madre, cubana. Falleció de cáncer hace cinco años. Ella llegó a pertenecer al Ballet Nacional de Cuba. Conoció a mi padre actuando en Países Bajos, en una gira, en 1998. Se enamoró perdidamente de él y ya nunca regresó a Cuba ni al baile a ese nivel. En 2001 nací yo. Ella siguió bailando toda su vida; dio clases en varias academias, pero dejó la compañía y, con eso, los grandes escenarios.

—Vaya… siento mucho su pérdida. Suena a que está muy presente en ti como fuente de inspiración y motivación —dijo Sofía.

—Sin duda, conseguir este papel es como empezar a terminar lo que mi madre no pudo. Es devolverla a los escenarios de los que no tendría que haber bajado.

—La has querido muchísimo, ¿verdad?

—Sí —respondió Eliany, emocionada.

—Es muy bonito lo que haces, pero perdóname la indiscreción. No quiero meterme donde no me llaman. Solo quiero darte un consejo con la mejor intención: creo que la manera más bonita de querer a tu madre es pensar en ti, en tus deseos, no solo en los de ella.

—Me cuesta no verme arrastrada por el amor que siento por ella.

—No dudo que fuera una mujer increíble. Pero, desde la experiencia, te digo que poner más empeño y energía en los sueños de otro que en los tuyos acaba dejándote un malestar imperceptible, dándote vueltas por dentro, que te impide estar bien.

Eliany se quedó pensativa, en silencio.

—¿Y si tratamos de grabar ahora pensando en lo que te gusta bailar y en disfrutar de estar tú en el escenario, en lugar de pensar en lo que disfrutaría tu madre? Intenta hacer eso por una vez. ¿Lo probamos?

—Supongo que por una vez no estaría mal.

Eliany bailó y Sofía se entregó a captar aquello que a ella le había costado tanto alcanzar.

—Bueno, creo que tenemos unas fotos y unas grabaciones muy buenas. Esta semana me pondré a editar todo el material y la semana que viene te entrego las fotos y los *reels*. ¿Satisfecha con el trabajo?

—Sí, mucho. Muchas gracias. Eres una fotógrafa increíble, y no solo por las fotos. Te lo digo yo, que estudio psicología también.

—¿Además de la danza, estudias psicología?

—Sí. Siempre me gusta tener un plan B, por si no consigo ganarme la vida con la danza. Bueno, nos vemos la semana que viene.

—Nos vemos la semana que viene con todo el material. Cuídate, Eliany. Por cierto… el chico de la lavandería, ¿te dijo su nombre?

—Sí. Se llamaba Alan —dijo Eliany mientras recogía su bolsa para marcharse—. Quién sabe, a lo mejor te conoce. Creo que me dijo que trabajaba también en el mundo de la publicidad.

—No, te aseguro que no me conoce —respondió Sofía, sonriendo.

—Que tengas muy buena semana. Ha sido un placer, Eliany.

—Lo mismo digo. Buena semana para ti también. 💔

Reflexiones: «Amores resbaladizos»

El alma necesita tiempo en la soledad para recordar quien es.
CLARISSA PINKOLA ESTÉS, *Mujeres que corren con lobos*

Prestigiar la soltería: esta no es igual a no tener una relación amorosa

Niamh, Siena, Gabriella y ahora Sofía están todas solteras y están felices. No tienen pareja, pero no están solas. Han construido una bonita y divertida amistad. Para bastantes hombres y mujeres puede ser un desafío no tener pareja, condición que socialmente solemos denominar «estar solo o sola». El machismo ha hecho que esta empresa sea aún más compleja para las mujeres. Sofía, después de romper con Alan, descubre que puede organizar cada momento de su día atendiendo a lo que desea, a lo que le reporta más bienestar y a sus creencias sobre cómo es más adecuado gestionar tanto lo cotidiano como lo extraordinario. Ella y sus tres amigas muestran cómo la soltería es también una forma de no estar sola. La soltería es el camino o el vehículo para tener dos relaciones afectivas muy importantes. En primer lugar, la soltería te permite tener una relación con la libertad y con la posibilidad de ser protagonista en tu vida en lugar de público. Tener una relación con el protagonismo, como descubre Sofía en Nueva York, supone que ya no estás de la mano de alguien colaborando, sino que tú estás en el lugar de quien hace cosas, de quien crea, habla y muestra. Estar unida afectivamente a la libertad supone estar con alguien que te valora y valida. Es estar con quien te facilita tener tiempo para lo que te da sentido, que no te impone rutinas que te asfixian, que te permite estar en paz con tus propias decisiones, decir «no» sin culpa y que es incondicional. Si tú la abrazas, ella no se va a ir nunca. En segundo lugar, la soltería te permite tener una relación con una persona

muy importante: contigo. Esto ocurre cuando vives y tomas decisiones acorde a tus deseos, tus apetencias, tus necesidades, a lo que piensas y en lo que crees. Cuando disfrutas usando tus fortalezas y te permites mejorarlas, afinarlas o hacerlas crecer.

Muchas pensadoras han escrito sobre lo que supone para una mujer estar sin pareja y han planteado que esta no es una situación negativa, desesperanzadora, de desventaja ni que condene al sufrimiento. Marcela Lagarde ha desarrollado densamente la idea que sostiene que no tener pareja, que vivir en soledad, no es desolación. Para esta pensadora, vivir en soledad es una condición necesaria para la autonomía, significa estar con una misma en libertad, en plenitud, sin dependencia emocional. Supone para ella un espacio de autoconocimiento, de creatividad y de paz interior. Y, por encima de todo, es una conquista de la libertad femenina. Para Simone de Beauvoir, estar sin pareja, en el caso de las mujeres que fueron educadas para «ser para otros», permite llegar a la soledad auténtica. Esta surge cuando una mujer se separa de esa dependencia y se convierte en sujeto. Adrienne Rich, en muchas de sus obras, ha hablado de la soledad, para las mujeres, como espacio de resistencia política, como el lugar en el que las mujeres pueden reclamar su derecho a no estar disponibles y como un acto radical de afirmación personal. En mi opinión, se puede disfrutar de la soltería cuando se comprende que estar sin pareja no es estar en soledad, es precisamente no estar sola. Porque la soltería es lo que permite poder estar, acompañada, como ya se ha expuesto, de dos relaciones. La soltería, no tener pareja, es tener una relación afectiva con la libertad y con el protagonismo y otra relación con una misma. Cuando se deja de vivir, continuamente, para gustar a alguien, para ser deseada, se puede empezar a ser deseante, a decir «yo quiero». Cuando te das cuenta de que dentro de ti vive ese alguien que quiere cosas, que es feliz cuando las consigue, puedes vivir con la compañía de esa persona que tienes dentro. Se puede tener una relación con ella. Sofía lo descubre, un poco, por imposición al tener que dejar a Alan porque comprueba que no es la persona que se había imaginado. Quizás, si Alan hubiera sido una buena pareja, no hubiera alcanzado este logro de entender la soledad de esta manera. Quizás no hubiera descubierto que el amor de su vida es su vida.

Esta emancipación que supone poder entender que estar sin pareja no es estar solos o solas es un logro mucho más complejo y difícil de conseguir para las mujeres por el viento en contra que supone estar en una sociedad que aún mantiene que las mujeres que deciden estar solteras, no formar una familia o no ser madres son, en cierta medida, defectuosas, menos valiosas o anómalas. Y, por la tempestad que estas ideas imponen a las mujeres solteras; no solo saber que son consideradas así, sino ser tratadas continuamente de este modo. Por todo esto es tan importante tomar conciencia de otra idea, que Sara Ahmed, la filósofa de la que hablamos en el capítulo anterior, ha desarrollado con brillantez en sus obras. Ahmed plantea que la soltería es una forma de no estar sola porque es la forma de estar en compañía de las otras mujeres que también eligen ser libres. Decir que no a la pareja o a formar una familia no es una afirmación solitaria. Es poder optar a tener conexión, arraigo y complicidad con esas otras mujeres consideradas «descarriadas y errantes». Con una pareja se puede tener la seguridad, el cobijo y la tranquilidad que da una vinculación afectiva romántica, pero con las relaciones de amistad se puede vivir lo mismo. La amistad no es la plata de las uniones afectivas, es también un oro. No hay nada más individualista que defender que una persona sin pareja, sin familia biológica, está sola. Porque es negar el valor de los vínculos humanos fuera de la pareja, del valor de la amistad, de lo comunitario.

El arte de amar y el arte de desamar

La otra idea importante sobre el amor que permite analizar este relato es cómo se consigue desamar a una persona cuando comprobamos que no nos da una relación justa. Yendo más lejos, cómo se consigue no amar a alguien que puede tener muchas cualidades atractivas, pero que no es capaz de dar una relación de pareja equitativa. Se decía que Cupido tenía dos tipos de flechas, unas con la punta dorada que conseguían enamorar de la manera más indestructible a dos personas y otras con la punta de plomo que causaban sentir la más profunda indiferencia, aversión y rechazo hacia la persona que se tenía enfrente. Una flecha de punta de plomo, cuando queremos dejar de amar a

alguien que no da una relación de pareja justa, es la siguiente: ser capaces de definir a la persona holísticamente. Lo explico. Las personas no solo somos bloques de cualidades, sino que finalmente somos el todo que aúna ese conjunto de atributos. Simplificando muchísimo, podríamos decir que las personas somos el conjunto de nuestras características físicas, de nuestros atributos psicológicos y de nuestras capacidades relacionales. Estas marcan la manera en la que nos relacionamos con los demás en lo amistoso, en lo laboral, en la pareja, etcétera. Por eso decimos que yo soy, en parte, cómo me relaciono contigo. Muchas mujeres en consulta me dicen: «Él se ha portado horrible conmigo, pero yo lo quiero, aún tengo sentimientos por él». Están en una confusión normal, que nos pasaría a todas, porque la experiencia romántica ejerce una fascinación muy potente. Cuando un hombre nos parece guapísimo, superatractivo, cuando su personalidad nos encanta porque es divertido, cuando nos fascina porque es inteligente, pero se relaciona con nosotras de manera egoísta, individualista, narcisista, fría, etcétera, la flecha de plomo es darnos cuenta de que no lo amamos a él. Amamos a un hombre guapo, listo y divertido. Pero él no es ese hombre. Él es un hombre también egoísta, individualista, narcisista, frío… y esto no nos gusta, esto no lo amamos. Y esto es él, por eso no lo amamos a él. Tomar conciencia de un funcionamiento tan feo, emocionalmente hablando, desinfla el amor, desintegra la sensación de que me gusta. El problema está, esto genera una flecha de oro, cuando hacemos una escisión en su persona, cuando quitamos esta parte de él de su identidad. Si extirpamos la parte de él que no nos interesa ver, que no nos gusta, entonces nos enamoramos, conectamos con que lo queremos. La flecha de plomo es ver esta parte y asumirla como algo que también es él. Si conectamos con eso, el amor desaparece. Al final son hombres cuyas nulas capacidades emocionales o su profunda ideología machista generan un estilo de relación con un cero en interdependencia, con un diez en narcisismo y sin responsabilidad afectiva. Esto hace que el amor hacia ellos sea la crónica de una muerte anunciada. Porque la falta de cuidado, las respuestas afectivas insensibles, no empáticas o desconsideradas, la invalidación afectiva, no sentirse vista, las promesas incumplidas, no poder expresar nuestra vulnerabilidad porque es ignorada, criticada o desatendida, tener miedo a la reacción del otro porque no va a estar a la

altura, por pequeñas que sean, van generando microheridas en el amor que terminan por destruirlo y a veces destruirnos. Otra flecha de plomo es tomar conciencia de que esto va a pasar, de que él es una persona que va a generarnos esto. Si vemos ese futuro, se desvanece el amor presente. Cierto es que dejar de amar a alguien por mucho que apliquemos estas flechas de plomo no es algo inmediato, es un proceso. ¿Por qué? Porque amar a alguien hace que creemos dentro de nosotras una suerte de tejido afectivo. Cuando descubrimos holísticamente quien es la persona con la que estamos, nos podemos dar cuenta de que no lo amamos a él, pero el tejido amoroso que hemos construido sigue ahí. Lleva un tiempo ir deshaciéndolo. Es importante saber que podemos seguir sintiendo que le queremos porque está este tejido vivo no porque en realidad lo amemos a él.

La revolución de los vínculos amorosos

Siempre digo en mis clases que el feminismo es la mayor revolución de la historia, puesto que conquistó los derechos que le habían sido arrebatados a la mitad de la población, a las mujeres. Y lo hizo de manera pacífica. El feminismo le dio la vuelta a la realidad y consiguió (en Occidente) derrumbar lo que había estado presente durante toda nuestra historia como civilización. Consiguió que legalmente se reconociera el mismo valor y, por tanto, los mismos derechos, a las mujeres que a los hombres. Ahora quizás estemos ante el inicio de una revolución de los vínculos amorosos. Como hemos analizado durante todo el libro, las mujeres están redefiniendo las relaciones amorosas a golpe de ruptura. Lo están haciendo también eligiendo la soltería cuando los hombres no les dan relaciones sinceras, igualitarias y con un equilibrio en el poder que tiene cada miembro. El 6 de noviembre de 2025 *The Economist* publicaba un artículo titulado «La gran recesión de las relaciones. El auge de la soltería está transformando el mundo». En mi opinión, lo que está en recesión es que las mujeres acepten relaciones no igualitarias. Cada vez más las mujeres, como las protagonistas de estos relatos, no las aceptan. Ahora nos queda ver cómo esto va a transformar el amor y el mundo. ¿Cómo sería un mundo

en el que las relaciones entre hombres y mujeres tengan equilibrado el poder, la conexión y los cuidados? Esto supone un desafío grande para los hombres heterosexuales. Tienen que estar dispuestos a ceder la parte de más de poder que el patriarcado les ha entregado, arrebatándoselo a las mujeres. Y tienen que ser capaces de redefinirse, de construir su identidad no alrededor de ser los que ostentan el poder en las relaciones, sino alrededor de ser un miembro más. ¿Lo lograrán? Si sucede, podría ser la segunda mayor revolución de la historia. Si lo consiguen, llegará ese momento en el que, igual que ahora podemos decir «qué fuerte que hubo un tiempo en el que las mujeres no podían votar» o «que hubo un tiempo en el que no podían tener una cuenta en el banco a su nombre», las mujeres podrán decir «qué fuerte que hubo un tiempo en el que las tareas domésticas las hacían principalmente las mujeres», «que fuerte que hubo un tiempo donde los cuidados recaían fundamentalmente en las mujeres»…

Un poco de alegría para terminar

Las rupturas son duras y dolorosas, pero también son alegres. Me gustaría terminar el libro conectando con la alegría. Una ruptura es morir en un mundo antiguo, pero también es nacer. Es nacer por segunda vez. Y hacerlo en un mundo nuevo. Leí en una entrevista a la filósofa Ana Carrasco Conde, que explicaba que, cuando nos ponemos música triste, entramos en un estado nostálgico; cuando nos ponemos música alegre entramos en un estado feliz y animado. Explicaba que por eso un modo ancestral de sacar a una persona querida de la tristeza es, después de lamentar con ella lo que le pasa y maldecir un poco, contarle algo alegre. Niamh, Gabriella y Siena lo hacen todo el tiempo y lo hacen para sacar a Sofía de su dolor. También es importante obligarnos a nosotras mismas a ser nuestras buenas amigas y, cuando nos inunde el dolor, obligarnos a pensar, a ratitos, cuando se pueda, en algo alegre. ¿Y qué es más alegre que tras una ruptura tengamos la posibilidad de nacer de nuevo, en un mundo nuevo? Por favor, disfruten de ello.

Agradecimientos

Este libro no hubiera sido posible sin todas las horas robadas a las personas que más merecen mi tiempo, gracias, Vega y Antonio.

Gracias a mi amiga y vecina Raquel por ser mi editora «no profesional» más profesional.

Gracias a Anton Nallib por ser el mejor editor profesional que pude tener, por entender desde el principio mi idea y lo necesario de llevarla a cabo, por su dedicación y cuidados a este libro. Gracias a Isa Calderón por creer en el libro desde el minuto uno y regalarme el prólogo y tanta inspiración. Gracias a todas mis amigas a las que no pude dedicar tiempo durante el 2025 por estar absorbida por *Rupturas* y por lograr que las mujeres rompan con una injusticia en el amor que no merecen; muy especialmente, a Paula Roldán, que siempre cree en mí más que yo misma y a Bea Arizmendi por animarme siempre y aportarme el punto de vista más inteligente y profundo. Gracias a mi amigo Miguel Vagalume por compartir conmigo su sabiduría sobre las relaciones afectivas con tanta generosidad. Gracias a mi hermano, porque él pone los cuidados tecnológicos, médicos y deportivos también detrás de este libro. Gracias a tantas mujeres que me han cuidado durante la redacción de *Rupturas*, especialmente a mi madre. Y siempre gracias a todas las pensadoras, escritoras, filósofas, científicas, investigadoras y activistas que nos preceden, porque gracias a ellas podemos pensar como pensamos las mujeres hoy.

Bibliografía

Ahmed, S. (2020). *Vivir una vida feminista*. Barcelona: Bellaterra.

—(2021). *Complaint!* Durham, NC: Duke University Press.

Beauvoir, S. de (1949). *El segundo sexo*. Madrid: Cátedra.

—(2015). *Memorias de una joven formal*. Madrid: Debolsillo.

Buggs, A. (2021). *Autonomía emocional para mujeres*. México: Paidós.

—(2023). *Amor, dependencia y vínculos sanos*. México: Paidós.

Butler, J. (2006). *Deshacer el género*. Barcelona: Paidós.

—(2007). *El género en disputa*. Barcelona: Paidós.

—(2008). *Cuerpos que importan*. Barcelona: Paidós.

—(2017). *Cuerpos aliados y lucha política*. Barcelona: Paidós.

Carrasco Conde, A. (2023). *Decir el mal. Filosofía para señalar la violencia*. Madrid: Taurus.

Chodorow, N. (1989). *El ejercicio de la maternidad*. Barcelona: Gedisa.

—(1999). *El poder de los sentimientos*. Madrid: Cátedra.

Despentes, V. (2018). *Teoría King Kong*. Barcelona: Random House.

Gilligan, C. (2003). *El nacimiento del placer*. Barcelona: Paidós.

—(2013). *Una voz diferente*. México: Fondo de Cultura Económica.

—(2016). *La resistencia y la voz ética*. Barcelona: Paidós.

Hernando, A. (2002). *Arqueología de la identidad*. Madrid: Akal.

—(2012). *La fantasía de la individualidad*. Madrid: Katz.

—(2018). *Mujeres, hombres y poder. Subjetividades en conflicto*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Hochschild, A. R. (2009). *La mercantilización de la vida íntima*. Madrid: Katz.

hooks, b. (2017). *El feminismo es para todo el mundo*. Madrid: Traficantes de Sueños.

—(2021). *Todo sobre el amor*. Madrid: Paidós.

—(2023). *Hermanas del alma*. Madrid: Paidós.

Illouz, E. (2013). *Por qué duele el amor*. Madrid: Katz.

—(2020). *El fin del amor*. Madrid: Katz.

Lagarde, M. (1990). *Los cautiverios de las mujeres*. México: UNAM.

—(2022). *El feminismo en mi vida*. México: Horas y HORAS.

Rich, A. (1980). «Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence», Signs. Journal of Women in Culture and Society, vol. 5, n.º 4, pp. 631-660.

Solnit, R. (2017). *Los hombres me explican cosas*. Madrid: Capitán Swing.

Tabla de contenidos

- Prólogo
- Aviso a navegantes: cómo se lee este libro y qué contiene
- Mujeres que ya no aman demasiado
  - Deseos truncados
  - ¿Qué les permite a las mujeres decir no?: no necesitar a los hombres
  - Una versión radical del deseo de no tener pareja
  - ¿Existen los hombres igualitarios?
  - Los hombres y sus muros
  - Hombres individualistas y no igualitarios
  - Hombres y mujeres somos iguales
  - El patriarcado nos hace desiguales
  - La construcción cultural del deseo patriarcal
  - La organización psicológica del deseo patriarcal
- Regatear el tiempo
  - Reflexiones: «Regatear el tiempo»
- El final del cielo
  - Primer acto: Una cafetera
  - Segundo acto: Un sofá cama
  - Tercer acto: Un ramo de rosas amarillas
  - Reflexiones: «El final del cielo»
- La cárcel
  - Reflexiones: «La cárcel»
- El arte de escalar el Everest
  - Reflexiones: «El arte de escalar el Everest»
    - Un mosaico de muros
    - El eterno retorno de la misma patraña
    - ¿Final feliz?
- La lavandería de los corazones rotos
  - Reflexiones: «La lavandería de los corazones rotos»
    - ¿Autonomía o independencia?

Mejor pensar en autonomía emocional que en dependencia
¿Qué le pasa a Alan? ¿Qué le pasó a Luis?
Los hombres y el desamor
Desconocidos
Reflexiones: «Desconocidos»
Monstruos domésticos
No todas somos Salma pero sí que todas somos Silvia
El patriarcado transforma el deseo de los hombres en desidia
Simetría
Reflexiones: «Simetría»
Si yo dejo de ser yo, ¿dónde queda mi amor por ti?
¿Quién comprende el sufrimiento de las mujeres?
Secretos
Reflexiones: «Secretos»
Vengar a una amiga para hacer justicia
Amores resbaladizos
Reflexiones: «Amores resbaladizos»
Prestigiar la soltería: esta no es igual a no tener una relación amorosa
El arte de amar y el arte de desamar
La revolución de los vínculos amorosos
Un poco de alegría para terminar
Agradecimientos
Bibliografía